

FOLLETIN DE "LA REFORMA"

EL REGENERADOR

POR

JUAN MONTALVO

De la Improvisación

Los oradores antiguos compusieron siempre sus discursos, y en tanto grado los remiraban, que Demóstenes *olía á aceite*, según el epigrama de sus adversarios. Cicerón no hizo otra cosa que limar de día de noche sus oraciones. No contento con seguir por su persona esta costumbre, la volvió regla y la trasmitió á la posteridad.

Quintiliano, Boileau, todo los preceptistas magistrales la han adoptado, y es un principio de retórica que los discursos de las grandes ocasiones han de ser á todo trance compuestos de antemano. Los modernos, sin embargo, gustan sobremanera de la improvisación, arte sin estudio que nace, crece, sube al firmamento, y lo domina todo cual un dios hecho palabra.

No pasaremos adelante en este tono, porque la cosa no sea más risible: queremos insinuar simplemente que por sí ó por no habíamos pues-

to en la memoria cuatro sandeces para nuestra llegada á Quito, noticiosos de que nuestros amigos, estos amables y gallrados jóvenes, así pensaban dejarnos entrar oscuros y en silencio como volverse capuchinos. En cuanto á sobrevenir el caso de necesitallas (las consabidas sandeces), sobrevino; en cuanto á acordarnos ni del principio de nuestro sermonuelo, el diablo se acordaría. Este bellaco anda en todas partes holgándose de las pegas que hace á sus malquerientes: no inspira ni favorece sino á sus cofrades, esos que comen y beben á su mesa, y pagan con el alma sus banquetes. Pensó el truhan que nos había hecho una y buena, y se engañó por la mitad de la barba: por más que en sus negras travesuras nos cierre y corche la memoria, la boca nos queda libre para cuatro tonteras, y más cuando la delicada Hebe se anda por ahí dando sus vueltas. Hubiérasenos podrido en la cabeza la composicioncilla; pero ocurre que en ella se contiene el programa de este periódico, y la hemos de poner aquí. El programa de "El Regenerador" no puede ser sino el de "El Cosmopolita", puesto que los religiosos son de la misma orden. Mirad, con todo, la que debió haber sido nuestra improvisación:

Dicen que de los males públicos no sentimos sino la porción que refluye sobre nosotros en particular: discurriendo por aquí, señores, pudiéramos decir también que las desgracias personales no le escuecen al público, si nada tiene que ver con los intereses comunes. Yo supongo que vosotros, cuantos sois los ciudadanos que os hallais presentes, no veis ahora en mí al hombre de la soledad y el dolor, mas aun al hijo de la República que vuelve por ella en donde quiera, alsoldado de la libertad que no mira en peligrosas contingencias cuando va del asunto general.

No haré homenaje á la hipocresía con sostener que no merezco esta manifestación tan halagueña como honrosa; por cuanto ni serían para mí un triunfo demostraciones de estima á las cuales no fuese acreedor, ni vosotros alcanzaríais mi admiración con hacerlas á uno que no las mereciese. Si el amor al género humano representado por este amable conjunto que llamamos patria; si el odio á los que la oprimen y envilecen so pretexto de darle holgura y lucimiento; si la memoria constantemente puesta en sus desdichas y la imaginación en la manera de remediarlas son títulos de aprecio para con nuestros amigos y conciudadanos, yo lo merezco.

El que sobrelleva con firmeza los rigores de la fortuna no puede ser desgraciado en ningún caso; yo no lo he sido en ningún tiempo. En cuanto á la felicidad, ella es el ave Fénix: pocos la han visto volando arriba cual un ser maravilloso. Con todo, si de positiva hay alguna, es esta que á ciertos hombres les souríe en ocasiones; esta que se hace atestiguar por un pueblo todo; esta que brilla á medio día sin temor ni desconfianza; esta persona invisible, pero alta, gallarda, esforzada que está juntando las manos de un proscrito con las de su patria en presencia de sus mejores hijos, esta es la felicidad acendrada que volvía loco de placer y santo orgullo al mayor de los romanos.

Si está de Dios que tengamos que luchar aún por la libertad y padecer por ella, la parte que á mi me toque en eso no ha de ser la menor; si el genio de la paz y la concordia se interpone entre los ecuatorianos, algo me debe tocar de sus frutos saludables: vengo á saborearlos junto con vosotros. Razón, valor, progreso, esta será, en tres personas, nuestra divinidad política. Si nuestra causa es buena, honrémosla bien así con las palabras como con las obras, y hagamos ver que tenemos merecida la suerte á que aspiramos.

Razón, valor, progreso, tal es el programa de "El Regenerador".

Lecciones al pueblo

II

Hubo en lo antiguo un hombre que dió mucho en que merecer á Roma, su gran madre. No era sino un rebelde que encabezaba una legión de rebeldes, á quienes el Senado había simplemente declarado bandidos. Y ese capitán de cuatro bandidos venció á los más calificados generales, hizo temblar á Pompeyo, y estuvo en poco que no se alzase con el poder absoluto del imperio. Qué mucho? Minerva le hablaba al oído en figura de una servatilla; y como el valor fuese en él lo que la sabiduría, esto es cosa grande y admirable, de simple rebelde llegó á hombrarse con la señora del mundo, y á ser el enemigo á quien ésta contempló con más angustia.

Llamábase Sertorio ese capitán. Un día que los suyos andaban desmayados, á causa de ciertas desventajas provenientes de la desunión, hizo que formasen, y poniéndoles por delante un caballo: Arráncale la cola, mandó al más forzolento de sus legionarios. No lo puedes? llama uno que te ayude. No lo podéis los dos? Vengan cuatro. Los cuatro no lo pudieron tampoco. Vinieron diez, y no fueron más poderosos, ni lo fuera todo el ejército. Cosas pequeñas hay que son del todo imposibles.

Ahora, dijo á uno de ellos, y sea el menos robusto, arráncale la cola cerda por cerda. Hízolo el soldado con tan buena gracia, habiendo comprendido la intención del general, que el ejército levantó á las nubes este grito sublime: Viva la unión!

Pueblo, unido sois invencible: por más que tiren opresores y tiranos, jamás pueden arrancaros de una vez: divididos los hijos de la patria, opuestos entre sí, cada cual es una cerda que el menor verdugo desprende de su tronco. El pueblo unido es fuerte, el pueblo unido es grande. Los ambiciosos propenden á aflojar esa masa compacta, porque en ello van sus triunfos. Cerda por cerda, no hay cola que resista; toda de golpe, ni Sansón puede arrancarla. El caballo de Sertorio es el símbolo de la unión.

Unido se retira el pueblo al Monte Sacro, deja á los nobles en temerosa soledad, y obliga al Senado á llamarle puestas las manos en ademán de súplica. Unido vuelve, triunfa, cambia la forma de gobierno y da la ley en Roma. Sin el juicio y la firmeza de ese pueblo, hubiéranle sus enemigos debilitado y postrado, arrancándoles uno por uno.

Mirad por esos bosques, orillas del Missisipí ese animalito cuya pequeñez indica lo exiguo de sus fuerzas.

Creeríais que esas calza las gigantescas, esos diques admirables, esos puentes antiguos, esos palacios de Nínive, todo es obra suya? Suya es: no del individuo, sino de la familia; no de la familia, sino de la República. Solo, nada hubiera alcanzado el ente pequeñuelo; unido á sus hermanos, es más hábil que los atenienses de Pericles, más poderoso que los artífices de las Pirámides de Egipto. Si no sabéis su nombre, Castor se llama.

Pues la hormiga? Viviente más diminuto, más endeble, no hay en el suelo: se agregan unas á otras, se apoyan, trabajan de consuno, y son fuertes. Quién sabe las obras portentosas que labran debajo de la tierra? Socabones dilatados, subterráneos profundos, almacenes provistos de exquisitos alimentos, á la unión lo deben todo. Y cuando un enemigo es osado á perturbarlas, dan sobre el triste, acósanle, hiérenle, allí le dejan muerto; ni hay escarabajo tan valiente que pueda llevárselas de calles.

Pueblo, sed como el castor, sed como la hormiga: para la industria, para la guerra, vivid unidos: de la unión de muchas fuerzas escasas resulta una fuerza incontrastable. Habéis olvidado: el peñasco que los viajeros de Lamennais van encontrando en el camino?

Los gobernantes que abrigan malas intenciones procuran desunir á los ciudadanos. Cuando han conseguido separarles por malicia, hacer que se teman, que huyan unos de otros, la tiranía se ha colocado en un trono. Pueblo, haced porque en vuestro compañero, vuestro amigo no veáis nunca un espía ni un traidor. La confianza es virtud de las almas elevadas; la suspicacia, vicio que apoca y envilece.

No digo que pongáis en manos del verdugo fiándoos á ciegas del pícaro que se os llega á husmear vuestros secretos: la prudencia es asimismo gran virtud; si sale de los términos de la razón, viene á ser vicio detestable. Sabiduría es una divinidad ingenua y avisada á quien ni seducen lisonjas, ni embaucan falsedades. Si sois hombres de bien, confiad unos en otros; pero guardaos del inicuo, sin tener por tal sino á ese cuyas obras son notoriamente reprobadas. No hay miseria tan grande como la de juzgarse uno rodeado de enemigos y perseguidores infames. Dios nos hizo á su imagen y semejanza, y semejantes unos á otros: tener por bribón á un hombre recto, por criminal á un inocente, por indigno á un estimable, ¿no es error del corazón bien formado, ó malicia del corrompido?

Había en cierta nación un tirano debajo de cuyo imperio era preciso que cayesen, no solamente las virtudes sino también las leyes de la naturaleza. Persegua á todos, y todos debían ser perseguidores. Si el hermano ocultaba en su casa al hermano, pena de muerte; si el hijo no denunciaba al padre, pena de muerte, si el padre no entregaba al hijo, pena de muerte. Para honra de la especie humana, la ciudad quedó casi desierta: hermanos hubo, hijos, padres que se rieron de la proscripción, y después de llorar á sus deudos, dejaron á su vez por qué llorasen los demás. Monstruo! le dijo un día al tirano un hombre valeroso, no han de quedar con vida sino las paredes de tu patria?

Quedaron también con vida los más indignos de ella: hubo quienes entregasen al ejecutor las personas más queridas, porque el tirano no les echase toda la ley. La unión había desaparecido; los pocos que aún respiraban se temían unos á otros, huían unos de otros. El tirano se hallaba satisfecho; y no teniendo ya asunto para su política: Ahí está vuestra libertad, les dijo de repente á los cadáveres ambulantes que habían sobrado, y se fué á vivir solo y sin miedo. Esta es la negra, la grande poesía del crimen.

Si ese pueblo hubiese resistido como una sola persona, el tirano jamás habría llegado á esa terri-

ble grandeza. Pero, si los tiranos no tuvieran cómplices, ¿hubiera tiranía? Perversos hay que se apartan del pueblo para arrimarse á su opresor; cobardes que huyendo de ser víctimas pasan á verdugos. La guerra de todos contra todos ha puesto en duda á algunos tetricos pensadores respecto de los fines del Criador para con la criatura. *Bellum omniun contra omnes*. O sentencia, sentencia atroz, tanto más lamentable cuanto más sostenida, qué no diera el verdadero filósofo porque envolveses una mentira infanda?

La libertad es la causa común de los pueblos; los ciudadanos todos tienen deberes para con ella. El espía, el impostor, el delator, sobre los delitos de espionaje, delación é impostura, cometen el de prevaricación, faltando al juramento de tácito que tienen hecho de valerse unos á otros. Desdichado el pueblo donde la fealdad de esos vicios no cause repugnancia mortal ni en los hombres de bien! Los gobiernos populares, paternales, justos no consideran el espionaje como un arbitrio del orden. El orden que no se funde en el contento general no es el seguro: el Gobierno que no descansa en la voluntad del pueblo, no es el legítimo. Estima y amor del uno, fundados en la justicia y dignidad del otro, esta es la gloria de los gobernantes, la dicha de los pueblos.

Pueblo, humilde sois por naturaleza: la humildad en la dignidad os vuelve respetable. Si conseguís infundir respeto en los que mandan, la tiranía se deja estar oculta, y tiembla de que se dé con ella. La virtud de suyo es respetable; pero cuando resplandece á oscuras en individuos humildes y aislados, los perversos le faltan al respeto. Pueblo, cultivad las virtudes, y unios para cultivarlas. Un pueblo apasionado á la patria, á la libertad, al progreso, que vive unido con los vínculos del amor y la confianza, el deber y el derecho, el trabajo y los goces inocentes, es graude y fuerte; y en los pueblos grandes, fuertes, los malvados que propenden á la tiranía van á parar en las gemonias.

En las riberas del Pacífico, en la opulenta Lima se oye un rumor sordo y profundo. El pueblo, que

estaba trabajando en silencio, levanta la cabeza y pone el oído atento hacia donde el crimen da sus voces. El presidente acaba de morir á manos de asesinos, los usurpadores se levantan y proclaman su reinado á pura espada. El pueblo no teme ni huye: Tiranos! grita, y en irresistibles avenidas corre por las calles, da sobre la gente armada, abrí-mala, domínala, redúcela á pedir mesericordia, y los enemigos del pueblo están columpiando á poco suspendidos en las torres. Habíase el pueblo unido con el conflicto de la patria y salvando el orden y la libertad, se salvó él mismo.

Pueblo, unios en el peligro, unios para salvar la patria, y cuando un crimen contra ella ha sido perpetrado, unios para castigarlo. El pueblo unido es grande, el pueblo unido es fuerte: pueblo, sed grande y fuerte, grande por las virtudes, fuerte por la unión entre los buenos.

Entre los buenos, digo: á los culpables, el perdón; los pechos magnánimos no conocen la venganza; pero una cosa es magnanimidad, y otra deferencia por el crimen y la infamia. Entre las buenas y las malas obras Dios ha puesto un abismo: el violador de esos lindes temerosos, ó es ciego por ignorancia, ó atrevido por impiedad: en todo caso es réprobo, y tarde ó temprano recibe su castigo.

Pueblo, si gustáis de las virtudes, haced alguna distinción entre los buenos y los malos; buscad á los primeros, unios á ellos; separaos, huid de los segundos.

Cuáles son los buenos, cuáles los malos? Pueblo, nadie más hábil que vos para distinguirlos: Por sus obras les conoceréis, dice el Señor. No hay hombre avieso para quien no sean malvadas las personas á quienes teme ó aborrece; ni buenos, excelentes él y los de su camada. Pueblo, conocedlos por sus obras: respetad, seguid á los primeros; separaos de los segundos, mas no los persigáis á todo trance. El castigar no es vuestro, sino de la justicia.

Quando las pasiones de los gobernantes salen de madre, y estos hombres desaforados hacen pie contra las leyes del Altísimo, burlándose de las humanas;

cuando la opresión y la tiranía no reconocen término, y se lo llevan todo delante de sí, cual riada asoladora, el pueblo, por el derecho de la propia defensa, por la ley de la conservación es juez, y puede castigar ejecutivamente. Pueblo, vos no salgáis de madre: cumplid con la ley, haced vuestro deber, vivid en paz, trabajad, adelantad: todas estas son virtudes; pero no os rindáis al sueño cuando la libertad y la honra están amenazadas. El pueblo indiferente á bienes tan grandes y tan santos es insensible ó corrompido: en él no hace mella el yugo de la servidumbre.

Hay en el mundo un pueblo indiferente á la libertad ó la esclavitud? No; esto sería contra la naturaleza. Lo que sucede es, que á fuerza de afrentas la honra pierde su delicadeza; á puros sinsabores el corazón se endurece y encallece. La obra maestra de la tiranía es la corrupción: proscripciones, muertes, violencias de todo género son cosas, por transitorias, no tan malas: el veneno que va cayendo gota á gota sobre el alma de los pueblos, y la entorpece, y la engangrena, esa es la sabiduría de los tiranos maestros.

Pueblo, conoced vuestro mal, y aplicaos el remedio. El remedio de la ignorancia es el estudio; el del abatimiento, el orgullo templado por la razón; el de los vicios, el trabajo. El pueblo no estudia en libros: su sabiduría es práctica; la toma del buen sentido y del ejemplo de los hombres que por las virtudes y las luces están eminentes en la sociedad humana.

Pueblo, trabajad, observad, no perdáis de vista á los que pueden comunicaros luces y virtudes.



Del juramento

I

Dejo por un instante de ser político visionario, y me convierto en moralista, en teólogo, buen teólogo: soy el Doctor Iluminado. “Bisogna infarinarsi di teologia, é farsi un fondo di política”, decía el cardenal Gaetano. A mí me ha sucedido lo contrario: me he *infarinato di política*, y me he *fatto un fondo di teologia*. “El solemne y escandaloso perjurio” en que incurriríais, señor presidente, á vuestro juicio, si llamaseis á los pueblos á elecciones *libres y espontáneas*, para que de este modo tuviese la República diputados legítimos y Congreso legal, es una pura visión. Para que el juramento sea lícito, lícito ha de ser la materia de él. Podéis verlo en Santo Tomás, San Agustín, en cualquier Padre de la Iglesia, ó lo que es lo mismo, en cualquiera de los miembros de vuestro Consejo. El que jura cometer un pecado, un delito, no ha jurado nada; pero sin perjuicio de los que cometerá después, está cometiendo ese instante mismo uno muy grave. Dios no sirve de testigo sino cuando va de la virtud; y el juramento es permitido tan solo en este caso. Cuando Abraham jura que no aceptará los presentes del rey de Sodoma; cuando Isaac jura que renovará la alianza de su padre con Abimelech, Dios está presente, y enviste de su fuerza esos juramentos. “Yo vivo, dice, para atestiguar lo que harán”. * Los cuáqueros y los anabaptistas, fundados en estas palabras de Jesús: “Limitaos á decir sí ó nó: todo lo que se añade de más proviene de mal principio”, ** han concluido que

* Lib. de los Núm.

** San Mateo.

prohibió el juramento en todo caso. Barbeyrac acusa á los Padres de la Iglesia de haber tomado á la letra las palabras de Jesucristo, y haber sentado la doctrina de la prohibición absoluta de los juramentos. Error de Barbeyrac: Jesús y los Santos Padres no hablan sino del juramento sin necesidad, y así lo han decidido las autoridades eclesiásticas, lo mismo los concilios que los pontífices romanos. El mal no está pues en que el presidente de la República hubiese jurado, sino en que juró lo que no debía. Veamos de que modo.

Juramento es la invocación del Nombre Divino en testimonio de la verdad: *Invocatio Nominis Divine in veritatis testimonium* †. El juramento es de cuatro maneras: *asertorio, promisorio, execratorio, conminatorio*; y tres las condiciones para que sea lícito: verdad, justicia y necesidad. La justicia teológica, justicia del juramento explican de este modo los autores: Lo que se jura ha de ser justo, lícito y honesto; y sino peca contra la religión el jurador ††. Los juramentos en materia honesta se han de cumplir, *si potero; si licité; salvo jure et auctoritate superioris*. La condición que hace á nuestro propósito es la segunda, *si licité*; y ya vimos que la esencia de lo lícito es lo honesto. El que jura guardar y hacer guardar instituciones que él mismo llama viciosas en el acto del juramento, jura cosa honesta? De alguna manera, porque lo honesto y lo vicioso se excluyen mutuamente. Sin que valga hacer ninguna distinción entre lo moral y lo político, pues Dios no ha consentido en presentarse defensor de lo vicioso cuando no se trate *sino* de oprimir á los pueblos. Vive, no para atestiguar que les oprimirán, mas aun para castigar á los opresores. La honestidad, lejos de no ser necesaria en esos grandes contratos que los gobernantes celebran con los pueblos, es requisito indispensable de ellos. Loco sería el emperador, el rey, el presidente que exclamase: juro mantener esclava á esta nación! ju-

† San Alfonso Ligorio. «El homb. apost».

†† Echarri «Direc. moral.»

ro arrancarles el quinto de sus rentas y ganancias á los ciudadanos! juro guardar y hacer guardar es-
crupulosamente las instituciones viciosas y defec-
tuosas que la rigen! Y el pueblo que se creyese
ligado por ese juramento, que él no ha hecho, se-
ría el pueblo de Capadocia.

Hablo de los vicios de la legislación, no de
moral! exclama enojado el presidente; y yo repli-
co sin enojo: Los vicios de las instituciones redun-
dan en daño de la República, y á nadie le es per-
mitido jurar en perjuicio de tercero. Todo vicio va
á dar, por otra parte, en una falta de moral: las
leyes civiles y políticas, para no ser viciosas y de-
fectuosas, han de tener por base las morales. Al
tratar del juramento los moralistas incluyen siem-
pre el que hace uno por *autoridad pública*; y vaya
esto de adehala.

Si nuestro magistrado supremo juró cumplir
la Constitución y las leyes en la parte que no sean
viciosas, con esa restricción mental derogó la Cons-
titución; y á tiempo que jura verbalmente no vio-
larla, está jurando mentalmente violarla. Quién le
ha dicho, además, que las restricciones estableci-
das en Montmartre por Ignacio de Loyola * sean
aplicables á la ciencia de gobierno? La pena de
muerte por delitos políticos, los consejos de guerra
verbales, la violación del domicilio no son cosas ho-
nestas: luego el que jura guardar y hacer guardar
una Constitución que abriga esos principios anti-
cristianos, falta á la condición del juramento. Es
así que el presidente faltó á esa condición, *ergo* su
juramento es írrito, y no está ligado con él á la Di-
vinidad, porque la promesa *non est vinculum ini-
quitatis*. Ahora salimos con ergotismos: medrados
estamos.

Herodes hizo quitar la vida á Juan Bautista
en la fortaleza de Machera, so pretexto de que no
podía faltar á su promesa jurada. El que jura co-
meter un crimen, no se obliga sino para con el de-
monio: si lo cumple, sobre el crimen comete sacri-

* Aun no era santo: no hay que asustarse.

legio: crimen sobre crimen. Herodes, para no faltar á Dios, estaría obligado á hacer cortar la cabeza al Precursor de la Verdad? Herodías ha de dar la resolución, oído el dictamen de Don Manuel Gómez de la Torre, Padre de la Iglesia. Cuando este gran profeta de la ley del encaje proponía al congreso que las iglesias fuesen reducidas á teatros, y los monasterios á plazas de toros, él era el hereje, ahora está haciendo predicar contra los que vienen á derribar templos y ahorcar monjas sin respeto ninguno por la religión y las buenas costumbres.

Cómo sucede, señor presidente, que mostréis tanta sumisión á lo mismo contra lo que estáis protestando? Protestáis contra el estado de sitio, los consejos de guerra verbales, la violación de la vida humana, la del domicilio y otras leyes terribles que rechazan los códigos de las naciones civilizadas; luego protestáis contra vuestro propio juramento, el cual recae sobre la materia ilícita de no violar ó romper la Constitución que contiene esas leyes inicuas. Por huir del perjurio, dais en el sacrilegio; por no faltar á Dios, le insultáis poniéndole por fiador de cosas que él reprueba. Santo cielo! que Edipo cristiano es este sobre el cual está pesando la fatalidad inexorablemente? Nuestros dioses no son ciegos, señor, como lo fueron los de Tebas: venid acá: yo que os empujo hacia el abismo, yo os alargo la mano. El juramento ilícito no es juramento: si dejáis de cumplir lo injusto, lo inhonesto, lo vicioso, no perjuráis; ni siquiera cometéis pecado, fuera del que cometisteis cuando jurasteis cosa mala. La doctrina de la Iglesia es esta: No peca mortalmente el que deja de cumplir el juramento promisorio, si cuando lo hizo tuvo ánimo de cumplirlo; y lo deja de cumplir, porque después ve que ha faltado á las condiciones del juramento lícito, verdad, justicia y necesidad †. Vimos ya que la esencia de lo justo era lo honesto; luego el que juró guardar y hacer guardar lo vicio-

† San Alfonso Ligorio, *ibidid*.

so hizo un juramento ilícito: la religión le obliga á darlo por nulo y de ningún valor. Hay cosa más clara?

En el perjurio no se da *parvidad de materia*, como dicen los teólogos. El perjurio es *propisimo* cuando falta uno á la verdad en el juramento; pero si sólo falta á la justicia, el perjurio es *lato modo*, y no causa pecado mortal †. Ni venial lo cometeréis, presidente, si olvidáis el vuestro en favor de la patria y la conciencia. No habiendo juramento, no puede haber perjurio: írrito es el vuestro; luego *ese perjurio* tan temido en la sombra de un sueño. El hombre es el sueño de una sombra, dijo Sófocles: ¿por qué no me ha de servir ahora esta expresión sublime, volteada por mano de la filosofía? No es este el caso de temblar, señor: vos no seréis *ese perjuro solemne*, ese monstruo horrendo á quien han condenado los oráculos, en presencia del cual mostráis el santo horror del hombre honesto y religioso. “El juramento nunca puede obligar á hacer lo que es ilícito; como ni tampoco á cumplir una cosa inútil ó impeditiva de un bien mayor.” San Alfonso, viejo santísimo, echando por la frente destellos de luz divina, alarga el brazo y os muestra el camino por donde habéis de tirar sin miedo.

El juramento hecho en favor de un tercero puede ser relajado por éste.

Todo juramento se entiende hecho con esta condición: si aquel á quien se hizo la promesa la acepta.

Principios inconcusos profesados por los Santos Padres. Santo Tomás los sienta formalmente. Aquí el tercero es la Nación: si esta no acepta la promesa de que se han de guardar escrupulosamente las instituciones viciosas y defectuosas, no hay juramento; y aun cuando la aceptara, *Non est obligatorium contra bonos mores prestitum juramentum*. Esto más de doctrinal, y pasemos adelante.

Hay confusión en vuestra conciencia, señor presidente: cuando teméis ofender á Dios, le estáis

† Doctrina teológico-moral. Echarrí.

ofendiendo, porque él no es cómplice de los tiranos esos enemigos suyos y de los hombres que tratan de engancharle con sumas de hipocresía para todas sus malas obras! Buena fe, la abrigáis: esto era convenido desde el principio; mas tenéis por imposible en vos un engaño lastimoso? El que se llega al ara santa de la patria, y, puesta la mano sobre el Evangelio, dice: Juro guardar y hacer guardar las instituciones viciosas y defectuosas, las leyes bárbaras y crueles, los códigos injustos é inicuos que rigen este pueblo: juro guardar y hacer guardar la ley del estado de sitio, la de los consejos de guerra verbales, la que priva de la vida á los ciudadanos, la que echa abajo á cualquier hora las puertas del hogar doméstico; este, digo, si sabe lo que ha hecho, se pone á temblar en presencia del Dios por quien prestó el juramento impío. Tembláis, excelencia, pero respondéis: Sin ese juramento previo no me era dable posesionarme del mando. Reportaos, señor: los hijos de la Patria nada os pedimos contrario á vuestro compromiso con la Divinidad, si, á pesar de los teólogos y los moralistas, insistís en que alguno habéis realmente contraído. Juraisteis cumplir y hacer cumplir la constitución y las leyes, mientras subsistan por la voluntad de la Nación: oponeros á ella si le importa derogarlas ó reformarlas en paz, nunca habéis jurado. Vuelve á quedar indeciso este punto solamente: la Nación quiere ó no la reforma inmediata de sus instituciones viciosas y defectuosas? Como véis, no se averigua ya sino un punto de hecho que nadie tiene que ver con vuestro juramento. Y mientras yo lo tome á tratarlo de propósito, mirad aquí las proposiciones que pueden echar anticipadamente alguna luz sobre él.

Un esclavo se aboca con su dueño, y le dice: "Quiero seguir esclavo"; porque piensa que la libertad es cosa mala.

Un tributario se acerca á su señor, y le dice: "No quiero me reserviés"; porque tiene entendido que la esención le perjudica.

Una mala mujer huye del sacerdote que le está exortando, y le dice: "No quiero enmendarme"; por-

que ni siente sobre ella la pesadumbre de los vicios ni regula el valor de las virtudes.

Un ignorante se encara con el maestro que le ha ofrecido la instrucción, y le dice: "No quiero aprender nada"; porque imagina que la sabiduría no da honra ni provecho, y se atiene á la comodidad de la ignorancia.

El esclavo, el tributario, la perdida, el ignorante darán la ley en la conciencia de los que pudieran y debieran libertar á este, reservar á ese; corregir á la una, instruir al otro?

Si los cojos, los tullidos, los paralíticos, los ciegos hubieran contestado al que les podía volver y les volvía el uso de los miembros: dejadnos! queremos vivir tres años más sin luz, sin movimiento, Jesús hubiera tomado por blasfemia esa negativa, y allí su Padre para castigar á esos malditos! El leproso no pidió *tres años y algunos meses* para levantarse y salir de la sepultura: se levantó y salió al instante mismo que vió la luz, que oyó la voz de Jesucristo.

Perdón, Señor, perdón! culpables somos, no criminales pertinaces; engañados estamos, no corrompidos sin remedio; amenazados, no condenados todavía. Libertad, libertad! ella nos salva.



Los enfermos del Lazareto

Entre las tarjetas con que han honrado nuestra llegada, una tenemos circuida de encaje fino, espaciosa, con mil caprichosas bordaduras. En el centro de un enramado de oro está escrito de letra de mano: "Los enfermos del Lazareto". ¡Ironía con que los más desgraciados de los mortales zahieren al mundo en su dolor, sin echar de ver quizá lo injusto de su

resentimiento! Nosotros á quienes la agitación de la política, los rugidos de la venganza, la alegría de la amistad triunfante nos dejan siempre en el corazón la parte más delicada donde caigan las lágrimas de la amargura, experimentamos una perturbación incomprensible al recibir ese homenaje: lástima, pesadumbre, temor, agradecimiento, deseo generoso de ir á echarle los brazos á cada uno de *los enfermos del Lazareto*.

Saben quién viene y quién se va esos difuntos vivos? Tienen ojos para ver, oídos para oír, allí entre las negras paredes de la casa del dolor? Dicen que uno de los síntomas de su enfermedad es la viveza de la imaginación y el fuego de las pasiones. Hombres de sensibilidad refinada, de pensamiento sobreexcitado, de impulsos vehementes, ¿qué experimentarán dentro de sí mismos al verse temidos, y no por su maldad; repelidos, y no por sus vicios; asqueados, y no por sus indignidades; encarcelados, y no por sus crímenes? Nada han hecho con que perdieran sin remedio la compañía de sus deudos, y la han perdido; nada que los privase en justicia del trato de sus semejantes, y no pueden obtenerlo; nada para que huyamos de ellos, y no hay quien se los aproxime; nada con que hubiesen renunciado á la libertad, y viven presos.

Hijos míos, consolaos: el amigo socorrido, el compañero fiel, el protector eficaz, ese Invisible á quien los filósofos columbran en sus recogimientos, los hombres justificados encuentran en sus sueños, los santos miran y tocan en sus éxtasis; el que oye la voz de la desgracia inocente, palpa las llagas de la penitencia, enjuga el llanto de las pesadumbres inmerecidas; el que penetra en el rincón de la miseria con un pan en la mano, derrama sobre el pecho encancerado las gotas milagrosas, se llega al oído del enfermo y le dice: Conóceme! yo soy; ese, ese está con vosotros, si os elevan y santifican las virtudes. No os aborrecemos, pero no podemos amaros sino á la distancia; no huimos de vosotros por temor de vuestro espíritu, sino de vuestro cuerpo; no os reducimos á prisión en vía de castigo mas aun de necesidad.

Castigo, ¡y por qué! Si cuando erais hombres os ibais tras las cosas de mundo, vuestra suerte os ha purificado: la desgracia en medio de altos pensamientos y buenas costumbres sirve de crisol: depura el alma, la refina, la vuelve tersa, y allí se sientan resonando las virtudes y quedan estampadas como la imagen de Dios. Desdichado del hombre que en las persecuciones y las tribulaciones del mundo no vuelva el corazón al cielo! Los vicios, los pecados tienen mal olor en las personas que se llaman felices; en los desgraciados, hieden como infernal podredumbre. A todos nos cumple la práctica de las virtudes: mas no sabemos por qué ley misteriosa de la Providencia ellas parecen más obligatorias en esos que viven hundidos en una obscuridad funesta. Será porque los dolores son más productivos que los placeres, la tristeza más respetable que la alegría!

Cuando erais hombres, dije. Qué filósofo arbitrario es este, que viene á despojarnos de nuestra naturaleza? exclamáis, oyéndolo estoy. Para Dios, hombres sois todavía, y lo seréis hasta cuando él os convierta en espíritus bienaventurados y os señale vuestro lugar en las gerarquías celestiales; para el siglo, nara nosotros, no sois sino "los enfermos del Lazareto". Y me fundo en que un sabio que vivía encerrado en una torre no le quiso dar su nombre á un viajero compasivo que se había llegado á saludarle. "Cómo os llamáis? quiero saberlo," dijo el viajero por fuera de la reja.—"No tengo nombre," contestó el recluso. "Pero quién sois?" "No soy nadie: en la ciudad me llaman *el leproso*. Ya lo sabes, viajero: soy el leproso." "Hombre como vos no ha de quedar desconocido: la cordura, la resignación, la sabiduría de la suerte se recomiendan á la memoria de los buenos: suplícoos me digáis vuestro apellido para dedicaros una página en mis viajes." El lázaro es hombre por ventura? replicó el desventurado. Ni soy hombre, ni me llamo de ningún modo; soy el leproso, y nada más. Cuando las personas caritativas me envían algún presente, dicen: Lleva esto al leproso. Cuando vienen á saludarme los mayores ó á burlarse de mí los

niños, me gritan de afuera: Leproso! asómate.”

El viajero se puso el guante, y le alargó la mano. Viajero, dijo el lázaro, eres bueno y generoso: no puedo tocarte sin emponzoñarte. Sigue tu camino, y acuérdate del leproso de la ciudad de Aosta: yo rogaré por tí al Dios de los caminantes.

Siguió su camino el viajero tributando algunas lágrimas al sabio de la torre, al enfermo virtuoso que no quería ya ser hombre ni llamarse de ningún modo.

Oh vosotros los enfermos del Lazareto, sed como el elefanciaco de la ciudad de Aosta, que no despreciaba al mundo, porque era humilde en su sabiduría, pero había perdido por completo la memoria de los placeres y los vicios. Sed dueños de vuestras pasiones, tiradle el freno á la imaginación, ese corcel enloquecido que si le aflojan la rienda vuela y se despeña. Fijad en Dios vuestros afectos con ahinco, el pensamiento en las cosas eternas. El mundo es para vosotros el paraíso perdido; no le hallaréis jamás. Este sol que cada día rompe el horizonte y sube á campear en la bóveda celeste, ya no es vuestro; estas colinas voluptuosas cubiertas de mieses ó de alegres florecillas silvestres por donde retoza nuestra vista, no son vuestras; estos campos de verde yerba; estas gotas de rocío que tiemblan en las hojas; estos árboles donde gorgean las aves mañana y de tarde; estas flores rubicundas que nos alegran los ojos y el olfato; estos templos grandiosos que resuenan con el órgano sagrado; estas torres que esconden la cabeza en las nubes; estas calles por donde se cruzan vuestros semejantes con alegre diligencia, todo es perdido para vosotros: llorad, pero sean lágrimas de resignación, de salvación. Esa donde vivís, tumba es: medita, orad, sed santos por el dolor, sin teneros por desgraciados. Si vuestra casa es oscura, las virtudes la iluminen; si funesta, ellas la concilien alegría. Donde está Dios, no hay cosa oscura ni funesta: y Dios está siempre donde se hallan las virtudes.

Esta es nuestra visita, amigos: recibidla de corazón, porque os la hacemos de corazón.

Del Ministro de Estado

Sabido es que en ciertas naciones, como la Gran Bretaña, el monarca reina y el ministro gobierna. La importancia de este funcionario es tal, que lleva sobre sus hombros todo el peso de la monarquía, sobre su conciencia la responsabilidad de las cosas de un gran pueblo. Esa tierra de gigantes bien pudo haber hecho desde el principio todo á lo grande. Simon de Monfort saliendo al frente de *los barones de hierro* á echar los cimientos de la Inglaterra moderna, es un coloso brusco y terrible que está labrando el mundo á martillazos, como el genio poderoso de los antiguos suecos. Chatham, el gran pechero; Pitt, el hijo del mercader; Palmerston, el aprendiz cajista, eran hombres capaces de echarse el mundo áuestas, como San Cristóbal, y pasar los mares muy seguros de sí mismos. Para grandes cosas grandes hombres: no perforan los Alpes dos enanos, sino dos reinos opulentos. Inteligencia olímpica, ilustración que raye en sabiduría, cordura á prueba de ocasiones, valor sereno, constancia, tacto delicado y mil otras prendas componen la virtud eminente que ha de poseer un gran ministro. Honbría de bien, verdad, sinceridad, y mucho atrevimiento fundado en el buen juicio, esta es la diplomacia de Sully, de Colbert, de todos los hombres de Estado cuya fama está edificada sobre las virtudes, y no sobre la astusia y el engaño, como la del príncipe de Bismarck.

Después de lord Chatham, los tiempos modernos no han tenido quizá político más elevado y útil á su patria que el conde de Cavour. Este egregio italiano abrigaba dentro de sí una divinidad: en su cabeza era Minerva, Palas en su pecho: de ese recinto luminoso salieron campeando al mundo la liber-

tad y la unidad de Italia. La palabra del Señor, "por sus obras les conoceréis", aplicada á la política es tan verdadera como en lo moral. Por sus obras conoce el mundo á Richelieu, ese sacerdote de Teutates, druida terrible cuyos dioses se alimentaban de carne humana, cual los osos de Galerio. Por sus obras conoce el mundo á Mazzarino, el cardenal cuyo temperamento era la mansedumbre algo apestanda por la codicia, sin que esta unión harto común perjudicase de ninguna manera al ingenio y la sagacidad con que trataba las cosas del reino, guiándolo por las más elevadas regiones de la política con la propia holgura con que el dios antiguo dirigía el carro del sol. Por sus obras conoce el mundo á lord North, el hombre terco y porfiado á quien debe su patria la pérdida de un vasto imperio. Por sus obras conoce á Canning, el ministro sabio y equitativo. Por sus obras conoce á Don Alvaro de Luna, el condestable de Castilla. Por sus obras á Antonio Pérez, la fábula de las gentes. Todos estos son hombres de la historia, gloriosos unos, famosos otros: estos por sus aciertos y virtudes, esos por sus faltas y delitos; cuales por los favores, tales por los rigores de la fortuna.

Habéis de saber que una es la gloria y otra la fama. Un bandido puede ser famoso; glorioso no es sino el hombre de bien que labra la dicha de un pueblo, instruyéndole, libertándolo, comunicándole altos principios que le vuelvan respetable á sus propios ojos y á los de sus semejantes.

Hubo un inglés que puesto al servicio de una nación amiga de la suya, llegó por sus insignes hechos á ser proclamado rey por el ejército, los nobles y el pueblo. La reina su señora no consintió en que su súbdito se coronase, y respondió á los que le pedían de rey, que ella necesitaba á Sydney para ministro de Inglaterra. Mirad aquí como un grande hombre es más para ministro que para rey. ¡Y no tenía sino veinticinco años el muchacho! ¿Dónde están nuestros adolescentes que sean proclamados reyes y emperadores por sus hazañas y sus virtudes?

Después de una batalla heróica no había agua en

la tierra: muchos soldados han muerto ya de sed; el general á su vez se está muriendo. Uno de sus oficiales ha descubierto un charquillo debajo de una piedra, de la cual cae gota á gota una agua cristalina. En dos horas recoge un vaso con la paciencia del amor apasionado: la vida de su general vale más que la de todos, que la suya propia. Triunfante, alegre, corre con el presente de los dioses hacia su amigo. Sydney, trémulo ya, toma el vaso y se lo aplica á los labios á un soldado moribundo. Bebe, camarada, le dice; tú te mueres; yo puedo resistir algunos instantes más. Cómo no hemos de proclamar reyes á estos santos de la política, de la guerra? Cuál de nosotros haría lo que Sydney, el joven de veinticinco años?

Qué suerte la nuestra! mientras más viejos más indignos. Marceau es general de la República á los diez y nueve años de edad. Hoche generalísimo á los veintitrés; Sydney es proclamado rey á los veinticinco; y no por las intrigas ni el favor del príncipe, sino por el amor, la admiración y la justicia de los pueblos. Nosotros, á los cuarenta años, andamos todavía disculpándonos de la ignorancia y la ineptitud con nuestra corta edad; y compatriotas tenemos que por los años y la barba fueran buenos para sacerdotes de Osiris, ó patriarcas de Alejandría, y aún están quejándose de su falta de experiencia. Barbas mayores quitan menores, dice el comendador Griego en su colección de refranes. El suyo se halla desmentido entre nosotros, porque estamos viendo que barbas menores quitan mayores; esto es, dan lecciones de cosas que por estudio y experiencia deben saber los viejos.

Ah, señor Don Manuel, ya está usted moviéndose en el asiento como si tuviera hormiguillo: de dónde sabe que queremos hablar de Ud.? Bonitos somos nosotros para meternos ahora en indirectas. Si algo tuviéramos que decirle, le tomaríamos aparte, y sin que nos oyese nadie, le diríamos: Señor Don Manuel, nuestro buen amigo, está usted poniendo en contingencia la paz de la República, ella no le acepta ni le aceptará jamás. Es usted patriota, generoso, delicado? Pues oiga los clamores de

los pueblos; entregue esa pizmienda carterera que tanto da en que merecer á la Nación y tantos sinsabores le causan á usted mismo, y hágase perdonar de este modo sus errores. Si patriota, mire por la concordia entre los ecuatorianos; si generoso, no muestre apego tan reprehensible al mando y á la renta; si delicado, ponga en cobro su reputación embestida por todas partes. Usted no puede decir que en usted no haya defecto de armadura; ni sus enemigos han menester la lanza encantada de Bradamante para acertarle en lo vivo. Sino por prudencia, por necesidad, la retirada es ya inevitable. Retirarse no es huír: se retiró Jenofonte con sus diez mil griegos; se retiró Pompeyo delante de Sertorio: Bolívar se retiraba, Sucre se retiraba. Retírese usted, señor Don Manuel, y, aquí tiene estos cinco dedos, le prometemos por nuestras barbas no picarle la retirada. Al contrario, su condescendencia tendrá para nosotros visos de magnanimidad. Lo coronaremos de flores, y le pondremos honrosamente en la frontera con una legación en el bolsillo. En Washington, en Lima no dirigirá usted nuestra política con las varillas de San Cipriano, y nos dejará dormir sin venir á cavarnos la casa á media noche. Lima es el París de Sud-américa: váyase allá; al París grande, al de Francia, no puede usted irse, por las razones que á grito herido pondríamos en el cielo, si usted tuviera la imprudencia de solicitar esa embajada. A Roma no se vaya tampoco: ¿qué se le entiende, buen amigo, de achaque de concordato? Esta es cosa de hombres avisados y peritos, de esos que no sufran les eche á la faltriquera *il signor* Antonelli, y dejen bien puesto el nombre de su patria. A Washington, á Lima señor Don Manuel; y si lleva las narices de Tomé Oecial, mucho mejor: así podrán no conocerle.

Por aquí seguíamos discurriendo en este artículo, hasta que dábamos de lleno y con fuerza en los cargos y las recriminaciones que la tenacidad del señor Gómez de la Torre volvían ya de todo punto necesarios. Para estas, como decía el condestable

de Castilla tocándose las barbas, que el señor Don Manuel no hubiera podido tenerse sobre su macho del Interior y Relaciones Exteriores, si el articulejo sale á luz bordado y perifrasiado. Una página de él debida á la deslealtad de un oficialillo ha sido suficiente para dar en el suelo con el ministro-roca; qué hubiera hecho, Virgen Santa! la pesea en su integridad y resplandor? No se cansaba de decir el señor Don Manuel que él era toro jugado, que tanto se le daba de la imprenta como del gallo de San Pedro. Hum. . . . La imprenta en manos de los hombres desacreditados, los bellacos, los ruines que la desprestigian con la impostura, la difamación y la grosería, es cosa despreciable para los hombres de bien y espíritu elevado. La verdad es fuerte por sí misma; encendida con el fuego del patriotismo, arde sobre los culpables y consume á los enemigos de la libertad y las virtudes. No saben que el misterioso Junius tenía en su mano invisible la suerte de los ministros, los señores del reino, el Parlamento? Era porque ese escritor hablaba en nombre de la Nación, y las verdades brotaban de sus labios con resonancia tal, que el ruido de los aplausos de todo el mundo hacía temblar el trono mismo. Los que miran con desprecio las advertencias de la pluma autorizada por la buena fe y el amor patrio, son, al fin y á la postre, víctimas del veredicto popular encarnado en una aterrante gritería. Desgraciado del ministro que espera al pueblo al pié de sus balcones! Ese no tiene pundonor, delicadeza, ni siquiera mira por el decoro de su familia y de sí mismo. En Colombia el nombramiento de ministros está sujeto á la aprobación del Congreso. Habiéndose posesionado de la presidencia el ciudadano Santiago Pérez, nombró secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores á Don Gil Colunge. Algunos de los representantes del pueblo le echaron bolas negras: Colunge, hombre juicioso y pundonoroso, rehusó la cartera, á pesar de la inmensa mayoría que hubo en su favor. Poco ha de tener de Dios el que resista treinta y nueve mil bolas negras. En Europa sucede á menudo, que la opinión pública da la ley en lo concerniente á los ministros de Estado.

Una vez que el monarca llega á persuadirse de la impopularidad de su ministerio, le exige su dimisión, y forma otro con los miembros de él que no tenga en contra suya el descrédito ni la antipatía general. Sostener á un hombre impopular, es hacer pié contra la Nación, y llevar adelante, por amor ciego y vicioso, ó por necio capricho, lo que á todos disgusta y todo lo pone á riesgo de perderse. La cordura del gobernante se cifra en irse con la corriente general, cuando las tendencias de los ciudadanos son hacia el progreso fundado en los sanos principios, sin oponerse al viento impetuoso que sopla por el mundo. El príncipe de Bismarck era tan mal visto al principio de su elevación, que nadie pensaba en la grandeza y la estabilidad á que ha llegado andando el tiempo. Sin meternos á calificar los medios de que este Maquiavelo germánico se ha valido para hacer de su patria la mayor y más poderosa de las naciones modernas, pondremos solamente por delante que no ha crecido en gloria y respeto, sino porque sus obras han sido con arreglo á las tendencias generales de los alemanes; y lo que él ha hecho, lo hubiera puesto por obra cualquiera de ellos, como su cabeza fuera el recinto donde los dioses de la política se reuniesen á desenvolver sus ideas y proyectos inmortales. Popularidad es edificio delicado que se levanta sobre columnas preciosas labradas por el mérito. El mérito es un ser incorpóreo, que no sabemos cuando nace: él vive, crece, y de repente se muestra cual gigante á los ojos de los hombres: admíranle los buenos, calúmniale los malos: le apoyan unos, otros le persiguen; pero su influjo está obrando sobre todos; y en los grandes días de la patria, esas amables hadas que se llaman virtudes hablan con voz modesta, y son oídas.

Riqueza, fatuidades nobiliarias, preponderancia nacida del orgullo, poder de familia, son bambolla á los ojos del rey ó el presidente que quiere tener un buen ministro y gobernar como manda el dios de la política. Inteligencia superior, instrucción vasta; malicia inocente, inocencia maliciosa; fino tanteo, impetuosidad pausada; fuego en el pe-

cho, luz en la cabeza, y buenas y grandes intenciones, etos son los requisitos del excelso magistrado que llamamos ministro, porque él entiende en las cosas de la República y lleva sobre los hombros este asunto respetable, inmenso, que se llama procomún. Los que no son para tanto, si á lo menos son cuerdos, pónganse aparte, reclamando con la modestia el aprecio de sus compatriotas. No es de todos el causar admiración: esto nace de los altos hechos y las profundas virtudes. Ingenio, valor, generosidad, sabiduría en grado eminente producen en nosotros ese afecto inexplicable que se denomina admiración. A pocos les es dado cautivarnos de este modo; pero al respeto de sus semejantes cada cual tiene derecho, como su proceder esté ceñido á la ley de la honra y la vergüenza. Un hombre por todo extremo notable en Sud-américa sentó este principio atroz: "El primer paso hacia la felicidad es haber perdido la vergüenza." Habló sin duda de la felicidad del verdugo: esta no es la nuestra. Nosotros tengámosla en todo caso: la vergüenza es la virtud de la cara, espejo del corazón.

Nadie más que el hombre público ha de poseer y cultivar esta virtud. Si el vejezuelo Adolfo Thiers, ese gigante chiquito, hubiera anhelado la susodicha felicidad, no estuviera el día de hoy iluminando el mundo con su gloria, sino obscureciendo con su descrédito algún rincón. Pero tuvo conciencia del valor de las virtudes, y después de haber salvado su gran patria con los milagros del ingenio y el amor, no esperó que la ingratitude se le riese en las barbas, y les dijo á los franceses: Ahí está el mando; yo tengo de sobras con mi nombre. Estos son los patriotas, estos los varones ínclitos.

Habiéndole echado por ahí como una pluma á nuestro amigo Don Manuel al primer estornudo, nos hemos tomado generosamente el trabajo de rehacer nuestro escrito, perdiendo la edición de mil doscientos ejemplares, tirada ya, y faltando al público en cuanto al día de "El Regenerador". Por una lección de magnanimidad perderíamos la vida, no que una triste suma de dinero. Hombre caído, hombre muerto para nosotros: séale la tierra ligera!

allí lo dejamos responséado al ex-ministro, y le echamos agua bendita. Olvido y silencio son la historia de los hombres ilustres por la insignificancia.



De la distribución de la Justicia

Un rey de Esparta llamado Agesilao no se cansaba de repetir que la justicia era la mayor de las virtudes. La justicia, en los individuos, es la mayor de las virtudes: en los gobiernos, en los pueblos es una divinidad exigente y severa, á cuya devoción no puede uno faltar, sin incurrir en la pena con que los dioses conminan á los peores de los hombres. La excelencia de esta virtud es tal, que comunica á los crímenes mismos cierto resabio de pureza, y vuelve célebres, y aun gloriosos, á los que viven en guerra con la sociedad humana. Bardilis llegó á merecer los honores de los varones ínclitos, á causa de la equidad con que distribuía los hurtos entre sus bandoleros, rindiendo en medio de la perdición un homenaje constante á la Divinidad, cuyo atributo es la justicia. Rochaguinarda ó Roque Guinart no es tan amable á nuestros ojos por la gallardía solamente, sino también, y acaso más, por la justicia con que premia las bazañas de los suyos, y castiga sus desmanes. La igualdad es la esencia de esta virtud: el privilegio que traiga consigo disminución de pena para el delito por el cual á otros les echamos todo el rigor de la ley; destruye los fundamentos de la justicia, y pone á riesgo de perderse el gran equilibrio de la asociación civil que llamamos orden; y no de otra manera, cuando

faltamos á ella agravando el castigo en unos fuera de los términos de la ley y la costumbre, hacemos de la justicia un genio perverso, en vez de la diosa elevada y serena que los antiguos adoraban al pié de un altar sublime.

Dar á cada uno lo que es suyo; recompensarle segun la bondad de sus acciones; imponerle el castigo merecido por sus faltas ó sus crímenes, esta es la justicia. Un magistrado, un gobierno pueden estar en lo justo cuando ponen ó mandan poner en juicio á los que han proporcionado materia para él; y serán injustos al mismo tiempo, si no mandan juzgar á todos los sindicados del propio delito. Las distinciones odiosas son la gangrena de los gobiernos despóticos: siendo la igualdad uno de los fundamentos del republicano, todo lo que sea faltar á ella en cualquier forma, será una infracción escandalosa de esta grandiosa ley debajo de la cual vivimos, ó pensamos que vivimos los hijos del nuevo mundo.

Ningún vicio redundaba sobre un gobierno con más fuerza que la injusticia: á un acto injusto del presidente, del ministro, del tribunal, los hombres de bien exclaman á una voz: ¡qué iniquidad! La iniquidad es la madre del odio; el odio el padre de la muerte. Cuando un buen rey, un hombre justo muere á mano de sus semejantes, el género humano gime en profunda y triste indignación. El matador de Enrique IV es un espectro aborrecido que representa la ingratitude y la maldad: á ese, nunca y nadie, sino los que le dieron esa horrenda comisión, le han llamado de otro modo que *asesino, parricida*. Cuando un hombre desafortado, un tirano que practica la injusticia por inclinación natural y por costumbre, cae á los golpes de sus víctimas, muere como perro, y sus matadores son libertadores. Entre los romanos eran santos estos *asesinos*: los que quitaban la vida á esos monstruos que con nombre de padres del pueblo diezmaban el género humano, manteniendo á sus fieras con carne de gente, eran santos para el pueblo, y lo son en la historia. El modo de ver de los tiempos modernos ha variado mucho respecto de ciertos principios, que en lo an-

tiguo no eran dudosos: ahora hay muchos que condenan hasta el tiranicidio, siguiendo la doctrina de Santo Tomás, y muchos que lo aprueban. No es este el caso de dar nuestra opinión. Diremos solamente, que todo consiste en descubrir la esencia de las cosas. El hombre malo, injusto, implacable para unos, suele ser bueno, equitativo, generoso para otros. En una de las dos partes debe haber error ó mala fe. Doblemos esta hoja, y tomemos el hilo de nuestro asunto.

Puede haber, hemos dicho, justicia en la materia del juicio: si todos los reos no son juzgados, hay injusticia clamorosa en el que manda juzgarlos. Es buen estilo y manera de escribir acertada, según los que hablan de elocuencia, sentar proposiciones y reglas generales acerca del punto que nos proponemos tratar, para descender á los casos particulares que nuestra intención y las circunstancias están pidiendo. Gusta por extremo el poema de Luis Ariosto, entre otras cosas, por esa maña filosófica con que abre cada uno de sus cantos con alguna disquisición sobre puntos de moral, sentando bella y altamente los principios que profesamos con arreglo á nuestra religión y las buenas costumbres. Imitando en esto á los autores clásicos, ponemos luego el pie en el terreno á donde queríamos entrar con el derecho, y en él entramos muy seguros de nosotros mismos.

El Gobierno, esto es el Sr. Manuel Gómez de la Torre ha mandado poner en causa á los ciudadanos de Imbabura, por el hecho de haber exitado á Su Excelencia el presidente de la República, en vía de solicitud, á reconsiderar su resolución tocante al Congreso constituyente y la reforma de las instituciones que los pueblos han estado pidiendo desde la muerte del antiguo dictador. Juicio sin delito no puede haber; delito sin infracción de ley, no puede darse; ley sin legisladores no puede ocurrir. Ni la Constitución ó ley fundamental de la República, ni las leyes especiales prohíben á los pueblos el que se eleve una solicitud al Gobierno: luego los que la elevan no cometen delito. El que no comete delito no da de sí tela de juicio; luego el que es

juzgado *sin materia*, es víctima de la arbitrariedad y la tiranía. Qué dirán las naciones vecinas al ver que en el Ecuador, pasado García Moreno, se pone en juicio á los que sostienen con sus firmas el "Voto de Imbabura?" En los procedimientos judiciales es comun pedir al juez que reconsidere la causa sobre la que ha fallado: La gerarquía de la administración de justicia compuesta de juez de primera instancia, Tribunal de apelación y Corte Suprema, no es si no el principio, puesto en práctica, del derecho á virtud del cual pedimos reconsideren nuestra causa. El Señor Borrero, que no se cansa de insinuarnos su modestia, comete, quizá sin caer en la cuenta, actos de gran preponderancia. El papa ha necesitado la ley del concilio Ecuménico para ser infalible; Don Antonio se ha declarado infalible por medio de un simple bando, que por su esencia injusta y rara, todos han mirado con sorpresa. Un bando privará á los ecuatorianos de cada uno de sus derechos: el de petición, el de discusión, la libertad de imprenta, todo cae en pedazos a los golpes de un escribano y un tambor de milicias. Qué otra cosa han hecho los imbabureños que ejercer una facultad garantizada por la constitución misma de García Moreno, y esto en los términos mas justos y decorosos, puesto que enérgicos y bien concertados, como de gente razonable y valerosa? A García Moreno jamás le hubiera ocurrido mandar poner en causa á un pueblo entero, porque elevaba á su gobierno una representación. García Moreno era violento, pero no cometía de miedo estos errores infelices que piden el nombre de extravagancia. El ministro Gómez de la Torre, arrastrando por este despeñadero á su benefactor, concluirá por presipitarle en un abismo. He ahí, en Don Antonio, un hombre de talento á quien atrevidamente se lo miega ya la inteligencia; un hombre de bien, que tiene puesta en duda su sinceridad; un hombre bueno contra el cual se están quejando de maldad sus conciudadanos! El talento, la sinceridad, la bondad, suyas son: la falta de estas prendas y los tristes efectos de esta falta son de su ministro. Declararse infalible por medio de un bando! Con qué en la materia sobre la cual

recae una resolución del presidente ya no puede haber errores ni equivocaciones? Solamente los misterios de fé no admiten discusión entre católicos: si un pueblo goza por la ley de libertad de imprenta, no hay materia sobre la cual no pueda discurrir decorosamente hasta el fin del mundo. Recayó resolución sobre este punto; luego comete delito el que vuelve á hablar de él. Lo que sucederá será que ella sea ejecutada; pero nunca, en justicia, puede prohibirse las diligencias de la teoría, que es la razón espaciada por los campos del raciocinio. Y si los ciudadanos tienen gana de discurrir acerca de la resolución misma, ¿quién tiene facultad de darles un tapaboca con las manos? Las vías de hecho, contra la ley y el orden, reprima el gobierno; las de derecho no, si no es arbitrario y tiránico.

Ahora vamos á otra cosa. Han mandado ustedes poner en causa á los liberales de Imbabura, porque han manifestado una opinión, y han elevado al Gobierno una solicitud; ¿por qué no mandan poner igualmente á los de Quito que han proclamado solidaridad de causa y responsabilidad con sus conciudadanos del Norte? ¿por qué no les mandan poner á los Guayaquileños, que reencarecen con un soberbio comentario "El voto de Imbabura", y lo adoptan y se declaran como autores de él?

Su Ministro, Sr. D. Antonio, puede ser lo que quiera; usted como hombre de talento, no puede hacer necedades; como de conciencia, no ha de cometer iniquidades; como buen magistrado y ciudadano eminente, no ha de caer en ridiculeces. Los actos sangrientos, las medidas terribles causan odio y terror al mismo tiempo; los necios, los ridículos, infunden menosprecio. Lamartine, en su biografía de Sand, dice que mientras los alemanes no hacían sino aborrecer á Kotzebúe, nadie pensó en quitarle la vida; cuando ciertos actos de tiranía ridícula le volvieron despreciable, salió un estudiante de la Universidad y le dió de puñaladas. La política de *los escarmientos*, Sr. D. Manuel, es perniciosa para el escarmentador. El escarmiento requiere faltas ó delitos reiterados: donde

no hay delito, ó siquiera falta, el escarmiento es una injusticia deshonesta que viene gimiendo con un monstruo en el seno. Tolerancia, mansedumbre, sagacidad, todo lo que ha proclamado nuestro presidente, y su Ministro contradice, consti uyen la buena política. Como ciudadano ecuatoriano, como amigo especial del pueblo imbabureño, como estimador del Sr. Borrero, pido que ese sumario sin materia sea echado á las llamas. Van á condenar á las selvas orientales, á presidio, á muerte á los patriotas que han suplicado al Sr. D. Antonio reconsidere su resolución? Gran delito, por cierto; y acto de equidad y consecuencia que nos rinde el corazón y el espíritu. Acaba el Sr. Borrero de gloriarse de su escrupuloso respeto por las libertades públicas y las garantías individuales; y he aquí que enseguida declara sediciosos á los ecuatorianos que elevan una solicitud arreglada á derecho á su gobierno! El amor y la estima de sus compatriotas no se hallan perdidos sin arbitrio para nuestro presidente; en él está que vuelva á ser para nosotros el ciudadano que con razón no deja de jactarse del timbre de haber subyugado treinta y nueve mil corazones. Pero no se funde su orgullo en haberlos reudido, sino en tenerlos por suyos el día de hoy. Amor pasado, flor marchita; el presente es gloria y felicidad de los mortales.

Contra la necesidad

Hojeando un día "El Expectador" de la Gran Bretaña, dí con un salmo de David traducido al inglés por el austero Abdison, ese maestro de escuela de sus compatriotas que tanto les enseñaba de-

leitándoles, y tanto les corregía sin causarles enojo. Un grande hombre de nuestros tiempos dice que para él Homero, Virgilio, Horacio no son los mayores poetas del mundo; que el primero entre todos es Job. Por donde puede verse que los dolores del alma arrebolados con el amor divino producen los conceptos mas poéticos, por que tienen origen en las sensaciones mas elevadas y tiernas. Job es el poeta del dolor; David el de la felicidad y la alegría, de la gratitud y el amor triunfante. Despues de las lamentaciones del uno, los salmos del otro son el monumento mas grandioso de la literatutra sagrada. El que yo hallé en "El Espectador" habia pasado por tres idiomas; hebreo, griego y latin. En ingles no suena mal la poesía de los patriarcas, sino tambien, que parece que el rey-profeta habia hablado la lengua de los pájaros. Probemos á hacerla hablar en la que, según Carlos Quinto, era buena pare con Dios.

Mi pastor es mi Dios, en él confio.
Nada me falta, si de Dios me fio.
Las pasturas mas suaves me señala;
Con el agua mas pura me regala;
La vida me conserva, su sendero,
Con la mano me muestra, y voy ligero,
Al lugar mas profundo yo bajara,
Si mi Padre y Señor me acompañara.
Donde voy él está; vengo á su lado,
De báculo me sirve su cayado,
Su anhelo por mi dicha es tan activo,
Que rebosando en sus riquezas vivo.
Llena el Señor mi copa siempre tiene,
Y cual para un banquete me previene.
Y aunque dones mayores no imagino,
Espero el colmo del favor divino.

Trasados con el dedo estos versos en la arena húmeda y tersa de orilla de un río, otro día fuí á buscarlos. Allí estaban las palabras del profeta fácilmente legibles. Por sobre ellas había pasado un insectillo inocente sin causarles el menor perjuicio; antes servía de adorno á la pieza un hilo de baba

que como de plata iba serpenteando hasta perderse en la lumbre del agua. Me los puse en la memoria; y como ni noche ni mañana he dejado de repetirlos desde entónces, á ellos les debo sin duda el pan de siete años de destierro y olvido. Los que quieran estar en salvo del hambre, repitan de corazón los versos de David.



El Emperador Del Brasil.

Desde Don Alonso el Sabio, no han sido pocos los reyes que se han dado de propósito al estudio de las letras, como quienes sabían que las ciencias y humanidades, así eran de adorno del trono, como conciliaban autoridad al soberano. En el siglo de Don Alonso, sus conosimientos en legislación, en historia, en buenas letras rayaban en prodigio; tanto que á los ojos del vulgo pasaba por mágico, y hartas amarguras tuvo que apurar á causa del paso largo con que iba delante de su tiempo y sus conterráneos. Primo Alonso Pérez de Gusmán, escribía á su amigo y confidente, la miscuita es tan grande que como cayó de tan alto se verá de lueño. El fruto del árbol de la sabiduría es saludable; pero esa salud entra con dolor, rompiendo á viva fuerza las paredes del cerebro, rasgando con delirio las telas del corazón. Mientras más sabe uno, más padece: Ignorancia es una moza de buen rejoy, como Aldonsa Lorenzo, que puesta á horcajadas sobre la vida, se va sin cuidado por el mundo, tan ajena á los placeres del alma, que son los grandes y delicados, como á sus dolores, que son los altos y profundos. La sabiduría es una divinidad terrible; hace gemir á sus esclavos inmortales bajo un yugo de oro

Los secretos de la naturaleza no son descubiertos por nadie sino á costa de mucho sudor y muchas lágrimas. Los que ven en lo invisible pierden la vista. Dios ha querido que hácia él no adelantemos sino los pies chorreando sangre. Dichosa desgracia, llanto glorioso los de esos hombres privilegiados que van rompiendo por el mundo, en lucha sempiterna con sus semejantes! Nadie es impunemente sabio, así como no hay hombre cultivador de las virtudes que se quede sin castigo. Las palabras de Stahal, "En pos de la sabiduría penetró la muerte en la tierra", no pudieran recibir una interpretación adecuada al punto que estamos tratando?

El anillo de Salomón es un tesoro formidable: yo no lo quiero. Qué mano para esa joya que trae en sus entrañas el universo con sus dos infinitos, pasado y porvenir? Verdaderamente el dedo que carga todos los conocimientos humanos, ha de ser el de Dios mismo: la sabiduría es atributo de la Divinidad. Si él designó á un hijo del hombre para depositar en él alguna parte de ella, fué porque quiso darnos idea de la divina sustancia; y aún así, no le hizo sabio al rey hebreo por el estudio, conforme á las facultades de la humana criatura, sino por vía de milagro: le puso en el dedo un anillo encantado que encerraba en sí el conocimiento de todas las cosas. Bien se me alcanza que esta no es sino la figura con que el pueblo volvía natural, en cierto modo, lo que parecía sobrepujar hasta á lo extraordinario; mas estas preocupaciones comunes no encierran muchas veces altos principios que los filósofos sacan como granos de oro apartadas las escorias?

El asunto de los grandes monarcas no suele ser la sabiduría ni las humanidades: Sesostris sentado en su trono en medio de montones de piedras preciosas, resplandeciendo á los fulgores de sus maravillas como el genio de la felicidad, es la representación del orgullo que, á fuerza de triunfos y prosperidades, cobra aspecto de divino, si cosas divinas puede haber entre las humanas.

Sardanapalo ahogándose en la glotonería, apurando la comida y la bebida hasta ofender y disgustar á los dioses; envileciendo al rey y al hombre en

los misterios de la voluptuosidad refinada, es el símbolo del vicio y el pecado revestidos de la púrpura que comunica la belleza respetable de los poderosos ungidos.

Alonso onceno es llamado el Sabio por la sabiduría; por las virtudes y padecimientos, le debemos llamar el Santo. El emperador del Brasil es el monarca sabio de nuestro tiempo. Con ocasión de su reciente viaje, quería yo hablar de él; mas el impresor me dice que no necesita sino cuatro páginas de mi letra para llenar este libro, y alzo la pluma á pesar mío. Hasta aquí me ha estado sucediendo lo que á Baltasar de Alcázar que concluye de esta manera la relación que no había hecho:

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

Lecciones al pueblo

III

En cierta ciudad antigua sucedió una vez que el pueblo, agraviado por los patricios, tomase consigo sus dioses lares, y se fuese á un monte á vivir libre y de su cuenta. Echando de ver los nobles que la plebe era el nervio de la sociedad humana, y que si sus compatriotas no volvían, ellos tendrían que dividirse en dos clases, una de opresores, otra de oprimidos; una de amos, otra de serviles, enviaron hacia el pueblo un anciano que le obligase al regreso por medio de la persuasión y las promesas. El pueblo estaba lleno de ira y resentimiento; pero el anciano era muy sabio, y le habló de esta manera:

Cansados de trabajar en favor del cuerpo, los brazos dijeron un día: Nosotros no somos siervos de nadie, ni habemos menester la unión con los soberbios. La cabeza nos manda á cada rato, como si nos tuviera á sueldo; el estómago nos ocupa de día y de noche; las piernas reclaman nuestra asistencia; y basta los pies quieren darnos la ley con ser más humildes que nosotros. Pues de hoy en adelante viva cada uno de por sí, que nosotros ni pediremos socorro, ni molestaremos á los vecinos.

Oyendo este discurso, la cabeza respondió: Yo os mando porque nacisteis para obedecerme; y no en mi puro provecho, sino en el de la comunidad. Vuestro encargo es el movimiento, el mío la concepción; yo discuro, vosotros ejecutáis; la idea es mía, vuestra la materia. Independizaos en buena hora, y veremos para lo que servís, si no hay quien os comunique impulso.

Los pies se habían dejado estar con las orejas tan largas á estas razones de la parte superior: Oiga! dijeron á su vez; y si nosotros no cargamos con ella, que será de la seo guapa? Pues digamos que estará contenta, si la dejamos por ahí sentadita sin ir y venir sobre nosotros. Los brazos por su parte están charlando respecto de que nos prestan algún servicio? Pues largo! tan imprescindibles son para nosotros como el demonio. De nadie necesitamos, y nos bastamos á nosotros mismos.

Los ojos dijeron á su vez: Pues nosotros no hemos de ver.

Las orejas: Nosotros no hemos de oír.

La lengua se estiró media vara afuera, y dijo: yo no he de hablar.

Las muelas: No hemos de mascar.

Las tripas gruñeron por adentro: No hemos de recibir nada.

En este conflicto, la cabeza convocó á junta secreta al corazón y al estómago. La historia no dice las razones que pasaron entre estos sabios, y solamente ha trasmitido á la posteridad los términos

en que el último salió á contestar á los disidentes: Amigos! exclamó, cada una de las partes del cuerpo humano tiene su destino y sus funciones peculiares: los ojos sirven para ver, los oídos para oír: del concurso de nuestras frentales resulta esta gran facultad en razón de la cual cada uno de vosotros está murmurando y quejándose ahora mismo; este hecho tan grande como inaveriguado que llamamos vida. Cuando falta una tecla á este órgano sublime que todos componemos, la disonancia perjudica á la armonía general. Pensáis acaso que cada uno de vosotros tiene vida propia y exclusiva, y que alguna sirve á otros más de lo que estos le sirven á él? Ojos, miembro jactancioso, vosotros nos guiáis por medio de la luz; mas sin el corazón que os da vida, ¿qué sería de vosotros? Oídos, necesarios sois para la comunicación humana; pero qué seríais sin el cerebro que juzga de las cosas, sin los pulmones que respiran? Y vosotros, atrevidos, que osáis levantar la voz contra vuestros superiores, reconoced vuestra servidumbre natural, sin que os sean negados vuestros servicios y la necesidad que tenemos de vosotros. Si alguno ha de gobernar y regir esta máquina que componemos todos, es el que sirve de centro, el receptáculo de la vida, de donde van saliendo las fuerzas y facultades que se reparten entre todos. Este es el estómago, este soy yo. Sin mí, ni la cabeza piensa, ni el corazón late, ni los ojos ven, ni los oídos oyen, ni los brazos se mueven, ni los pies sirven para maldita la cosa. Yo os doy la vida, porque os elaboro y distribuyo el alimento; yo os mantengo la salud, cumpliendo fiel y exactamente mis obligaciones. Cuando yo os falto, ¿qué noche horrible no cae sobre vosotros? Vosotros contribuis á mi poder, mas no en mi favor, sino en el vuestro propio; estáis en mi jurisdicción, no como esclavos, sino como personas que tienen necesidad de un centro y una regla para conservar la vida.

La cabeza aprobó y dió su voto por el estómago; el corazón siguió á la cabeza. Ojos, oídos, brazos, pies y todos los demás se sometieron, reconociendo su error humildemente; y desde ese día

vivieron en armonía, cultivando la paz, felices y contentos.

Cuando el viejo senador hubo concluido este apólogo, el pueblo estaba fascinado. Vió que él no era el estómago, y, convencido por las razones del anciano, se volvió con él á la ciudad.

Pueblo, la sociedad humana se compone de muchos y diferentes miembros: cada uno tiene sus facultades, y de la cooperación de todos resulta este conjunto en que vivimos cultivando las ideas, afinando las pasiones. Las clases sociales son los miembros de que hablaba el senador antiguo: el sacerdote, el militar, el letrado, el artista, el artesano, el labrador, cada cual posee sus aptitudes y ejerce sus funciones: ninguno de ellos puede vivir de por sí; y todos juntos, poniendo cada uno su parte, vienen á componer este globo de cosas grandes que llamamos civilización, progreso. Cuál es el estómago á que aludía el viejo Agripa? me diréis. Agripa hablaba del senado, esa junta de dioses sobre la cual estaba Minerva descendiendo á la continua en forma de leyes inmortales, esas que la posteridad debía tener por suyas, como la expresión de la sabiduría inspirada por los dioses. Suponiendo que el senado es la flor de la nación, bien así por las luces como por las virtudes, él es el cuerpo á donde van á dar las arterias y los nervios de la asociación civil, centro augusto y misterioso que elabora y destila grandeza y felicidad de las naciones.

Pueblo, si en vez de ser el senado la junta de dioses que el embajador de los bárbaros vió en Roma, es una gabilla de esclavos sin inteligencia ni conciencia, sin vigor ni pundonor, no estáis obligado á venerarle, porque bajeza y mala fe, flaqueza y prostitución no son virtudes que imperan en un pueblo virtuoso y grande. Los tiranos, ante todo, procuran envilecer á los legisladores: una vez que estos parecen haber nacido para la servidumbre, y el amo sale de entre ellos admirándose de la vileza de los hombres, todo se ha perdido para la república. El pueblo no está entonces obligado á la subordinación ciega y absoluta, porque si por el bien

de todos conviene que ceda alguna parte de la libertad natural, no ha de consentir jamás en que se la arrebaten por completo. La libertad es un bien colectivo: en sus luminosas entrañas abriga muchos bienes, estos que con nombre de dones de Dios y la naturaleza constituyen la preponderancia del género humano sobre las otras criaturas, y les imponen su dominio. Inteligencia es fruto delicado que no se desenvuelve y madura sino al sol: la esclavitud, la madre de las sombras: donde todo es obscuro, el ingenio no tiene aire ni alimento, y muere recién nacido. Cuándo ha brotado de la servidumbre un hombre grande? Los pensamientos del esclavo son tan bajos como su fortuna: su alma ordinaria no recibe pulimento: de ella, ni el mayor artista, ni un mágico divino podría hacer la sombra de Dios; y cuando una alma no se presta para que de ella saquemos la sombra de Dios, es seguro que él la ha dejado de su mano. En medio de la servidumbre, qué sabiduría? en medio de la obscuridad, qué luces? en medio de los vicios, qué virtudes? La esclavitud es un vicio, alto, profundo, espantoso: es el conjunto de los vicios, la madre de ellos, en cuyo seno pestilente se ahogan las facultades del hombre, y se borra y desvanecè la imagen del Creador. Uno de los atributos del Infinito es la libertad: si él nos hizo á su semejanza, ¿no es claro que somos libres? y los que subvierten sus leyes y van contra la corriente de su bondad, ¿no es claro que son impíos?

Pueblo, la libertad que sale de la jurisdicción de las virtudes, es licencia, ó lo que suena peor, otra esclavitud. El crimen es amo cruel, el vicio tirano ruin: los que á ellos viven sujetos, son esclavos; esclavos tristes, aborrecidos. Sed libres, pero no lo seáis fuera de las virtudes: el que se aparta de ellas anda lejos de la felicidad; ¿ni qué felicidad sin honra? y sin honra, ¿cuándo será posible la gloria?

Las cosas buenas, las grandes forman una cadena de ensortijamiento maravilloso: una virtud viene tras otra, una acción noble arrastra una sublime, por ese magnetismo divino, que obrando sobre el mundo, atrae lo que debe estar unido, y compone de

este modo la presea gigantesca que hemos llamado cadena de las virtudes. Cadena pura, cadena hermosa que se desenvuelve á la vista de Dios, y extendiéndose por más allá del mundo, va á resonar cual música de ensueños celestiales por los ámbitos de la eternidad de gloria.

Los vicios componen así mismo una cadena: esta es pesada, negra: sus eslabones están siempre orinecidos, crujen sordos y desapacibles cuando se mueve y se estira en curvas siniestras, cual serpiente monstruosa del infierno. De ella tira el demonio, con ella mueve esta máquina aterrante en que andan girando los que aquí llamamos inicuos y malvados, y allá se llaman réprobos.

Pueblo, la libertad preciosa, la libertad amable es la honesta, la modesta. Para que ella sea el bien á que han de propender las naciones, preciso es que esté iluminada por los resplandores de la civilización, santificada por virtudes filosóficas y cristianas. Insolencia, exigencias indebidas, abusos, no son partes de la libertad bienhechora, la santa. La libertad no es un bien, sino cuando trae consigo la felicidad; y qué felicidad, ruégoos, en el desorden y la práctica de los vicios? Pueblo, sed libre, pero no más de lo preciso. La obediencia necesaria, digna; la obediencia á la ley razonable y voluntariamente jurada, es el límite de la libertad bien entendida. El que hace pie contra los conciertos y disposiciones de la asociación general, quebrantando las leyes y abusando de sus derechos, no es hombre libre, mas aun esclavo de sus pasiones. Pueblo, sed libre tirando siempre al bien común, propendiendo de continuo á levantaros más y más por medio del trabajo y el cultivo de la razón y el corazón. Los hombres distinguidos por la inteligencia y la sabiduría son vuestros maestros naturales: seguidles, oidles: el que oye al perverso, queda sordo á la voz de la virtud; el que sigue al inicuo, se va camino de la condenación.

No ha mucho tiempo un pueblo que quería ser libre más de lo preciso, se irguió enfurecido, y sacudió en el aire cien cabezas. En la una mano el hacha de la revolución, en la otra la tea del incen-

diario, corre á los palacios de los reyes, y los convierte en cenizas. Los templos son el despojo de su guerra, los sacerdotes las víctimas de su cólera. Sangre inunda las ciudades; llamas estupendas se levantan hasta el cielo pregonando la locura de los hombres. El orden, encarnado en un anciano, alza la espada de la ley, y las cabezas de la hidra caen, y no se reproducen. El pueblo desaforado, el pueblo loco ha perecido; el pueblo cuerdo, el pueblo justo permanece. Pueblo sed cuerdo y justo: justicia y cordura son la vida; y el consejo de los varones de virtud, la sabiduría de los pueblos. El apólogo del viejo Agripa encierra la lección que no olvidan los pueblos de buena índole.



La guerra y su poesía

Desde que los hombres piensan, esto es desde el principio del mundo, algunos pensadores, y no de los menos autorizados, han creído que la guerra era una ley de la naturaleza. Si la sucesión no interrumpida de hechos que son el cuerpo de una idea, constituyen una ley natural, la guerra debe ser ley de la naturaleza. Demaistre, el sombrío campeón de la muerte, supone que no puede uno ser buen cristiano ni católico, si no derrama la sangre de sus semejantes; y con esto prevarica, por cuanto la doctrina de Jesús es toda de mansedumbre, paz y benevolencia entre los hombres. El gran pontí-

fice de la religión de ese filósofo terrible, es el verdugo; ni puede haber sociedad humana, sin que este sobresalga en ella cual gigante magestuoso. La supremacía del príncipe es de derecho divino; la pena de muerte, indispensable para el imperio de ese derecho. Luego una disposición divina no puede prevalecer sino con el derramamiento de sangre. El Dios de Demaistre y su escuela no es sin duda el de Platón, Cicerón, San Agustín, Bossuet. El Dios de estos varones ínclitos no ha menester la fuerza bruta para volver efectivas sus leyes: poderoso es, bueno y santo. Lo que él tiene dispuesto, se cumple de suyo, sin que la injusticia de los inicuos ni la ferocidad de los tiranos sean necesarias para que se mantenga el orden de las cosas. Jesucristo predicó la paz; luego la guerra no es de derecho natural, porque el Hijo de Dios, el sabio de los sabios, no podía salir contra las leyes de la naturaleza, que son establecimientos eternos del Criador. Pues en qué se funda el axioma de los antiguos que dice *Bellum omnium contra omnes*, la guerra de todos contra todos? En el abuso; y el abuso está fundado en el libre albedrío.

Bueno sería que existir una ley y ser estrictamente obedecida fuese todo uno. En este caso, ni crímenes obscurecieran la tierra, ni vicios la volvieran pestilente; y los hombres, mansos, benignos, caritativos, se fueran tras el Salvador resplandeciendo en medio de un mundo de virtudes.

Lo que sí parece en nosotros ley de la naturaleza es nuestra propensión á subvertirlas: las leyes nos mandan no matar, y matamos; nos mandan no robar, y robamos; nos mandan no codiciar la mujer de nuestro prójimo, y la codiciamos; nos mandan no invocar el nombre de Dios en vano, y lo invocamos hasta para nuestros delitos; nos mandan no levantar falso testimonio, y lo levantamos á cada paso. Qué extravagante criatura es el hombre? Bion decía que la inteligencia la debía á Dios; pero las virtudes, á nadie, porque él las había buscado y las practicaba por su voluntad. Es impío ó santo este filósofo? Con esta expresión sublime del orgullo califica al hombre, y le declara libre en el

ejercicio de sus facultades. Doctrina corriente en todas las sectas, y aun admitida por el catolicismo.

La guerra de las naciones, la de los partidos, la de las familias, la de los individuos, todas estas componen y autorizan la sentencia aborrecible que no se desmentirá hasta el fin del mundo: *Bellum omnium contra omnes*. Los imperios y repúblicas se combaten por honra, ó por prurito de conquista; los partidos por codicia, ambición ó aborrecimiento; las familias por orgullo, ó por los bienes de fortuna; los individuos por celos, envidia, intereses encontrados; por mil causas. El hombre á solas no está en paz: él no guerrea, pero sirve de campo de batalla: las pasiones se hacen pedazos dentro de él, su alma está echando humo, su corazón se revuelca mal herido. Amor, celos, venganza, odio, deseos vehementes; ambición, codicia, envidia, soberbia, soldados son que se arremeten con furia dentro del pecho, y dejan en él esas huellas negras que se asoman al rostro afeándole con la ira, ó humillándole con el abatimiento.

La guerra de las naciones, por grande y terrible, tiene un aspecto interesante: es un crimen que rebosa en poesía: poesía feroz, atroz: la poesía de Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor al rededor de Troya; la poesía de Alejandro metiendo fuego á los palacios de Darío; la poesía de Mario pisoteando á los cimbrios con su loco caballo; la poesía de Napoleón tirándose á la metralla en el puente de Arcola; la poesía de los prusianos disparando sobre la capital del mundo sus cañones monstruos.

Quién es el oficial hermoso que está tirado por ahí entre las ruinas del edificio que en pedazos vuela por todas partes? En la flor de la edad ha muerto: es casi niño, y su uniforme señala el general, sus insignias la cabeza del ejército. Tomada la plaza fuerte, los enemigos le rodean. No insultan el cadáver, no envilecen los restos mortales: los vencedores deponen el furor guerrero en la presencia de ese cuerpo sin alma, y se dejan estar allí temblando en respetuosa pesadumbre. Por entre los bigotes erizados del jefe rueda una grue-

sa perla. Callado permanece y cabizbajo: llorando está. El jefe esta llorando, lloran los soldados, puestas las armas á la funerala, y aun no cesan las baterías de los fuertes enemigos. El entierro fué pomposo: en suelo conquistado, el conquistador vencido tuvo un grandioso monumento. Esta es la virtud de la guerra. La poesía junto con la virtud de la guerra causan en nosotros esta admiración llena de amor que nos subyuga y pone en el caso de aceptar el mayor acto de barbarie de los hombres.

Cuando á orillas del Rin contemplábamos en silencio la tumba del joven Marceau, rebosaba nuestro pecho en la poesía de la guerra.

Un conquistador sanguinario ha entrado á sangre y fuego la ciudad enemiga. Los hombres, sean ó no gente armada, van á pagar con la vida el delito de haber sostenido la honra de su patria. Manda el conquistador comparecer en su presencia á las mujeres principales: Vosotras, les dice, dad gracias á Dios, porque estáis perdonadas: idos de esta ciudad, que ya no os pertenece; y os concedo que cada una lleve consigo los objetos que más aprecie, hasta donde alcance á cargar en su cuerpo.

Las señoras no responden, y vuelven á sus casas. A poco las ve el conquistador venir en larga fila, á cuestras cada cual con su marido. Fuéronsele las lágrimas al guerrero, y, lleno de admiración de esas mujeres generosas, perdonó á sus maridos, sus padres y sus hijos. Aquí están juntas la poesía y la virtud de la guerra. Amor, terneza, ingenio por una parte; elevación, magnanimidad, buena fe por otra. Si la guerra es ocasión de tan sublimes ejemplos, hagámosla.

Sucedió en otro tiempo que un enemigo formidable venido de otras tierras se presentase á las puertas de Roma. Vencedor en cien batallas, todo se lo lleva por delante cual huracán irresistible. La ciudad libre va á perder su libertad, la ciudad grande va á perder su grandeza. Un rey ambicioso ha salido de las montañas del Epiro, y se alza ya con la honra y la vida de los romanos. Los senadores, austeros, magestuosos, con el cetro de marfil en la mano, arropados en sus mantones de púrpura, es-

tán deliberando. Las legiones han sido destruidas, los generales hechos prisioneros: la ciudad tiembla, los dioses no responden á las deprecaciones de los sacerdotes. En este conflicto, un griego se presenta en el senado: Soy el médico de Pirro, dice: vengo á proponeros, padres conscriptos, quitar la vida al enemigo de Roma por medio de un veneno. La recompensa guardará proporción con el servicio y con la generosidad de este gran pueblo.

El senado manda cargar de cadenas al traidor, y que sea puesto en manos del enemigo de Roma con el aviso correspondiente. Pirro crucificó á su médico, é hizo proposiciones de paz á los romanos.

He aquí que la poesía de la guerra trae en su seno la sabiduría. Entre enemigos semejantes, la guerra es un curso de moral en forma de epopeya. Como estas lecciones le aprovechen al mundo, salgan aun cuando sea de la sangre.

Buena fe es salud del alma, orgullo de las virtudes: sin ella no hay grandeza, porque no puede haber ni verdad ni elevación. Por enemigos grandes y generosos, á honra tiene cualquiera ser vencido. Si en la guerra de los partidos, la guerra de las familias, la guerra de los individuos ocurriesen casos como aquellos, lejos de acarriarnos estos negros perjuicios que nos tienen verdosos y macilentos con el mal de la infamia, podríamos saborear los saludables frutos de la sabiduría, y gallardearnos como pueblo hermoso é imponente.

¡Gran Dios! tan lejos nos hallamos de esos tiempos en que os honraban los hombres con la rectitud y el juicio, os glorificaban con la justicia y la caridad? Cuando nos sea dado estimarnos entre enemigos aun en medio de la sangre, pelearemos; para quedar infames, vencidos ó vencedores, vivamos en paz con nuestros vecinos y con nosotros mismos.

Y donde la paz es esta cosa negra, pútrida que nos tiene elefanciácos del alma á todos, ¿qué haremos los que no nos avenimos al Lazareto? Cuando la servidumbre campea en una nación con el nombre de paz, seguro es que la barbarie reina

allí por derecho de conquista. Esclavitud sin dueño, tiranía sin tirano, cosa rara verdaderamente! El despotismo es el estado de Guerra entre la Nación y algunos de sus hijos: guerra sin ruido, obscura, donde si no corre sangre, las lágrimas encharcan la sociedad humana de manera de corromperla con esa humedad malsana que han menester la injusticia y la codicia para sus frutos de maldición. El despotismo es la guerra civil: los oprimidos pugnan sin tregua con los opresores. Estos se llaman oficiales de la ley, y á nombre de ella estan cometiendo el delito continuo de hurtar á los pueblos sus derechos y entorpecerle sus facultades. Las leyes despóticas son el pretexto con que esa gigante negra, fementida que tiene por nombre esclavitud, devora á la libertad, niña hermosa é inocente que sin saberlo posee la sabiduría de labrar la felicidad de las naciones. Qué satisfacción será para los pueblos que los gobernantes se pongan á salvo de su resentimiento con decir que las leyes fundan y garantizan la servidumbre? Aun cuando ellos no hayan dictado esas leyes, si las declaran perpetuas contra la voluntad general, el mal fecho está consumado. La paz es el alma de la felicidad de las naciones; cosa grande y respetable á la cual hemos de rendir culto penetrados de reconocimiento por esos sus beneficios tan preciosos como necesarios. Empero si ella no abriga en su seno la honra y el decoro de los pueblos, lejos de ser felicidad de nadie, es desdicha de todos. La guerra es la lluvia de sangre con que los dioses aterran al mundo culpable: no quiera el cielo que caiga sobre nosotros; mas si nuestra desventura es tanta, seamos enemigos sensatos y generosos; hagamos una guerra de virtudes, si es posible, procurando cada cual superar al enemigo en honradez, buena fe, magnanimidad. Cultivemos, saboriemos la poesía de la guerra.

Nobleza obliga

Carlos de Secondat, barón de Montesquieu, en su obra inmortal del "Espíritu de las leyes", desenvuelve grande y sabiamente el principio de que, el móvil de la monarquía es el punto de honra, el de la república la virtud, y el del despotismo el temor. Las bases sobre las cuales se levantan los gobiernos, son también las en que se fundan las costumbres: el punto de honra en los pueblos europeos, regula las acciones de los hombres con exigencia tal, que si alguno se desvía de él, es inmediatamente declarado deudor fallido por la opinión pública, respecto del crédito sublime con que los hombres de bien, los caballeros están bajo ese yugo honesto y delicado que llamamos vergüenza. Vergüenza es una santa mujer que abriga en sus entrañas, por obra del espíritu del mundo, una familia de seres divinos que seducen por la hermosura é imponen respeto por la magestad. Decoro, recato, pundonor son los varones de esa amable estirpe, cuya nobleza está cuajada en gruesos granos de oro en el crisol de las virtudes: mancebos, gallardos y generosos, no desdican un punto de sus padres, y andan con pié seguro por los campos de la estima y el amor. Sus hermanas, vírgenes son y llenas de pureza: verdad, lealtad, probidad, rectitud, decencia, hembras celestiales que componen el olimpo femenino al cual aspiran los mártires de las buenas obras, donde se salvan los escogidos de la sociedad humana.

La conciencia no es cosa de todo abstracta; es persona, en cierto modo. . Reina del mundo invisible que rueda en el interior del hombre produciendo una armonía sin ruido, como la de las esferas celestes, da sus leyes y las promulga por graciosos me-

dios. Los colores de la vergüenza publican en silencio los decretos de la conciencia: las mejillas son el lugar público donde las virtudes están representadas por esas ondas de sangre encendida que va y viene, según que la vergüenza las impulse ó las retraiga. El rostro que no siente la inmortalidad en su libidez inalterable, es el sepulcro del alma, que yace podrida adentro. La rosa es el símbolo de de la felicidad; felicidad inocente, porque no puede haberla criminal; felicidad pura, porque no puede haberla corrompida. El hombre ó la mujer capaces de vergüenza, no lo han perdido todo, por más que se hallen pataleando en el sumidero de los vicios: esa llama sutil y misteriosa que sale de las profundidades del alma, y nos lame suavemente las mejillas, es el pulso que acredita la vida, el aliento que aun nos da esperanza empañando el espejo que le acercamos al moribundo. Vergüenza es buen proceder, buena fama; vergüenza es respeto por nuestros semejantes, necesidad de estimación; vergüenza es freno de oro que las hadas propicias, hadas blancas, tienen puesto en la boca de los que ellas favorecen; vergüenza es noble arrepentimiento de las acciones indignas; vergüenza es remedio de error, y aun de la corrupción; vergüenza es preservativo de la infamia; vergüenza es afecto fecundo en virtudes, varilla mágica que hiere en los vicios y los manda rechazados. El verdugo es enemigo de las flores: no gusta de la rosa ni el clavel: su color es la ausencia de los colores; su rostro, la cera con que alumbran el cadalso y adornan los panteones malditos. Rostro sin sangre, rostro sospechoso: el verdugo es pálido, Satanás negro: cuando éste quiere ser patricio, se pone líbido. Su poder de milagros no llega á producir el blanco en sus facciones; en cuanto al sonrosado, es la señal de la cruz; huye de él como de cosa mala. Niña hermosa, si al que te pide tu mano no le ves encenderse en sangre el rato que te enamora, dile que vuelva dentro de cien años. Sin vergüenza no hay virtud, y sin virtud no hay felicidad, como no sean esas felicidades terribles que ruedan sobre sí mismas y corren tempestuosas en forma de columnas vivas.

En los pueblos regidos por el punto de honra, la vergüenza está siempre en su lugar: cosas tan dependientes unas de otras son estas, que cuando falta la una, falta la otra; y donde estos dos genios hermosos se hallan ausentes, la villanía alza bandera. Los franceses, verbigracia, son esclavos del punto de honra, el cual está sujeto á las leyes que todos conocen y nadie quebranta. Que un hidalgo, un noble acudiese á un desafío contando con una emboscada, ó con auxiliares pagados y disfrazados, sería caso tan imposible como un parricidio en la China. La honra de la mujer está en la fidelidad; la del hombre, en la ealtad: recato en la una, valor en el otro. Si cultivamos la honra, seamos leales y valientes.

En la forma republicana la virtud es el móvil del Gobierno, bien así como de las acciones comunes de los hombres. En tánto era tenida la virtud en Atenas, que los varones eminentes por ella recibían de sus conciudadanos la prueba mayor de estima que éstos acostumbraban dar: el ostracismo era un decreto de honor que no obtenían sino los señores de más cuenta. Cuando esta corona llegó á perder su brillo apocándose en las sienes de un hombre vil, los atenienses abolieron la gloriosa pena de Aristídes.

El punto de honra no tiene gran cabida en los pueblos republicanos, cuando se desmochado agudo y viene á convertirse en negra hourilla. Los americanos del Norte hacen poco caso del duelo; en los pueblos europeos, este es la ley. Para sus desagravios, los americanos acuden á los tribunales, acreditando de este modo el principio de Montesquieu. Los que se acogen á la integridad de la ley, primero que á la fuerza de su propio brazo, dan á entender que acatan la justicia y esperan en ella; lo cual es propensión á la virtud. No digo yo que dos fornidos yankees no muerdan cada uno el cañón del revólver enemigo; y se vayan prontito á los infiernos; sino que estos son casos raros entre ellos, cuando en ciertos pueblos de Europa son de todos los días. A los unos les rige el pundonor, á los otros la virtud.

El despotismo no cultiva ni una ni otra de estas flores: un brujo terrible de ojos encendidos y boca espumosa, impele al Gobierno y á las personas particulares en todas sus acciones; este es el temor. El amor mismo, afecto voluntarioso, subversivo é intratable, no recibe su sanción sino del temor: el azote es el instrumento y el símbolo de la felicidad.

“Estás desmejorada, te veo llorar todos las días, decía una matrona rusa á su hija; qué tienes?” “Madre, mi marido no me estima”. “Qué no te estima? y qué indican las demostraciones refinadas con que te honra cada día?” “Refinadas, señora? Falta la única á que damos crédito las mujeres: no me ha tocado hasta ahora al pelo de la ropa”. “Hija, hija de mi alma, yo te juzgaba muy feliz”, dijo la madre. Habló ésta en secreto á su yerno; y volviendo á ver á su hija á pocos días: “El cielo ha mirado por tí, exclamó: estás radiante de gozo. Te ha dado la muestra de amor el hombre de tu corazón?” La esposa afortunada escondió la cabeza en el seno de su madre diciendo entre sollozos:

“Madre, soy feliz!”

El marido, que realmente la amaba, la tomó un día, y le dió tal número de azotes y tan buenos, que la sangre purpurina corría en gruesos entorchados por la gorda blancura de esas carnes voluptuosas. Como extranjero, no había estado en el toque de las costumbres moscovitas; pero así que tuvo conocimiento de ellas, se mostró tan enamorado, que hizo de la suya la mujer más dichosa de la Rusia.

Si la virtud fuera condición esencial de la forma republicana, más felices fuéramos nosotros que la esposa moscovita; pero el terrible encantador que ha pasado sobre este pueblo echando en él una baba corrosiva, ha revuelto los fundamentos de las cosas, y le ha puesto cataratas en los ojos para que no vea la virtud ni el punto de honra. Se quejan mis compatriotas de que no les estimo; pero no está lejos el día en que reciban un amable desengaño con la prueba de amor que exigían las mujeres rusas. Las de nuestros indios no aman á sus maridos

sino en cuanto les muelen á coces y las desuellan á látigos: para que ustedes vean la conexión que la ignorancia y la barbarie tienen con el azote. A mí me insultan las militares y me embisten, espada en mano, saliendo de formación: es porque doy las lecciones que se leen en «El Cosmopolita» y «El Regenerador». Estos soldados necesitan de maridos rusos. Pues en qué estuvo que no perdiese yo la vida ayer en media calle? Para honra mía debo decir que ni detuve, ni apresuré el paso, ni volví la vista. Esas cosas oye uno como quien oye llover. Y si se da que un negro día de esos perdamos la vida, morimós como de rayo, sin temor anticipado ni angustia presente. Dios nos perdona, y los exitadores, los corruptores quedan satisfechos, aunque no seguros. Sabido es que los mamelucos castigaron rigurosamente á los que les habían pagado para que les ayudasen á vengarse de sus adversarios y les oprimiesen. Infelices los que multiplican sus rencores, sembrando venganzas facticias en pechos mercenarios! Del otro asalto, de la aventura del tiro *casual*, Dios mediante, salí bien, con vida y honra: un batallón con bala en boca no era enemigo con quien yo pudiese afrontarme. Los caballeros andantes arremetían á diez mil contrarios y se los llevaban de calles; nosotros nos contentamos con levantarle el gallo á cualquier valentón; pero somos discretos en los casos en que el valor es absurdo la resistencia imposible. La fuerza pública es el brazo de la ley: las leyes son para que la paz y el orden reinen en la sociedad humana: la paz y el orden garantizan la seguridad individual; ¿pues cómo los sostenedores del orden y la paz las trastornan así, tan lastimosamente, en mengua de la clase militar, timbre de las naciones cultas por el valor y las virtudes? Yo sé muy bien que el ejército abrizza en su seno gente de pro, jefes y oficiales que á la hora esta sienten hervirles en el corazón la ira del hombre de bien y pundonor, en las mejillas la sangre bendita de la vergüenza. No alzo la voz contra el ejército, pero sí contra su gangrena. Salir de formación para ofender y amenazar á un ciudadano ¿es disciplina? Tirar de la

espada en medio de trescientos parciales ¿es valor? Sin valor y disciplina, el ejército no es el apoyo, mas aun la ruina de la Nación. Yo no pido el castigo de nadie: donde los generales son degradados por haber hecho un insulto á un niño, se la puede pedir. La rectitud del monarca y la energía del pueblo sirven de fianza de justicia. Nosotros contentémonos con el voto de los hombres cuerdos, y la sanción de la mayoría; mucho más cuando no hay duda, sino que nadie más que los militares de honor reprueban estas infracciones y las condenan con su indignación. Si hay un hombre de bien que apruebe el atentado que motiva estas líneas, dígalo; y no volveré á poner los pies en esta ciudad desventurada. Valor obliga: esta es ley de los militares donde el valor es reputado gran virtud. Nobleza obliga: esta es ley de la nobleza, donde los que pertenecen á ella la honran é ilustran con sus obras.



Tolerancia y Caridad

El aislamiento voluntario en el individuo suele ser obra del orgullo: de suyo es insociable la arrogancia. Otras veces proviene de motivos menos reprobables, como son la tristeza, los sinsabores que acarrea consigo un corazón lastimado, los desengaños del mundo, la amargura de las pasiones no satisfechas, ó satisfechas con exceso. Las lágri-

mas son tímidas, solitarias: el dolor necesita el regazo de la soledad. Otras, aunque raras veces, es la virtud la que arrastra á los hombres al aislamiento: de genio poco avenible; de corazón demasiado ingenuo para las finezas de la sociedad humana, de pensamientos harto levantados para el comercio de las mezquinas ideas que en ella se hace, son los tales unos como entes extraños á sus semejantes, y viven en un mundo superior, gobernados por los consejos de una alma nacida para otros tiempos y otros climas. Un hombre de esta naturaleza es un secreto para los que le rodean; nadie le adivina: quienes le tienen por soberbio, quienes por simple, y los más necios ó peor intencionados le califican de perverso. Tensión de alma, adustez de semblante, pura regularidad de costumbres son llamadas *mal carácter*: apercebidos á una infame guerra, allá se disparan los verdaderamente inicuos á difamarle con especies ajenas al hombre que aborrecen.

Dar en tierra con los vicios: malvado! Reprender las malas costumbres políticas y sociales: malvado! Negar la salutación á un pícaro: malvado. No tomar parte en el crimen, ó cerrar con él á toda fuerza: malvado! Aborrecer al delincuente incorregible, despreciar al hombre vil, huir de la canalla: malvado! La tolerancia ciega es tenida por virtud en ciertos pueblos de menguadas afecciones y añados pensamientos: el intolerante pasa por hombre de mal carácter. Jesucristo perdonaba, no toleraba. La tolerancia filosófica, la tolerancia de Sócrates, en buenhora; ella procede de superioridad de espíritu, de conmiseración por los pobres mortales: el crimen, la infamia, la bastardía nunca toleró ni pudo tolerar el filósofo. La tolerancia que se funda en la virtud, es otra virtud; mas esa tolerancia basada en el interés, esa tolerancia que por aquí nos aconsejan, es cosa reprobada por la religión, la moral, la filosofía, por todo. "Tenemos que vivir entre los hombres, sufrámosles", oigo en torno mío. Por Cristo santo! aun á los tiranos? aun á los pillos? aun á los infames? Pues yo digo que esa tolerancia es inmoral y baja, y que si se la llevase

adelante de todo en todo, la asociación civil no sería un conjunto de hombres civilizados y cristianos, mas antes una rufianesca sobre la cual debería caer la justicia humana, sobre la cual caería infaliblemente la divina. Suframos á los corruptores del pueblo; suframos á los libelistas husmeadores de las desgracias más ocultas; suframos á los propagandistas de la esclavitud; suframos á los de mala fama, cuyo pasado está envuelto en obscuras nubes; suframos á los perdidos; suframos á los traidores á la patria y la amistad; suframos á los enemigos de la justicia: suframos á todos, sonriámosles, tendámosles la mano con la propia atención y cariño que al hombre de bien, al noble ciudadano, al verdadero amigo. Esta tolerancia es hija de la corrupción, destruye la sanción moral freno que, junto con el de la religión, contiene á este bruto del hombre, y derriba en tierra los principios sociales y el grandioso edificio de la buena política. Al que me aconseje esta tolerancia, yo le tengo por perdido, ó cuando menos por in pto.

Sucedió que un hombre después de haber consumado una acción indigna, envolvió á todo un pueblo en su responsabilidad, y cubriéndole los ojos, le fué arrastrando hacia un abismo. Mandatario de iniquidad, su tema era la calumnia: el crimen fué virtud en sus labios, la infamia dignidad, los vicios, títulos de recomendación. Y por la inversa, las virtudes eran para él delitos, la dignidad infamia, las buenas costumbres prácticas, reprehensibles. Tanto gritaba el monstruo, que incomodaba ya; y tanto se metía y profanaba el hogar doméstico, que no era posible desentenderse; tanto iba mancillando tersas honras, que sufrirle hubiera sido delito. Y como en su menguado juicio imperase la idea de que el respeto, el miedo, ó tal afecto del ánimo por esa orden impedía reprimirle, se iba jactando de la impunidad y haciendo música de la insolencia.

Entonces otro dijo: Esto no puede ser! y alzó el brazo, y el monstruo cayó de una pieza y se quedó roncando.

El buen combatiente llega cubierto de armas supe-

riores, y pisa firme en buen terreno, porque su asunto es la verdad: abroquelado con la buena conducta, las flechas enemigas no le hieren: le cubre la cabeza una resplandeciente capellina, el peto es de láminas impenetrables de oro rebruñido: empuña su diestra una ancha espada, en cuya hoja centellea esta inscripción—JUSTICIA! Cuando la menea, la descarga con la grandeza y la majestad de un héroe.

Por corrompida que se encuentre una sociedad, la razón en bellas formas la seduce: moderación, dulzura, sano consejo ¿no serán de veras títulos para con los hombres sanos, modestos, avisados? Hasta el espíritu bravío de partido siente desencarnarse al grato son de la palabra culta: y cuando uno consigue vestir á la justicia de Musa ó de Vestal, no hay más que averiguar, sino que con ella rinde los ánimos y se queda de inmune sacerdote.

Qué digo inmune! Cuando el monstruo volvió en sí, se tuvo por víctima, y volvió á quejarse de la *maldad* de su derribador. “No se puede negar, dijo alzando su patibulario rostro, el ingenio que posee ese malvado; pero su corazón. ah, su corazón es negro”. Oh Dios! malvado por haber segado una laguna pontina; malvado por haber extirpado una peste endémica purificando el aire; malvado por haber contenido un animal demente con un freno de oro! Echar á la redonda la semente de la virtud, es negro corazón. Propagar los dogmas de la moral y la filosofía, es negro corazón. Si el mal de un individuo es salud de todos, ese mal es necesario: súfralo quien la buscó, y no imagine que su causador ha obrado á lo perverso en un justo castigo. Castigo solamente? No: necesidad social, necesidad religiosa. Una banda de langostas destruye los sembríos, se come las raíces de las plantas, vuela sembrando el hambre donde quiera: un inventor benéfico halla el modo de exterminarlas: ¿hemos de presumir que tiene negro corazón? Un barrizal se ha podrido tras la casa; verde, lleno de grietas, echa al aire ponzoñosas exhalaciones, de que enferman los habitantes del con-

torno: el dueño desagua, seca, destruye esa fuente de pestilencias: ¿hemos de presumir que tiene negro corazón? Anda un loco furioso por las calles, acometiendo á los transeuntes, ofendiendo á la pudicia: un hombre fornido le echa mano, le aherroja, le vuelve á su jaula: el loco grita—*malvado!* y dice que ese hombre tiene negro corazón.

Singular filosofía, pensar que todos están obligados á proteger un crimen, porque es cometido por un magnatillo presuntuoso! Maldad debe de ser, y no otra cosa, el no conspirar todos á la impunidad del reo. Pues la maldad, el negro corazón está en los que piensan y obran de ese modo: negro entendimiento, negra alma, negra palabra. La aristocracia de la hombría de bien es la que conviene: si nuestros más crueles enemigos no pueden negarnos capacidad intelectual ¿qué más necesitamos?

Si el diablo se empeñase en acrisolar las costumbres de un pueblo, predicar la moral, dar ejemplos de moderación, sería un excelente diablo, y yo le apreciaría mucho. Si uno procura el bien de todos, le doy que sea malo; ¿pero es malo, perverso el que procura el bien? Paradojas semejantes no cabe sino en el negro discurso de un negro libelista. A éste le ha parecido horrible cosa el que uno hubiese escrito en términos de ganar las voluntades hasta de sus cómplices. Ver á la Providencia en todas partes, oír su voz, sentir su influjo, tender mano cristiana á los malos arrepentidos, si lo estuvieran; echar disciplina de padre justo á malos hijos, imponer penitencia de buen sacerdote á grandes pecadores, y gallardearse en los anchurosos ámbitos de la religión de buena ley y de la filosofía, han sido síntomas de gangrena del alma.

No ven? por falta de *tolerancia* hago eso; y por intolerante soy malvado. El Sr. sea con nosotros.

Caridad, Musa de los santos, ven, suspira en torno mío: tus inspiraciones son más tiernas, más suaves tus caricias que las de las nueve hermanas: tú no haces poetas, pero elevas á tus hijos á más altas y límpidas regiones: tú no rellenas de vana-

gloria el pecho del malhadado mortal, y les pones alas con que vuela para su perdición; antes le vacías de livianas pasiones, y le acrisolas en términos de darle superior naturaleza: tú no causas la desgracia de ser viviente cuando te ejercitas, sino por el contrario eres como la sombra benéfica de Dios que anda poniéndose debajo de los ojos enfermos á fin de que en ella se reposen.

Caridad, genio del filósofo, ven, suspira en torno mío. Si el bien del género humano es el fin de la filosofía, tú eres su genio; si el conocimiento de la Divinidad es el objeto de la filosofía, tú eres su genio. Hubo nunca filósofo mayor que el que hizo de tí el tema de su estudio y la práctica de su vida? Grande, pura, satisfactoria sabiduría debe de ser la posesión de la caridad! Dichoso el hombre caritativo. Caritativo es el justo, caritativo el bueno, caritativo el sabio. La caridad consiste en no robarle sus virtudes al género humano, en no juzgar temerariamente, en no declararnos campeones del espíritu malo, y á la sombra de un lúgubre estandarte precipitarnos contra las cosas más sagradas, dando infernales gritos. Caridad, Musa de los santos, genio del filósofo, ven, suspira en torno mío. Si no soy digno de poseerte, á lo menos no te me vayas lejos. Caridad, ven, suspira en torno mío.

Unos pocos hombres mal cristianos se han convenido en tenerme por malvado: miro yo dentro de mí propio, sondeo mis entrañas, me meto en mi corazón, cojo mi alma en las manos, la requiero con la mayor prolijidad, y no me tengo por malvado. Esos hombres faltan á la caridad, pues que juzgan temerariamente; á la buena fe, pues que ierran á sabiendas. No falta á ellas el que juzga y condena á ciencia cierta, abundando en comprobantes, y en razón del íntimo convencimiento. Servir de capa á los delitos, no es caridad; tender la mano á la infamia, no es caridad. Caridad, Musa de los santos, genio del filósofo, ven, suspira en torno mío.

Un inicuo hizo pintar en la fachada de su palacio un monstruo que simbolizaba la tiranía y la depravación. Dos fariseos de entrañas pestilentes

que se empeñaban en llamar bueno al hombre malo, vieron el monstruo, y se convinieron en que era la imagen del Santo de los Santos.

Otro hombre humilde grabó en su puerta una hermosa figura que encerraba el espíritu divino, y de sus bellas formas parecían desprenderse las virtudes. Vinieron esos perversos, miraron, y se convinieron en que ese era retrato del demonio; y por demonio le tuvieron; y como de tal hablaban ellos; mas en verdad ellos eran los demonios. Caridad, Musa de los santos, genio del filósofo, ven, suspira en torno mío.

Viajes

LAS RUINAS

La princesa Faustina Mericoff que viajaba en Italia, por curar de una cierta melancolía á su hijo Alejandro, tenía tertulia en su casa, la cual frecuentaba buen número de extranjeros. En Rusia todos son príncipes ó princesas, como en España todos marqueses ó marquesas; título comunísimo que no debe llamaros la atención, ni poner en duda mi relato, á causa de tan elevada gerarquía. Conocí á esa señora en el Vesuvio, á donde había subido el propio día que yo; y como al descender nos alcanzase un fuerte aguacero, nos acogimos á la ermita del monte, donde se ha planteado un observatorio con aparatos adecuados para conocer cuando acontecerá poco más ó menos una explosión del volcán. La princesa estaba allí pálida y medio muerta, respirando con suma dificultad, á causa de la súbita escupida de azufre y alquitrán que había sufrido en el cráter, y de la penosa ascención, superior á la delicadeza de su cuerpo. Quando hubo escampado

la lluvia, bajamos juntos, habiendo tenido ocasión de hablar y notar como personas de tan opuestos lugares de la tierra vienen á reunirse en un punto, cual si se hubiesen citado para un día fijo. De camino para Nápoles, entramos luego al teatro de Herculano; mas doña Paulina tenía el espíritu predisuelto al terror, y no pudiendo acomodarse á la obscuridad de esas ruinas subterráneas, salimos, dejando para día más sereno el visitarlas. Acompañé á la princesa hasta su casa; y convidado á comer, pasé también allí la noche en junta de las personas que fueron viniendo.

Alejandro es un muchacho de hasta veintidós años: le han rapado la cabeza por orden del médico, pues la melancolía quiere pasar á locura, de la cual tiene ya algunas accesiones. El pobre joven es hermoso, á pesar de la falta de cabellera: la nobleza de su estirpe se muestra en su semblante en rasgos aristocráticos y varoniles, y unos grandes y límpidos ojos que ruedan mal seguros, manifiestan la inquieta sensibilidad de su alma.

«Alejandro, dijo la princesa, cómo te ha ido durante mi ausencia?»

«Temía por vos, señora.»

«Y con razón, hijo mío: por poco no vuelves á ver á tu madre. Pero Dios me ha favorecido, y me conserva para mi hijo. Ya que estás tranquilo con mi regreso, cuéntanos algunas de esas historias que tanto agradan á tu tío». El joven miró á un viejo majestuoso que en frente suyo estaba arrellanado en su poltrona, con una enorme papada que se le descuelga hasta el esternón en sublime gradería.

«Muchacho, añadió el barón Gustavo, que así se llamaba el hombre majestuoso, tu madre dice bien: tienes rara habilidad para referir sucesos; ya espero el con que nos regales esta noche.»

Doña Paulina tenía instrucciones del médico de no dejar en silencio largas horas al paciente, y sacarle de su taciturnidad, distrayendo su pensamiento. Así es que Alejandro tenía la palabra una buena parte de la noche, y discurría con suma dulzura en bien ordenadas razones.

«Tío, contestó, estáis cierto de que estos señores se complazcan en mi conversación?

«Y mucho», exclamaron los concurrentes.

«Si es así, contaré lo que me sucedió en Roma, cuando mi difunto padre me tenía viajando. En una de mis escursiones hacia Tívoli, dí con una inmensa casa abandonada, las más funestas y misteriosas ruinas que se puede imaginar. Yo soy el único ser viviente en un vasto circuito: miro ál un lado y otro, y tengo miedo: algo hay diabólico en esa casa, ese sitio, esos escombros: quiero salir, y no hallo salida; quiero gritar, y me encuentro sin voz. Tomando á la ventura, me interno en una interminable galería: el suelo brota agua, las paredes están cubiertas de un musguillo verdoso y hediondo. Sigo adelante, empieza á obscurecer: una nube de murciélagos vuela en torno mío, y alguno de ellos se me estrella en la cara y me hace horripilar con su contacto frío, aciago. Sin saber desde cuando, echo de ver que estoy atollado en un ciénago negro y pestilente. Allá en el término de la galería relampaguea una luz siniestra: á esa luz descubro en un rincón un cefo que me mira fijamente. El terror me da fuerzas; me arranco del atolladero, corro hacia atrás, salgo á un patio circuido por un edificio negro y arruinado. Todo lo que el tiempo, la lluvia, la humedad, el fuego, los duendes y las brujas pueden hacer de funesto y miedoso, todo se ve en ese horrible caserón: unas puertas caidas, otras balanceando en una bisagra rota; ventanas derrumbadas, rejas enmohecidas, pilares medio quemados, sobrados oscuros, pasadizos secretos, tejas amontonadas aquí y allí, corredores desfondados, cabos de sogá columpiando sobre vigas medio enhiestas.

La princesa miraba angustiada á su hijo: el sesgo de la conversación era antes para desquiciarle el juicio que para comunicarle un saludable pasatiempo; y ella debía cuidar estrictamente de que no discudiese jamás acerca de materias tristes ni de asuntos en los cuales las pasiones se pudieran desenvolver más de lo que convenía á la exaltación nerviosa del joven.

«Te habías acostado al lado izquierdo, dijo el barón, que estaba en el sistema curativo; y soltó una carcajada moscovita, que despertó cien ecos en los altibajos de su enorme cuello. No bebas agua al acostarte, ni duermas con la boca abierta, porque eso da pesadillas.»

«Qué pesadilla, tío! respondió Alejandro con suma viveza; nada más real y positivo.»

«Como es real y positivo que no estás pelado.» y aseguó la carcajada el buen viejo barón, que á todo trance quería trabucar la peligrosa narrativa. Y en verdad que esa risa plácida y llena que se multiplicaba en las vueltas de su gran corbata, hubiera sido bastante para convertir en risueño cualquier lúgubre suceso; pero el joven se mantuvo en sus trece, y prosiguió:

Una llovizna helada penetra mi cuerpo y concreta la médula de mis huesos: girones de nubes oscuras se arrastran pesadas por el techo, á semejanza de cautelosos cuervos que vuelan sobre la presa: un arco iris enorme se levanta tras la casa y se encorva sobre mí, ancho como la vía láctea: en él veo resplandecer y bailar figurillas diminutas de formas desconocidas: una llama broncea cobija gran trecho del firmamento. En frente mía se espacia una orden de arcos derruidos, cubiertos de yerbas salvajes, en cuyas profundidades oigo de cuando en cuando el grito del mochuelo. Un ente humano en esta escena, me hubiera deshelado la sangre: no lo era sin duda el que vi en esos arcos inmóvil, cubierto con un manto blanco. No lo era, pues sentí redoblarse mi terror, me tuve por perdido. Quise correr, y sentí desmayadas las piernas; quise gritar, y me faltó la voz de nuevo. La visión tiene forma humana, pero de ella se desprende un poder funesto que obra sobre mí, una influencia sobrenatural que me aniquila. Es engaño de mis ojos? es bulto real y verdadero? El espectro se mueve: entonces un supremo esfuerzo me vuelve el uso de los miembros; huyo, salgo, corro.

«Petrowiski! gritó la princesa; el te sobre la marcha.»

«Dices bien, Paulina, añadió el barón Gustavo,

no hay cosa que más me abra el apetito que los sueños de este muchacho: me muero de hambre. Y tú, Alejandro?»

Alejandro no respondió: mirando estaba en frente suya con los ojos fijos.

—«Virgen santa. Alejandro!» exclamó su madre.

Alejandro seguía mudo, inmóvil; siniestro.

«Muchacho, que te ha dado!» dijo el barón, puesto ya muy serio, y levantándose muy pesadamente de su butaca.

«Corro, y me resbalo á cada paso; caigo y levanto: unas piedrecitas redondas, movedizas me dañan el piso: gano poco terreno. Vuelvo la cabeza; el espectro ha salido ya de una gran puerta de calle negra y caediza. Esfuérmome en la fuga, venzo un repecho, miro hacia atrás: el espectro me sigue. Corro, me caigo; vuelvo á correr, vuelvo á caerme, oyendo tras mí un anhéito espantoso. Y allá, en un elevado sitio, un peñasco encumbradísimo, veo un golpe de gente que inclinada hacia el abismo exclama: La loca! la loca! Crujen los huesos de mi cuerpo, mis cabellos están parados rectos sobre sus raíces; el espectro me alcanza, ya me echa mano. Un árbol centenario, desnudo de hojas, de abiertas y secas ramas se alza en el camino: llégome á él, me abrazo con su tronco, empiezo á trepar, subo. El espectro extiende el brazo para agarrarme, pero no me alcanza; entre su mano y mi pié hay cuatro dedos. No puedo subir más, el espectro se pone de puntillas, me toca con la yema de los dedos, va á empuñarme el tobillo. Se me apagan del todo los espíritus, pierdo la vista, me suelto del árbol, y caigo, ruedo, no hallo piso, y un espacio sin fin y profundamente obscuro se abre delante de mí, y sigo cayendo, y no estoy muerto, y todo lo siento.

--«Acabarás, Alejandro! gritó el barón: no me gusta oír estas cosas. No ves el daño que haces á tu madre?»

Doña Paulina tenía mortal el rostro, mirando á su hijo con la más tierna y compasiva solicitud: esa mirada hubiera llenado el abismo por donde

él iba cayendo sin fin; pero había perdido el uso de la palabra, colgada de las del pobre enfermo.

«Y sigo cayendo, cerrado el pecho como con cerrojo: un vientecillo sutil me cuele el estómago contra la espina dorsal; el corazón, apretado, no es más que un ovillo. Alla, en una lejanía imponderable veo resplandecer un cometa: su larga cabellera flota esparcida en un gran espacio. Y echo de ver que el cometa trae la dirección que yo llevo en mi caída. El aire comienza á entiviarse, la atmósfera se aclara: ese infausto meteoro se me acerca, el calor aumenta por instantes, ardo, me abraso, voy á convertirme en cenizas. Qué veo en su cabellera? qué es? quién es? El espectro. . . . !

El joven echo un grito y cae patas arriba. Su madre se tira sobre él; y el barón, por acudir á socorrerles, derriba la mesa cargada del servicio de té; con lo cual el candelabro de cuatro brazos que alumbraba la estancia, viene al suelo, y todo queda sepultado en una profunda obscuridad.

A mi regreso de Sorrento, á donde había ido á pasar ocho días, llegué á Nápoles cabalmente en buena sazón para asistir al entierro del pobre Alejandro, cuyo cuerpo acompañamos buen número de extranjeros al cementerio ruso. Había vuelto en sí de la accesión de esa noche; pero un día que su tío el barón dejó su cuarto abierto, entró allí, y encontrando sobre la mesa una pistola cargada, se voló la tapa do los sesos.

Discurso pronunciado en la instalación de la Sociedad Republicana

Señores:

El prurito de asociación es una de las expresiones más vehementes de los tiempos modernos. Nuestro siglo, este siglo décimo nono, el siglo-

monstruo por los descubrimientos sublimes y los sucesos estupendos, es el período de las sociedades. Mucho hacen los hombres en el día, pero nada hacen solos. Un principio social columbrado por un sabio; una idea generosa descendida á la inteligencia de un amigo del género humano, permanecen en estado de simiente, hasta cuando son sembradas en el seno de una asociación, á cuyo calor fermenta, cobra vida, y sale con fuerza á obrar sobre el mundo, cumpliendo los decretos de la Providencia que mira por el adelanto de las humanas sociedades. El poder individual no es sino una tecla en el órgano poderoso que se denomina *un pueblo*: por alto que sea su sonido, no llama la atención de la República; por delicado y caprichoso que sea, no compone armonía, hasta que se une y combina con las demás notas.

Las sociedades son laboratorios donde los filósofos prácticos, nigromantes bienhechores, destilan la felicidad de las naciones. Los sabios, los filántropos modernos no son como los sacerdotes antiguos que habitan invisibles en las profundidades de las selvas, departiendo con los dioses acerca de la suerte de los mortales: hoy la felicidad ó la desdicha públicas no son el secreto de los druidas, ni los pueblos tienen gran cuenta con esos pensadores egoistas que ocultan su sabiduría en las entrañas de una torre arruinada, y viven consigo y para sí mismos, defraudando á sus semejantes de la parte que les corresponde en sus conocimientos, sus ciencias ó sus artes. La sabiduría no es propiedad exclusiva del que la posee: él no es sino depositario: su obligación es repartirla entre sus hermanos, que lo son todos los miembros de esta que se llama especie humana, conjunto de criaturas agraciadas por Dios con el don de la inteligencia. Las grandes ideas sociales requieren la sanción de un cuerpo numeroso y augusto: como su fuerza es crecida, las del individuo que las concibe no bastan para darlas movimiento. ¡Y cómo los políticos, los humanistas, los artistas, los artesanos, todos los inventores y propagadores de las cosas les habían de dar la importancia de los hechos, si no las comunicaran con sus semejantes y las maduraran al fuego del corazón

de todo un pueblo? Los sabios componen sociedades; los letrados las tienen; los que cultivan las ciencias, la política, las artes, no dan importancia á sus concepciones y sus obras, sino en cuanto sacan fuerza de la cooperación humana. Las naciones europeas viven repartidas en sociedades: las hay tan respetables, que de un imperio á otro se agarran con mano fuerte, y hacen temblar á los opresores en sus tronos, unidas por medio de preciosos eslabones. La Internacional es una sociedad cosmopolita: no la temen sino los tiranos; y con justicia, porque sus estatutos y sus fines son contra la tiranía. La Internacional es sociedad universal: tiene su centro en Francia, y en radios luminosos se abre paso por todo el continente. La Internacional es sabia en Alemania, prudente en Inglaterra, atrevida en Italia, fogosa en España, terrible en Francia, pueblo libertador del universo. Los fines de la Internacional no son los de la Comuna: no hay que confundir, señores, estas dos cosas que en nada se parecen. El objeto de la una es honesto, moderado; los medios de que se vale son lícitos; sus anhelos plausibles. La organización del trabajo, la correspondencia de honorarios y salarios con oficios y obras; la libertad revestida del derecho, sofrenada por el deber, y otros fines semejantes, son los de esa asociación que está rebosando en Europa. Si algo abrigare contrario á los sanos principios en punto á religión, á política, á costumbres, protestamos contra ella, y no la admitimos sino en cuanto á los principios de justicia que se agitan y crecen en su seno. Los tiranos la difaman, porque es contra ellos; los opresores la calumnian, porque temen por sí mismos. La Internacional reconoce el principio de propiedad; no quiere sino que las clases laboriosas no malogren su trabajo, y la industria tenga sus leyes á las cuales se someten la ociosidad y el lujo. Esta sociedad no es perseguida por la fuerza pública: los enemigos del pueblo están gritando contra ella, cierto; ¿pero qué autoridad tienen para la democracia las alharacas de Napoleón III y de Bismarck?

Las asociaciones son la necesidad de nuestro

siglo: sociedades políticas, sociedades científicas, sociedades de buenas letras inundan las naciones cultas de uno y otro continente. El aislamiento, la separación de los ciudadanos son el triunfo de los gobernantes despóticos y sus perversos auxiliares: la resistencia del individuo es nula contra la fuerza pública: si los opresores ven que tienen que estrellarse contra una vasta porción de hombres estrechamente unidos, temen y retroceden. Habéis echado de ver, señores, como el peligro, las calamidades comunes derraman en torno suyo una atracción misteriosa que aproxima á los hombres entre sí, y les une fuertemente? Las batallas, los terremotos, los desastres generales de cualquier linaje reúnen á los desunidos, acortan los vínculos demasiado largos. El despotismo, que es una calamidad pública; la tiranía, que es una batalla lenta y continua; la anarquía, que es un terremoto diario, no pueden hallar contrarresto sino en la reunión de los hombres de bien, en el mutuo apoyo de los buenos ciudadanos. Ahora que la ley no tiene fuerza; ahora que el orden de las cosas esta malamente amenazado; ahora que la seguridad individual carece de fianza, sino es la defensa propia, la asociación de los buenos es indispensable. Comunidad de ideas, igualdad de sentimientos del ánimo, unidad de doctrinas y propósitos, han sido hasta hoy motivos poderosos de formación de sociedades: de hoy para adelante, sean ellas fundamentos y lazos de las que vamos á fundar. Defensa de los derechos del pueblo, ejercicio de los deberes sociales, libertad arreglada á la razón, estudio práctico de la política, progreso gradual y de buen juicio, todo en medio del orden, tales son los fines de la que declaramos instalada.

Comentario

Los hombres de rectitud acendrada conceden poco á la mala fé de los demás: casos hay en que la terquedad es digna, elevación, conciencia del cumplimiento de un deber, sin las cuales virtudes no hay buena conducta, y mucho menos grandeza de alma. Ese cuyas acciones tiene por norma el que dirán, no causará jamás admiración, ni tan siquiera despertará la simpatía de los que sienten profunda y piensan altamente. El juicio de nuestros semejantes fundado en la verdad y la benevolencia, es una ley para nosotros: las ligerezas del vulgo y las necedades de la ignorancia, nada pueden con esta convicción inquebrantable de la cual proceden nuestras obras. A esos para quien el sol es negro, la luz pestífera, no les debemos sino silencio: los que abrigan de buena fé un error, ó hablan bajo la fuerza de un engaño, tienen derecho á las explicaciones.

Oido una vez, pudo quizá ser mal entendido el discurso que motiva este comentario por los circunstancias de oreja poco atenta: puesto por escrito á la atención y el examen de todos, no ha de tener mucho de Dios el que halle en él ideas insanas ó tendencias hacia lo que perjudica y pierde á las humanas sociedades. El que expone su modo de pensar de esta manera: «Si algo contuviere (La Internacional) contrario á los sanos principios en punto á religión, á política, á buenas costumbres, protestamos contra ella, y no la admitimos sino en cuanto á los principios de justicia que se agitan y crecen en su seno», da algo que temer respecto de sus tendencias? Es cosa anti-religiosa, anti-social, anti-política rechazar con fuerza lo contrario á los sanos principios, y proclamar los de la justicia eterna, al mismo tiempo que los de la humana? Cuando no tenemos conocimiento de la cosa, el terror de su nombre es infundado.

Quién alcanzaría, pues, á imitar al que por el amor, la mansedumbre, la terneza, la caridad hace cosas tántas y tan grandes? Los que sienten en el pecho más fuerza de virtud, no le imitan; procuran imitarle; y esto es ya lo sumo de la santidad en la humana criatura.

Pueblo, si no podéis imitarle, procuradlo siquiera; si ni esto alcanzan vuestras fuerzas, alabadle con el trabajo. Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare*. El trabajo tiene cautiva la atención: siendo lícita la obra en que estáis ocupado, vuestras potencias se están ejercitando en noble empleo. Vosotros, hijos de la tierra, seres buenos, humildes que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el suelo la simiente de la vida; vosotros que acariciáis la plantita recién nacida, arrimando á su lado el limo bienhechor, humedeciéndola con un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dáis vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el azadón; estáis acaso pensando en la manera como seduciréis á la mujer de vuestro vecino, como hurtaréis la oveja á vuestro amigo, como levantaréis una quimera al inocente? No: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarecos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido á riendas de seda le contenga y le guíe blandamente. La imaginación está de continuo trabajando así en las buenas como en las malas obras: en siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad es el lugar desierto á donde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el

padre de las virtudes. Por eso los puritanos siguen esta máxima: *Laborare est orare*. Pueblo, trabajando alabamos á Dios: trabajad y alabadle.

Oh vosotros, hombres modestos, útiles, que os llamáis artesanos, pensáis en mal cuando vuestro cuerpo va y viene sobre el madero, asidos los brazos al cepillo, viendo desaparecer vuestros pies bajo la crespa, olorosa viruta que sobre ellos se amontona? Pensais en mal cuando estais levantándoos al firmamento junto con la sagrada torre que va creciendo debajo de vosotros? Pensais en mal cuando la fragua gime y chispea á vuestra vista, ardiendo colérica en su avidez por devorar el fierro? Pensais en mal cuando alzais el martillo tiránico y dais el horrible golpe sobre el demonio que en forma de ascua está aherrojado entre vuestras tenazas? Pensais en mal cuando aparejais el telar, cuando haceis gemir las tijeras en vuestra mano poderosa, cuando el barro va tomando entre vuestros dedos esas formas graciosas y elegantes que imprimis, criadores mortales, á vuestros utensilios? Si sois malos, no lo sois en cuanto trabajais. Trabajad de día, y el cansancio sera la fianza de la noche. El sueño es otro salvador, siempre que venga en pos de la tarea. El sueño medido, lícito, necesario es el amigo más tierno y socorrido que reconocemos: el que está trabajando, no está robando; el que está durmiendo, no está mintiendo ni quitando la mujer al prójimo. Pueblo, trabajad, dormid; todo á su tiempo, todo con medida. Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare*. Trabajad y alabadle. ¿Por qué no sería también alabar á Dios dormir en el seno de la inocencia ese sueño santo, profundo, viajando por cuyas regiones llegamos sin saberlo hasta las puertas de la eternidad, esto es de la inmortalidad? *Dormire est orare*. Pueblo, dormid cansados del trabajo, dormid santamente, y vuestro sueño os será recibido como una oración hermosa.

Oh vosotros, hombres hábiles, admirables, que dais formas humanas, ó más bien divinas, á esa piedra agria de genio que decimos mármol; teneis acaso el pensamiento puesto en un proyecto de delito, en una bastardía cuando ese cuerpo bruto vuela en as-

tillas por obra del cincel, y va saliendo poco á poco un Dios ó un hombre grande debajo de vuestras manos? Cuando el triste lienzo empieza á animarse, iluminarse, tocado apenas por ese instrumentito prodigioso que corre á la paleta, mete la cabeza como el cisne, en esa fuente del ingenio, toma un baño de inspiración, y vuelve á dar sus toques de poesía en las líneas acompasadas que ya están dando importancia á la humilde tela? Cuando los metales preciosos, vueltos amable cera de vuestras manos, cobran vida, sintiéndose animados por el rayo de inteligencia que les habeis puesto de alma en las entrañas? Cuando acomodais las ruedas debajo de las cuales yace á su pesar el tiempo, sujeto á una pesita ruin que le tiraniza y desmenuza, como burlándose de la cosa mayor y más inexplicable que contiene el universo? Oh vosotros los estatuarios, los pintores, los relojeros, artistas maravillosos que teneis el pensamiento absorvido por el dios de vuestras artes, el dios del trabajo, vosotros os hallais menos dispuestos al crimen, á los vicios, que esos infortunados cuya ocupación es la ociosidad, cuyo timbre, la insignificancia. Miguel Angel, levantando la cúpula de San Pedro, no piensa sino en la inmortalidad: trabaja y alaba á Dios. Rafael Censi, pintando la Transfiguración en el Vaticano, no piensa sino en la gloria. Trabaja y alaba á Dios. Pueblo, trabajad y alabadle. *Laborare est orare.*

Hubo en la antigüedad un pueblo para quien el trabajo vino á ser cosa imposible, porque había llegado á persuadirse de que él era enemigo de los placeres. Ese pueblo andaba descarriado: sin trabajo no hay placer, sin dolor no hay alegría. Dios ha querido para nuestro bien que del seno de la amargura nazcan las cosas más dulces para nosotros; del seno del trabajo los gustos más cumplidos. El hombre es una de las sensaciones más dolorosas y tristes á que vive sujeta la organización del cuerpo humano; el hombre es un mal, un cruel tormento cuando la extrema la miseria, y viene ha convertirse en peligro de muerte: sin este mal ¿existiría el bien del comer con agrado? Sin este dolor, conoceríamos el placer de satisfacernos frugalmente? Bien así como

las pasiones tienen su encadenamiento misterioso, naciendo las buenas de las malas, apoyando las malas á las buenas, así las cosas que parecen divergentes, y aún opuestas, están unidas por eslabones invisibles que rechinan armoniosos donde nadie les oye. El trabajo fatiga: ahora decidme, sin la fatiga, ¿tendríamos idea de ese deleite pacífico que llamamos descanso? Molido el cuerpo, estropeados los huesos, floja y desquiciada la máquina toda, mirad si no es un bien, un gusto indescriptible, tirarse por ahí debajo de un árbol, sobre su hojarasca resonante, y poner el cuello al dulce yugo de ese tirano delicado que descende poco á poco del cielo y nos ciñe la frente con su corona de adormideras! El loto era sagrado entre los antiguos, porque en sus entrañas venía dormido el sueño.

En cierto modo, los sibaritas tenían razón. No, no la tenían: su sueño no era hijo del trabajo; sus placeres no estaban eslabonados con los dolores, siendo como eran casi brutales. Sardanápalo, en medio de su felicidad, no fué feliz ni un instante: "Come, bebe, todo lo demás no es nada;" ¿quién se tendría por dichoso con seguir esta máxima á la letra?

Ese pueblo, digo, había desterrado de la ciudad molestias y dolores, sin dejar en ella sino logros y placeres. El se lo creía así, pero se engañaba por la mitad de la barba. Abolió todo género de oficios que produjesen algún ruido, sin caer en la cuenta de que el martillo dando sobre el ayunque, está forjando el sueño: ¿hay soporífero más delicioso y eficaz que un martillo monótono que gime á la distancia en su riña nocturna con el yunque? Pues los sibaritas abolieron la herrería, para dormir con más gusto. Glotones como ellos, no alcanzaban gran cosa de la gaja ciencia.

Abolieron la carpintería, como si hubiera ruido más armonioso y seductor que el de la sierra mor-diendo las entrañas de una gruesa biga. Esa culebra de mil dientes es música divina para los que tienen el oído lleno de poesía. Pues el hacha? Quando se la oye allá en el monte, cebándose en el árbol con su ferocidad casi meditabunda, le parece á uno que el poema de las selvas se abre paso por el

Los fines de la Internacional son puramente políticos y sociales: la religión no es el objeto de sus proyectos de reforma. ¿Ni cómo lo había de ser, cuando es compuesta de la clase humilde, creyente, religiosa? Artistas, artesanos, labradores, dirigidos por filósofos cristianos componen la sociedad Internacional en todas las naciones de Europa; ¡y díganme si estas clases son las que ponen á riesgo de perderse la religión ni de extragarse las buenas costumbres! Durante el reinado de la Comuna, la Internacional permaneció callada, indignada: su asunto no era el que tenían entre manos los comunistas. Los miembros de la Internacional son los padres del trabajo, esos que viven del sudor de su frente y dan buenos hijos á la patria. Italia, España, Francia son pueblos cristianos y católicos: ¿acaso los filosofantes perniciosos, los escritores inmorales, los tribunos corrompidos han fundado ni sostienen esas sociedades? Son la parte más sana y útil de las naciones, las clases trabajadoras, esas cuyo pensamiento no se obscurece en la ociosidad, cuyos afectos no se corrompen en los vicios, porque viven santamente ocupados en alabar á Dios con el trabajo, y en servir á sus semejantes. *Laborare est orare*. El que trabaja, alaba á Dios; y el que alaba á Dios y vive debajo de sus leyes, no es impío.

Si la Internacional no es esta que describo, no es la que apruebo; y si esto no basta para con los católicos de la tierra, lapídenme.

Al brujo, al brujo! maten al brujo!

Don Teodoro

Todos los que han saludado al derecho público tienen presente, sin duda, el célebre pasaje de "Los delitos y las penas" del marqués de Beccaría

donde figura un Don. . . . Pancraccio. Hago este recuerdo para que el título de este capítulo cobre autoridad y llame la atención. No se trata de ninguna materia de política encumbrada, ni de derecho de gentes; pero sí de un asunto militar de suma importancia, si militar es cosa donde entra espada. "El coronel de la bronca espada", dicen de Guayaquil, ha escrito acá, que su sobrino Joaquín había pasado á Montalvo una esquila de desafío: que después fué él personalmente, y que el famoso Cosmopolita rehusó en uno y otro caso, y envió la esquila á la policía, por lo que fué silvado. ¡Silvado el Cosmopolita! Por supuesto aquí todos se ríen de la noticia del bueno de Don Teodoro."

No me saques sin razón, ni me envaines sin honor: divisa de la espada toledana, esa noble hoja cuya alma era la nobleza representada por la honra y la verdad, en la cual se empuñaban los antiguos caballeros. El de la bronca, la desenvaino sin donaire, y tiene que envainarla con vergüenza, porque su noticia es falsa. *Non es de buena caballería el decir uno por al,* rezan los estatutos de las órdenes caballerizas. Non es de hommes principales nin de señores viejos contrafer los fechos notorios, porque tal mala guisa revierte sobre los contrafechos, decimos nosotros.

Los mil impresos que han circulado en Quito acerca de sucesos notorios, desmienten las cartas del buen señor. ¡Vaya un ochentón que no tiene la menor cuenta con la verdad! La verdad es Dios: el que la pervierte, da en impío. Las canas son el símbolo del respeto: la barba de Moisés que en dos madejas sublimes se extienden á derecha é izquierda, indican la majestad y el poder del varón sublime que no reina sobre su pueblo, sino por las virtudes que en forma de sabiduría resplandecen en toda su persona. Para figurar al profeta de la ley digno de veneración, Miguel Angel le puso viejo en su grandioso mármol: la vejez en cierto modo, está de rompida con el mundo: como que se acerca á paso largo á la eternidad, se va arrimando hacia la verdad, única salida en este laberinto obscuro de crímenes y vicios por cuyas callejuelas

andamos perdidos tropezando unos con otros. La mirada de Dios es el hilo de Ariadna: tomémosla con el alma, y salgamos á la luz. La mentira es el negro rayo de las sombras.

Lecciones al pueblo

IV

Entre las sectas en que se halla dividida la religión cristiana, hay una que profesa este principio: Trabajar es alabar á Dios: *Laborare est orare*. Ocupados de continuo en el trabajo, alaban á Dios continuamente esos hijos de Jesús que, si no le imitan de todo en todo, procuran imitarle en la humildad y la pureza de vida. Imitar á Jesús, ¿quién lo podría? Ese modelo es para visto y admirado, no para reproducido: el mérito de los buenos será tanto mayor, cuanto más se aproximen á él en sus acciones. Por el amor, su corazón es más que humano: ama, y diviniza al objeto de su predilección. Predilección he dicho? A nadie prefiere Jesucristo, cuando todos son de su gremio y merecen por las virtudes su cariño. El amor de Dios, el que él nos tiene, se llama de fuego eterno que destruye hasta las cenizas de lo malo, y nos deja livianos, puros, invisibles; espíritus adheridos á la inmortalidad, á pesar de esta armazón mezquina y delesnable que llamamos cuerpo. Cuando él se cae en pedazos y se convierte en tierra, obrando el fluido poderoso de la sepultura, ya el hombre justo ha devorado santamente una eternidad de gloria.

Por el amor, Jesús diviniza á los buenos: por la caridad, da vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los tullidos. ¿Qué ser extraordinario es

ese cuya mirada está rompiendo las oscuras regiones de la muerte é ingiriendo vida en un difunto? "Oh tú, que duermes el sueño eterno, despierta, levántate!" "Señor, me llamas? Aquí estoy", responde el difunto, se levanta lleno de vida y amor. Jesús, por la caridad, resucita muertos.

Por la mansedumbre vuelve santos á los pecadores, humedece con lágrimas celestiales los ojos enjutos del vicio, y cura ese horrible mal de la prostitución sin más que una sonrisa: sonrisa de lástima, de benevolencia, de promesa: sonrisa milagrosa, sonrisa eterna, que formándose de un rayo de luz en el seno de la gloria, atraviesa invisible el universo, y viene á estamparse en los labios del que sonrie y con ella hace virtudes.

Por la terneza, se infantiliza, en cierto modo. Con los ancianos anciano, con los niños niño: ámales por menor, á proporción de la correspondencia; pero ese amor de menor cuantía les vuelve grandes á ellos, y les da cordura y juicio con los cuales miden el mundo de gratitud que deben á ese que les acaricia.

Por la humildad, vuelve inmortales á los que alcanza sus servicios. Cuán limpios, sanos, ligeros no serán los pies lavados por él? á dónde no irá uno, á dónde no llegará con pies así divinizados? Si él me lava los míos, yo me siento con alas; alas de águila que se bota de la cumbre de una montaña, y va disparada como flecha hacia el abismo; que se levanta, y sube como rayo á la bóveda celeste; que rompe el aire, y cruza el mundo de oriente á occidente. Si él me lava los míos, yo me siento con alas: alas de ángel que se presenta en una hermosa rotura del firmamento, y se tira hacia el mundo cargado de las santas órdenes de Dios. Alas de ángel, que vuela cual ave nunca vista, resonando por los aires y dejando tras sí una dulce estela de armonía. Alas de ángel que hacen viento sobre el mundo, y le purifican; que hacen fuego sobre la tierra, y la encienden; que hacen luz, y la iluminan; que hacen sombra, y la sepultan en tinieblas. El ángel del Señor puede todo esto; y los pies lavados por sus manos, son las alas de ese ángel.

silencio inmortal de la naturaleza, y da esos gruesos ayes que se estrellan blandamente en el alma del poeta.

Con decir que los sibaritas desterraron al gallo para que no cantara, dicho se está que esos idiotas no tenían dar ni tomar con el dios de la melodía. Hay són más grato, suave, misterioso, profundo, conmovedor que el canto de un gallo que rompe la media noche, allá, lejos, muy lejos, de manera que apenas llegue á nuestros oídos desvelados cual nota moribunda de esa entonación que sin saber en donde eleva el genio de las sombras? Entre las reminiscencias que de repente me hacen estremecer, yo no tengo una más inefable que el canto de un gallo que á las dos de la mañana llegaba á mis oídos cual un delicioso suspiro de la eternidad que se estuviese quejando amorosamente de los rigores del tiempo.

Tonto soy: estas cosas son buenas para dichas donde pueden ser entendidas y sentidas. Vosotros, buena gente, gente honrada, amigos y enemigos, contentaos con saber que los sibaritas desterraron al gallo. Y vos, oh pueblo, sabed que en el martillo, la sierra os salváis del negro mar de los vicios, porque en los instrumentos del trabajo está obrando de continuo un milagro del cielo, y ellos os sirven de tabla de salvación. Trabajad, salvaos; trabajar es alabar á Dios: *laborare est orare*.

Liberales y Conservadores

Pareco invención moderna esto de llamar liberales á los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores á los que se oponen á él, crei-

dos de que cumplen con lo que manda Dios, ó cometiendo con malicia el grave error con el cual tanto perjudican á sus semejantes. Empero si los vocablos son modernos, la esencia de la cosa es antigua, y muy antigua. Los sacerdotes de Osiris que en los subterráneos de sus templos estampan el escarabajo sagrado en la lengua del buey Apis, son conservadores. Les importa que el pueblo tenga fe ciega en sus imposturas, y le mantienen religiosamente en el engaño y la ignorancia. Oh vosotros, conservadores de nuestros tiempos, creis de buena fe en la divinidad del buey Apis? El Dios del Nilo no es el de Abraham, el de Jacob, no es el de Juan Bautista, el de Jesús; y con todo, los conservadores creen en el dios del Nilo, porque no abrigan duda acerca de lo que les conviene: hay quien dude de lo que necesita, lo que le gusta? Fuerza, poderío, tesoros, triunfos de todo linaje; buena mesa, buena cama; respeto de los humildes, miedo de los ignorantes, amor de las hermosas ¿á qué ambicioso no le convendría? El dios del Nilo proporciona todo esto, y es preciso que el pueblo vea en su lengua el sello de la divinidad. En vano piensan algunos que los conservadores no han inventado la pólvora: bobos son, pero no para su negocio.

Táles, Pitágoras y más filósofos viajeros conversando con los sabios del Egipto, y aventando á dos manos al mundo las verdades aprendidas de esos ancianos misteriosos, son liberales. Liberal es Sócrates, cuando enseña el progreso y la virtud á sus discípulos: los treinta tiranos que le condenan á muerte, porque corrompe, según ellos, á los jóvenes, son conservadores. Están bien hallados con Venus y Mercurio, y castigan rigurosamente al que pone en duda la pluralidad de dioses. Liberal es Platón cuando rompe por la muchedumbre del Olimpo, y á paso largo va y se postra ante el Criador de cielos y tierra, en presencia de Júpiter que le mira asombrado con el rayo muerto en la mano. Los que llaman loco á este filósofo, y le venden como á esclavo, son conservadores.

Tiberio Graco ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad al pueblo, es liberal: los decenviros

repartiéndose entre ellos los despojos de Roma; teniendo asida la cadena con que le arrastran por las obscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible crimen, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para aflojar esos eslabones. Virginia muere á manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad á su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto: los Tarquinos son conservadores.

En el siglo décimo tercio hubo en la ciudad eterna un hijo del pueblo, que habiendo nacido en la furia de la esclavitud, vino por el valor y las virtudes á ser libertador y padre de la patria. Llamábase Rienzi ese plebeyo. Tiemblan los tiranos, los nobles caen de rodillas ante el héroe justiciero. Vicios horrendos, crímenes inauditos ennegrecen la mansión de las virtudes: Rienzi se levanta, sopla sobre los perversos, y todo queda limpio. Robo, prostitución, asesinato huyen despavoridos, ó se encierran y fortifican en sus torres. Rienzi tiene en la diestra la espada de la justicia: juzga y condena; no castiga de mano poderosa. La antigua Roma, la Roma de los grandes hechos, la de Escipión, la de Catón ha resucitado por un instante. Rienzi es liberal.

Los que salen de sus castillos de improviso, cual bocanada pestilente del averno, y le sofocan, y vuelven á la ciudad á vengarse del pueblo, proclamando el imperio del hambre y el azote, son conservadores.

El señor feudal encerrado en su castillo entre murallas de piedra viva, rodeado de por fuera de vasallos á quienes manda con el látigo, es el emblema del partido conservador de la edad media. El conde ó barón se viste de acero: el arma del enemigo ha de ser el hacha que le rompa los huesos con defensa y todo: la coraza no da paso á la espada; el morrión fornido se ríe del sable. Monta su bridón el caballero, y resonando las piezas de su cuerpo, sale por una puerta que no se abre para otra cosa, en medio de las chispas que sacan de las

pedras las herraduras de su feroz caballo. A cuatro pasos de sus posesiones ha dado con la hueste del castillo vecino: estréllanse los dos, combátense, degüéllanse, sin motivo ni declaración de guerra. Cuando la esposa esperaba á su dueño y señor con el fruto de la caza, un fiero jabalí atravesado en las ancas de su cabalgadura, ve entrar un cuerpo humano cruzado en la negra silla. Es su esposo que ha muerto á manos del barón de la montaña.

Los señores feudales eran conservadores; vivían apasionados á sus leyes y costumbres.

Los caballeros andantes que armados de todas armas recorrían el mundo amparando huérfanos, socorriendo viudas y menesterosos, desfaciendo agravios, castigando malandrines y follones, eran liberales. Justicia, generosidad, sacrificio, noble pasión por el progreso humano, esto profesaban esos locos sublimes, que en su tiempo eran muy cuerdos.

Durante las repúblicas de Italia, los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales: los güelfos se atienen á la aristocracia de la sangre, y quieren prevalecer por ella; los gibelinos no reconocen más nobleza que la de la honra y de los grandes hechos. Los güelfos le ponen el yugo al pueblo y le declaran esclavo; los gibelinos se lo quitan y le proclaman libre. Los güelfos lo allegan todo para sí, coma ó no coma el pueblo; los gibelinos miran por él, le defienden, le protegen. Los güelfos le niegan la instrucción, le abruñan con trabajos inmoderados; los gibelinos le enseñan como pueden, le dan tarea medida y razonable. Los güelfos son conservadores, los gibelinos liberales.

Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno, dice el Coran. Mahoma es conservador. Jesús, mandando á sus discípulos á predicar por el mundo las nuevas verdades que él les había enseñado, es liberal. El liberalismo consiste en la ilustración, el progreso humano, y por aquí, en las virtudes; ni puede haberlas en medio de la ignorancia y el estancamiento de las ideas. Aguas que no se mueven se corrompen. Los conservadores beben del Mar Muerto.

El ferrocarril, el telégrafo, la navegación por

vapor son liberales. La vida está en el movimiento: la tumba es inmóvil.

Sucedió que el inventor de la locomotora estuviese haciendo sus ensayos por menor en un país de Inglaterra. Acertó á pasar un clérigo presbiteriano, y recibió en la pierna un choque de la maquinilla, que se iba de por sí, rugiendo como enojada con el diablo. *Fugite partis adversae!* exclamó el sacerdote, juzgando que fuese cosa del enemigo malo. Los conservadores hasta ahora tienen el ferrocarril por invento del demonio, y lo que es peor de los demonios. Su religión es no salir del círculo en donde alcanzan á oler sus narices. Paréceles que un buen cristiano, cristiano viejo, no puede, sin mostrarse anti-papista y heresiarca, dejarse arrastrar diabólicamente por el demonio de la locomotora, subir á bordo de un buque de vapor, y menos ir á esconder la cabeza en las nubes en ese globo encantado á quien espolea un braserillo. No señor: un católico á lo Fernando VII ha de andar en mula, con su buen jaquimón de chapas de plata, petral, retranca y tapanca de borlas coloradas. Y el sombrero es pequeñito en gracia de Dios: bajo su ala puede sostener un rebaño, ó desollar el lobo media docena de borrachos. El rostro va sujeto á la cabeza con un tercio de sábana: se echa á cuestras dos ó tres piezas ridículas de esas que llaman ponchos, y tran tran, se va por esos trigos, muy pagado de sí mismo y de su santa religión. Pues no la conjuraba á la locomotora aquel buen eclesiástico? El pasado, dice un gran autor aludiendo á este suceso, chocaba con el porvenir. Y bramaba de cólera y despecho, agregamos nosotros.

Stefenson es liberal; el clérigo presbiteriano, conservador.

Sabido es que los conservadores de las selvas americanas persiguen tenazmente la electricidad que vuela por sus negros hilos á lo largo del desierto. Los Estados Unidos les aterran con la muerte ó les apiacan por medio de regalos, para que no rompan los hilos telegráficos, ni corten los rieles del ferrocarril del Pacífico. Quién lo creyera! hemos visto en algunas naciones de América al partido con-

servador oponerse tenazmente á los proyectos de ferrocarriles, y empeñarse en manifestar, no solamente lo inútil, sino también lo perjudicial de estas empresas! El Gobierno inglés, mandando el partido conservador con Palmerston ó con Derby, hizo una guerra cruda al proyecto de Fernando Lesseps, que hoy es una de las obras mayores y más admirables de los tiempos modernos. El virrey de Egipto, bárbaro generoso que civiliza las pirámides y llueve sobre la ardiente arena, no disimula su apego á la civilización europea ni sus simpatías por el partido liberal. Los conservadores de Persia se han opuesto con amenazas terribles á que el schah introduzca en el imperio las reformas que le hubieran sacado de la barbarie, y enviado un magnífico saludo al gran Ciro en sus palacios de la eternidad.

Los sesudos, los conservadores de Francia, echaron á pasear á Fúlton, cuando se presentó con el proyecto de la navegacion por vapor en la mano. Dijeron lo que el profeta: Toda innovacion es un error, y todo error lleva al infierno. Temieron los sesudos irse á los infiernos más prontito de lo que se habían de ir en sus pontones carcomidos, lepra de los puertos. Fúlton, Samuel Morse, Sirius Field, todo el que se mueve, se agita, discurre, imagina, crea, da vida y poder al mundo, corriendo en uno como frenesí bienhechor, impelido por el espíritu de la perfectibilidad humana, todos son liberales. La esencia del liberalismo es el movimiento. El liberalismo devora mares y ríos; rompe las entrañas de los montes, y pasa de una nacion á otra en un instante: dos minutos necesita para comunicar al mundo entero lo que ocurre en un lugar, y está ya en camino de adueñarse del reino de la atmósfera, en su flujo por conocer y averiguarlo todo. El dios de los conservadores es un gigante sin pies, que está sentado en el centro de un profundo valle. Semejante á Vischnú, el genio de los pagodas de la India, carece de la facultad del movimiento; no se mueve, y tiene crispatura de nervios cuando ve encumbrarse el águila, ó dispararse enardecido el león del hosco monte á la llanura. Gigante perpetuamente hambreado, su mesa es el patíbulo: vive de

carne humana; la pena de muerte el renglón que le sustenta, y no le harta; él quisiera matar dos veces á sus víctimas, y comérselas dos veces. No se mueve, y es temible: allana el hogar doméstico arrastrándose: la inviolabilidad del domicilio es una burla para él. No se mueve, y nadie puede huir de sus garras; todos son sus tributarios. No se mueve; mas con sus ojos inmóviles escudriña, no solamente las acciones, sino también los pensamientos de sus esclavos. No se mueve; mas el prestigio infernal que se levanta de su cuerpo entorpece aún á los que andan lejos, les atrae, les echa como muertos á sus plantas. El dios de los conservadores es terrible: ve tinieblas, oye silencio fatídico, huele azufre, gusta sangre, se la bebe, se emborracha con ella, y salta sin pies en satánica alegría.

Don Alonso el Sabio fué liberal: con la vista fija en el porvenir, daba trancadas descomunales, cuatro siglos adelante de sus contemporáneos. Enrique IV era liberal; Enrique, el mayor, el mejor de los reyes de Francia; uno de los pocos que han alcanzado el cariño de sus súbditos, la admiración de cuantas son las gentes. Los que le quitaron la vida fueron conservadores, católicos, apostólicos, romanos. Carlos IX, el de la jornada de San Bartolomé; Fernando VII, el restaurador de la inquisición, conservadores.

El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso: de cuando en cuando cobra proporciones de huracán, y se precipita sobre los pueblos echando por tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía. La Bastilla, esa cárcel estupenda donde yacen encarceladas libertad, dignidad humana, facultades del hombre, tiembla sobre sus cimientos de granito, y se viene al suelo un día de tormenta.

El príncipe de Bismarck, enemigo mortal de los católicos; ese á quien estos caritativos cristianos tienen destinado para las llamas infernales, es conservador; conservador á todo trance; conservador irreconciliable con los pueblos libres; de esos que sostienen el derecho divino de los reyes, y aparentan creer en la predestinación de los tiranos y sus

víctimas. Para que se vea si ser conservador y católico, liberal y disidente son una misma cosa. El liberalismo es el principio de la salud: Nicolás, emperador de Rusia, mandó á su heredero en artículo de muerte, que no diese libertad á los siervos, ni hiciese la paz con las naciones con las cuales murió en guerra. Alejandro hizo la paz, y ha dado libertad á los hijos del terruño. Nicolás era conservador, Alejandro propende al liberalismo.

Los españoles, liberales en España, combaten la esclavitud por la imprenta, en la tribuna: cuando hacen oraciones remiradas acerca de la libertad de Cuba, son conservadores, y no lo niegan. Castelar dijo que primero era español que republicano; y por tanto sostuvo la servidumbre perpetua de la isla. Castelar, enemigo de la libertad de Cuba, es conservador; abogado de los sanos principios, en teoría, es liberal. No hay á quien no le suene bien esta palabra: todos los hombres de talento quieren ser liberales: si á su negocio conviene que sean lo contrario, lo son, sin dejar de adornarse por escrito con ese hermoso nombre. Distinguid, ruégoos: una es la mala fe, y otros los principios mismos. No digo que la inteligencia, la sabiduría, el don de progreso sean patrimonio exclusivo de los liberales en el mundo: ¡cómo lo diría sin acreditarlo de necio! entre los hombres grandes, los hay que son conservadores; pero ellos se atienen á la esencia de la cosa, no á los términos vagos; á la sustancia, no á la zupia: Guizot, Thiers han sido siempre liberales en ideas; cuando fueron conservadores, no lo fueron sino de partido. Pero ni esto le ha gustado al fin á este admirable viejo, y hoy tiene á gloria llamarse liberal, cabeza y guía del gran partido francés republicano. Luis Veillot es conservador: ¿no es lástima que el ingenio de ese camandulero se desagüe por el canal del fanatismo? Veillot es uno como Demaistre, menos sanguinario, pero más tenebroso. Los pueblos no tienen derecho ni facultades: todo sale de Roma, todo va á dar á Roma. Una ocasión que este desafortado papista había recibido de Su Santidad una reprimenda, á causa de sus exajeraciones curiales, se puso rostrituerto y de-

sabrido. Los periódicos burlescos de París publicaron entonces una caricatura, que consistía en un Monsieur Veuillot entregando su devantal al papa como quien deja la cocina.

No sabemos qué influjo misterioso tiene este que se llama partido liberal, para que en el día esté predominando en casi todo el mundo civilizado, á pesar de la oposición formidable que le hacen el Vaticano y sus ejércitos: el hecho es que predomina, en Europa mismo. El Asia, el Africa son todavía conservadoras: los cuero-colorado ó *peau rouge*, los esquimales lo son también en América. Estos sabios profesan también el principio del Coran: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Francia, Inglaterra, Italia, gran parte de España, como naciones, son liberales. Prusia, enemiga del papa; la sublime Puerta son conservadoras. En Sud-América no hay sino un obscuro rincón, este que Humboldt llamó «el templo de la luz», que viva bajo el yugo de los principios conservadores; esto es, bajo el poder del verdugo, material y formalmente. Todas las demás repúblicas son liberales por inclinación y por institución, inclusive Chile, la cual, según las reformas que tienen entre manos, lo será por completo no muy tarde; reformas que constituyen los derechos y los deberes del siglo XIX.

Que no me he propuesto hablar de los conservadores y los liberales de la tierra, lo habéis visto, compatriotas. Pueblo envejecido bajo el régimen del látigo, no tiene derecho á llamarse conservador ni liberal. Los que, mientras vosotros estabais de barriga, andábamos la frente herguida, respirando con abiertas fauces aires libres y salubres, podemos hablar de estas cosas, porque nos hallamos en posesión de distinguirlas. Tenéis realmente idea de los principios, oh vosotros los ajusticiadores y los ajusticiados de García Moreno? profesáis alguno de ellos de buena fe, por convencimiento? Yo pienso que no. Y me fundo en que un liberal se vuelve conservador de la noche á la mañana, como consiga atrapar un empleillo; y un conservador se convierte en liberal furioso, si el

Gobierno se lo quita. No es puramente asunto de palabras, como oigo cada día; es más asunto de pan y carne: *Panis et circencis*. Las excepciones quedan en pie, sin que les toque mi viento: son palmas hermosas y solitarias que se elevan en un desierto; tristes, pero majestuosas. Bueno amigos, aborremos las injurias: yo no quiero deprimir á nadie; lo que trato es ilustraros, ilustrándome yo mismo.

He dicho.

Los Mártires

(Artículo para el Diez de Agosto)

Mártires son los hombres privilegiados cuyo convencimiento se convierte en santidad, cuya pasión en heroísmo, y se sacrifican por sus ideas, teniendo en nada los intereses mundanos y los dolores del cuerpo. Naturalezas robustas en las cuales el valor es ingénito, el martirio un placer, firmes y constantes, á pesar de las diligencias con que los perversos tratan de corromperlas con halagos engañosos, ó aterrarlas con amenazas inauditas. Mártires son esos hombres altamente convencidos, profundamente apasionados, que asombran á los tiranos con su fortaleza, hacen temblar al verdugo con su serenidad, y se levantan de la tierra dejando ejemplos que enfurecen á los malvados y santifican á los buenos. Anaxarco, metido en un pilón de piedra, va á ser molido como cebada, por orden de Nicocren, tirano de Chipre: Golpead, romped, dice á los esbirros: no es Anaxarco este á quien vais á convertir en polvo; no es más que su estuche”.

Anaxarco era esa persona invisible, llama sutil y viva que estaba resplandeciendo en el centro de su pecho, en la cual no era posible dar golpes, ni había nada que romper. La carne está sujeta á la omnipotencia del fuego; los huesos pueden ser rompidos y molidos: el espíritu se halla libre del furor de los tiranos, de la frialdad del verdugo, y no deja de arder, por más que éstos hagan fuerza soplando sobre él desesperados. Anaxarco no es la porción de materia que aforra el esqueleto; no es el esqueleto mismo: Anaxarco es el príncipe eterno que anima nuestra máquina, y sube á incorporarse con la gran luz de donde proviene, tan luego como ella es desbataratada. A los mártires les importa poco que golpeen sobre su estuche, que lo rompan: Anaxarco está adentro, y queda ileso; Anaxarco vuela invisible á las regiones inmortales; Anaxarco, esto es el alma, llega á Dios y se convierte en rayo de luz divina.

San Lorenzo en medio de las llamas exclamaba: Ya está bien asado este lado; tasajeadlo, comedlo: seguid luego con el otro! este santo furor no era obra del orgullo en la víctima: quería solamente hacerles ver á los ejecutores cuan lejos estaban de influir sobre su espíritu con los martirios del mundo. La fe es insensible; no experimenta nada, por más que se golpee en ella. La fe es inamovible; cien elefantes uncidos con cadenas de oro no pudieran desquiciarla. La fe es ciega; no ve la hoguera que está chirriando y amenazando. La fe es sorda; no oye promesas ni amenazas. Esas carnes que echan humo en medio del fuego, no son Lorenzo; no son sino su estuche: Lorenzo es la ráfaga de amor que envuelta en un globo invisible de gloria sube y se pierde en los espacios inmortales.

Josefo habla de un niño condenado al martirio por Antíoco. La muerte debía ser á fuego lento: mientras llamitas indecisas, amainadas con artificio, le lamen cariñosamente las piernas desnudas, el verdugo le está arrancando pedasos de carne con unas tenazas candentes. El niño arde en amor y felicidad eterna: Tirano! exclama, pierdes tiempo: mira cuan á mi gusto estoy. Estos eran los marti-

rios? Estos los dolores con que me amenazabas. Pues sabe que para mí son nada. Mi constancia te atormenta más, que á mí tu crueldad. Te rindes, y yo no hago sino cobrar fuerzas. Arráncame una queja, desanímame, obligame á padir misericordia. Comunica valor á tus satélites y verdugos; no ves cómo desfallecen? cómo no aciertan á maltratarme? Armales de nuevo, encárnízale! Qué? tú mismo ya no hallas en tu inventiva suplicios más eficaces, follóncobarde, inepto?

Antíoco estaba allí temblando de ira.

Oh niño, niño hermoso! era él el condenado al tormento y se lo hacía padecer á su tirano. La fuerza de los mártires es mayor que la de los héroes: los mártires son los héroes de la fe; y la fe, virtud que diviniza muchas ideas y pasiones. Fe en la religión, fe en el amor, fe en la libertad: los mártires de estos tres grandes principios son santos, si perdonáis, oh vosotros juiciosos egoistas, la santa impiedad que va envuelta en esta idea. Los de la religión son santos divinos; los del amor profano, santos terrestres, mortales; en los de la libertad hay todo. Quién duda de que la libertad tiene sus santos? Los mártires de la religión dan asunto á la epopeya: el gran poeta de la prosa les ha cantado en tono tan alto y armonioso, que quedamos al oírle llenos de admiración y placer inocente. El viejo Cirilo, Cimodosea, respetables, amables personajes, cautivan la imaginación y el corazón, Cuando, viajeros melancólicos, andábamos engolfados en la obscuridad temerosa de las catacumbas de San Sebastián, no podíamos menos que admirar la vida de los mártires en tiempo de las persecuciones. ¿Cómo pudieron construir una ciudad subterránea debajo del trono mismo de Nerón, sin que el tirano lo sintiese? Cómo habitaban esas bastas mazmorras, sin ver la luz del día? La fe es la antorcha de las catacumbas: oscuras nos parecen ahora; más en tiempo de los mártires estaban iluminadas con los ojos de aquel cuya mirada disipa las tinieblas.

Andando un día por la ciudad de Bruselas, desembocamos en una plaza en cuyo centro se eleva

un monumento fúnebre. Habíamos visto de antemano en nuestra guía la «Plaza de los mártires», y con el plano á la vista, fuimos á dar con ella. Esos mártires no lo fueron de la fe religiosa, porque en nuestra edad ya no se persiguen los hombres mutuamente ni se condenan á las llamas á causa de sus creencias; lo eran de la libertad. Los mártires de la libertad gozan en todas partes de cierta veneración, que en el concepto público no son sino poco menos que los mártires de la fe. Ya Salmeron pobló el cielo de los santos de la patria junto con los de la Iglesia. La virtud practicada en términos de purificar la carne misma ¿no es la que vuelve santos? El amor á la patria, el amor á la libertad, en siendo desinteresado, noble, magnánimo, inagotable, inmenso, le vuelve santo al patriota, al libre. Santo de todo el mundo, santo de la corte celestial, no, porque le faltan el título y la sanción del gran contralor de las acciones humanas; santo de la patria, santo inferior, sí, porque ha hecho lo necesario para merecer acatamiento casi religioso de sus compatriotas. En la plaza de los mártires de Bruselas reposan las cenizas de los mártires de la Bélgica. Juana de Arco está en vía de canonización: para que veais que los santos de la patria no están muy lejos de los de la religión. Juana de Arco no es monja milagrosa, no tiene cilicios, no ayuna; y con todo, va á ser santa por sus grandes hechos en lo tocante á la libertad y la independencia de su patria. Sus virtudes fueron las de la inocencia y la ignorancia: sin su heroísmo y sus victorias, nadie habría pensado jamás en canonizarla. Mas por qué la libertadora no ha de estar al lado de la doctora? Juana de Arco y Teresa de Jesús están muy bien en la corte celestial, la una junto á la otra.

En Madrid, en el paseo del Prado, cerca de la capilla real de Atocha, se eleva una pirámide que va á desalojar las nubes con la cúspide. Es el Monumento levantado por España á las víctimas del Dos de Mayo. El patriotismo y el apego á la libertad, el valor y la abnegación fueron tan grandes en esas víctimas, que han alcanzado de las genera-

ciones venideras el título de mártires. Los mártires están á un paso de los santos: las víctimas del Dos de Mayo son los santos de la libertad y la patria. Napoleón era el Dioclesiano de la libertad de los pueblos: bien así como el colega de Galerio enseñaba la existencia de sus dioses con las tenazas encendidas y las garras de los leones; así esotro huracán hecho hombre hacía creer en la esclavitud del universo por medio de sus legiones invencibles. Pero los mártires de la libertad, los santos de la patria tenían á su cargo el desmentirle, y en Bailen se vino al suelo el Olimpo, y Júpiter perdió sus rayos.

Doña María de Pineda, por haber bordado una bandera de los patriotas, fué ajusticiada. Es verdad que esa mujer había comunicado á ese estandarte el prestigio del amor, y los valientes que combatieron á su sombra tuvieron en sus armas el poder de la magia que vuelve invencibles á los héroes. Doña María de Pineda es una de las víctimas ilustres de la tiranía, y goza de la veneración de sus semejantes, inmortalizada en un soberbio mausoleo. Los que en una de las plazas de Granada den con un edificio de mármol rojo, adornado con las armas de España libre, descúbranse y adorne: es el monumento conmemorativo de Doña María de Pineda, mártir de la libertad, santa de la patria.

Policarpa Salabarieta es el mártir de la libertad de Colombia: Antonio Ricaurte, Atanasio Giraldot son sus santos: santos propagadores, santos fundadores, que dejando bautizada con su sangre la espada de Bolívar, echaron los cimientos de esta sublime religión de América, cuyos artículos son amor de Dios, libertad, independenciam.

Y vosotros, mártires del Pichincha, héroes de la esperanza, que entregasteis la vida en las aras de la patria futura, sacudid el polvo de más de medio siglo, levantaos, sacad la cabeza al mundo, y dilatando la mirada por los cuatro vientos, decidme si habéis visto templo, pirámide, columna ó piedra que recuerde vuestros hechos, vuestros nombres? Hijos ingratos, hijos indignos, nada he-

mos hecho por vosotros; y el olvido, lento, redomado, pero seguro, va ganando terreno paso á paso y borrando vuestras sombras. Si vuestra honra, vuestra fama estuvieran vinculadas en nuestra ruin memoria, las borraría; pero no sois ecuatorianos, sois americanos; no sois mártires de Quito, lo sois del mundo, puesto que libertad é independencia son bienes comunes al género humano.

Los granadinos tienen muchos días grandes en su año; pero el 20 de Julio es festejado por ellos de corazón, jugando la inteligencia sus mil resortes encantados. Estos simpáticos farfulladores, en medio de su hojarasca, hacen madurar frutos realmente exquisitos y saludables. El amor á la patria es en ellos una religión; y de allí proviene la superioridad que tienen sobre nosotros; nosotros en quienes obra apenas el de la nuestra. Patriotismo es ingenio, fuerza, poder; patriotismo es valor, ímpetu, victoria; patriotismo es honra, gloria, felicidad. Ecuatorianos, oh ecuatorianos, sois realmente patriotas? pues dónde los hechos del ingenio, de la fuerza, del poder? dónde vuestro arrojo, vuestras hazañas, vuestros triunfos? dónde las condecoraciones de la honra, los monumentos de la gloria, las locuras de la alegría provenientes de las grandes obras? Pueblo infelice, pueblo triste, el Diez de Agosto es fecha memorable en Sud-América, y vosotros apenas si caéis en la cuenta de lo que ha sucedido en tan fausto día al pie de este viejo Pichincha, que ha presenciado tantas cosas grandes. Cuatro inválidos arapientos se van, al romper la aurora, arrastrando un cañón no menos flaco y miserable que ellos, á las faldas de una colina. Allí, con su mecha apagadiza, se llegan al oído sordo de su máquina, y se dan á entender que han hecho un tiro; tiros que no despierta los ecos de la montaña, ni hacen estremecer de bélica alegría á los hijos de una ciudad grande y libre. Este es el aniversario de nuestro día-sol, día-siglo, día grande; estos los honores que hacemos á las sombras de Morales, Salinas y Quiroga, primogénitos de la independencia americana, padres de la libertad de Colombia la proveya. Qué mucho? Los monumentos que contenían las operacio-

nes de la sabiduría, las pirámides levantadas por los académicos franceses para perpetuar la memoria de la medición del meridiano, han desaparecido por falta de luz en este suelo inculto. Un ilustre viajero (1) halló de puente en una acequia de Ouenca la piedra cargada de las inscripciones de Lacondamine y Bouguier, en la cual éstos habían sentado sus cálculos hechos en el llano de Tarqui, respecto del mismo gran asunto de la meridiana: piedra sagrada, piedra santa que en cualquiera parte hubiera sido la joya más grande de un museo. Y no ha mucho hemos visto á un bárbaro que se preciaba de instruido y progresista, dar en tierra con el último vestigio de una de las obras mayores y más provechosas de los sabios modernos, muy creído de que hacía por la civilización, con eliminar *La Cruz de piedra*, por componer una calle. Si ese arrasador, en su flujo por destruirlo todo, hubiera sabido lo que había pasado por la Cruz de piedra, lejos de echarle á puntillones al Hospicio, se habría descubierto siempre que pasase por esa ilustre calle. La Cruz de piedra sirvió á los sabios académicos de uno de los puntos principales para sus estudios y sus ángulos astronómicos: haberla destruido, es delito de lesa civilización. Rocafuerte hizo lo posible por restaurar las pirámides de San Antonio: García Moreno destruyó la Cruz de piedra. Para que se vea lo que va de un hombre á otro.

Qué maravilla que los mártires del Diez de Agosto, los precursores de la libertad americana, no alcancen de nosotros más honra ni memoria que cuatro bostezos de un cañón inválido y hambriento? Me han dicho que este año van á añadir, en vía de progreso, una vaca y un barril á los bostezos del cañón moribundo. Barril, barril preclaro, barril filosófico, barril cristiano, yo te bendigo. Tú tienes la virtud de volver indiferentes las acciones reprobadas, hechos comunes y pasaderos los delitos, cosas amables las horribles. Barril, barril honesto, barril puidonoroso, barril delicado, sin tí el mundo fuera un trascantón grosero, insoportable. Barril, barril

(1) Don Francisco Caldas.

valiente, barril impertérrito, barril heroico, gloria á vos en las alturas y honra en este suelo de proezas y virtudes. Las obras de la inteligencia, las invenciones del patriotismo, las demostraciones de la gratitud son majaderías. Vaca y barril necesitamos para conmemorar nuestras fechas íacilitas, al modo que los americanos del Norte festejan su gran Cuatro de Julio. Qué diría Washington en su mansión de gloria, si sus compatriotas no tuviesen cosa con que honrar su memoria sino una vaca y un barril? El libertador, el héroe se dejaría morir de pesadumbre en la inmortalidad, si la muerte fuera mal de la otra vida. Ciertamente un pedazo de carne bien comida por un buen patriota, y un trago de aguardiente bien bebido, aprovechan por extremo al respeto y á la fama de los mártires del Pichincha, los santos del Diez de Agosto.

Cómo se honra la memoria de los próceres en los países cultos y grandes, cómo se glorifican los días memorables? Dios lo sabe; pero no es, de seguro, de modo que pudiera humillarles y disgustarles, si esas sombras gloriosas tuvieran ojos para ver y oídos para oír las cosas de la tierra. Hay grandes procesiones cívicas, pronúncianse discursos elocuentes adecuados á la circunstancia: las iluminaciones ponen la ciudad como el Olimpo, donde los genios de la patria revolotean por océanos de luz de mil colores, dando graciosas vueltas en inocente travesura. Las plazas, las calles son poéticos infiernos que hierven en fuegos celestiales: la música inunda cielos y tierra con torrentes de armonía, que no solamente deleitan el oído, sino también la vista, porque corren embebiéndose en los rayos de luz de rosa que á modo de jugar con ellos les oponen resistencia. Las casas, los palacios abrigan en su seno centenares de locos y locas de amor, que solemnizan el día de la patria con alegres saltos y púdicas mudauzas. Decencia, nobleza, grandeza en todo. Ecuatorianos! honremos la memoria de los mártires de la libertad, los santos de la patria con el amor y la gratitud expresados delicada, santamente. Los militares toman gran parte en estas solemnidades. Los militares, en los pueblos regidos

por la virtud y el punto de honra, son la flor de la nación. ¡Oh vosotros, soldados de la República, sed la flor de la vuestra. Flor hermosa á la vista, suave al olfato: flor robusta, saludable, símbolo de la belleza; pues habéis de saber que Marte, cuando sonríe culto y delicado, es el más bello de los dioses.

Contentaos con ser hijos del más crudo y fosco de ellos: el más culto, agraciado, amable, es siempre el del carcax y las saetas, el rubio Apolo, representante de la poesía, esto es de la sensibilidad, la ternura, el placer, la dicha, y si lo pide el caso, el valor y el heroísmo. Apolo es el dios de la edad florida: el Amor sale de su costilla; pero ni Pálas arrostra el ímpetu de ese adolescente cuando viene airado. Jóvenes, oh jóvenes, los viejos son las canas de la sociedad humana; los cobardes, los ruines son sus enfermedades y sus ascos; los pícaros sus pestilencias: vosotros sois su corazón, su sangre; vosotros sois su espíritu, llama ardiente que prendida por el genio de la libertad, sale afuera, salta vívida, se pega á todo, y purifica y engrandece lo que tiene la virtud de despertar su santa furia. Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame. Jóvenes, oh jóvenes, vosotros sois el alma de la República: Armodio y Aristogiton, jóvenes fueron; Mucio, Decio, jóvenes fueron; Antonio Ricaurte, joven; jóvenes los franceses que caían á millares de las murallas de París, defendiendo á todo trance la libertad y la honra de su patria. Si el fuego sagrado que en forma de sangre corre por las venas es motivo suficiente para que estos bueyes sueltos que se llaman sesudos os califiquen de locos, de tigres, sed locos, tigres, y tenedlo á gloria, á imitación de este vuestro amigo. Furiosos primero que idiotas; tigres primero que jumentos. El buen juicio no está reñido con el amor apasionado: jóvenes, oh jóvenes, sed apasionados, conquistad el mundo.



Del agua en las ciudades

La antigua Roma contenía setecientas fuentes públicas del agua más pura y cristalina: fuentes que, sirviendo de adorno y gracia á la ciudad, la refrescaban con un grato ambiente y conciliaban la salud á los habitantes. El timbre de un Cónsul, al poner en manos de su sucesor el bastón omnipotente, era haber aumentado el agua en Roma, mediante alguna obra portentosa de ingenio y poderío, semejante al acueducto que la traía desde los collados Cimbrunios. En las vecindades de San Juan de Letrán se detiene aún el viajero á contemplar y admirar los restos de uno como puente :éreo, por el cual corría lleno de vida un torrente, la más dulce y delicada que pueden elaborar los genios de la naturaleza en las entrañas de los montes. Hoy mismo, á despecho de las ruinas; hoy que no es Roma ni la décima parte de la antigua; hoy que la campiña romana se ha convertido en un yermo emponzoñado por falta de árboles y agua, la ciudad abriga en su recinto trescientos depósitos de la más suave y dulce que se pueda beber en el mundo. Roma, así como es la ciudad de las colinas, así mismo es la ciudad de las fuentes. Ora en pilas de elegantes formas que avientan por el aire chorros que parecen de plata derretida; ora en surtidores forzolentos que la escupen hasta la mitad de la atmósfera; ora en receptáculos humildes por donde corre inocente debajo de una reja, el agua impera en Roma. En Granada, ciudad de Andalucía, hay una fuente en una colina próxima al poblado, á donde acuden los habitantes á beber una agua tan buena, tan dulce, tan agradable, que pasa por milagrosa. Así en Roma, á la fuente de la Ninfa Egeria hacen expedición los viajeros á em-

briagarse inocentemente con la toma de los dioses rústicos.

Bien como los soldados en sus evoluciones cambian de frente cuando menos lo esperan los espectadores, y toman otra dirección, así nosotros, después de este proemio que venía prometiendo un mar de poesía, le volvemos la espalda, y acometemos á tratar un asunto más positivo y triste. El del agua nos proporcionaría materia para una geográfica, si fuéramos cortados por la misma tigera que el Mantuano; y aunque no un idilio de Gesner, un lindo poemita en prosa nos había de salir con las náyades, las sirenas, los gnomos y los silfos con que tuviéramos que hacer en el lecho de los torrentes y las conchas de mármol de las pilas. Pero en la realidad, en la vida de los hombres asociados parece que se vincula la tristeza, reinando entre ellos la injusticia y la desgracia. Pensáis acaso que tendremos vergüenza de hablar de Machala, después de haber hablado de Roma? Nada de eso: tan hombres, tan semejantes á nosotros, tan hermanos nuestros eran los romanos antiguos como los machaleros de nuestros días. Decimos, sin más preámbulo, que estos buenos compatriotas nuestros acaban de dirigirse á nosotros, como si fuéramos el gran juez de apelación de la República, para quejarse, desde luego de abuso de confianza de parte del Gobierno; en seguida de injusticia escandalosa; y por último, de indolencia y descortesía. Abuso de confianza, cuando les hicieron aceptar impuestos personales á su pueblo, con el fin de proporcionarles el agua de que carecían y carecen: injusticia escandalosa, cuando, habiendo ellos erogado las sumas requeridas é indicadas por los ingenieros, se queda con ellas; indolencia, cuando ve perecer de sed á un pueblo todo, y no le alarga la mano ni le dirige un término de conmiseración: descortesía, cuando pone oído sordo á sus quejas y reclamos, y les mira como sino hablaran, esto es como si no fueran ciudadanos, miembros de la República, tan buenos como cualesquiera otros, y aun mejores. El abuso de confianza es delito por el cual pagan su pena las personas particulares: en el Gobierno no se lo

puede castigar. La injusticia es vicio que vuelve aborrecibles á los individuos: el Gobierno hace poco caso del odio de los pueblos, cuando se considera más fuerte que ellos. La indolencia es calificada de impiedad en los hombres: el Gobierno está en posesión de ser impío sin que nadie le consigue en manos de Inquisidor Mayor. La mala crianza ofende é irrita á un santo mismo: el Gobierno tiene derecho á la grosería con los ciudadanos. Pagar lo que debemos, cumplir lo que prometemos, necesario es para vivir en concepto de hombres de bien y pundonor. Oír al que nos habla comedidamente, responder á sus observaciones, es inevitable para que tengamos derecho á la estima y la consideración de los demás. El Gobierno se compone de personas: estas personas colectivas, representando un cuerpo moral, ¿quedan por este hecho desligados de los vínculos de la sociedad humana, relevadas de los deberes de misericordia y cortesía, horros y quitos con sus acreedores, sin haberse solventado para con ellos? El Gobierno que da un petardo á un cantón, una ciudad, apronte la mejilla para la bofetada que el pundonor le debe. Engaño, fraude son vilezas que convierten en perros á los hombres: la palabra de un Gobierno ha de ser palabra de rey, ó no es acreedor á más respeto que el que impone la fuerza bruta.

La mayor parte de esos cargos se dirigen al Gobierno de García Moreno, según las fechas que señalan los machaleros: sobre el actual pesa la nota de descortesía, como lo dicen ellos mismos, y de morosidad. Doy para que des. Te doy cinco centavos por un vaso de agua: los centavos, los recibiste; ¿por qué no me das el agua? Doy para que hagas. Te doy diez y nueve mil pesos para que me construyas un acueducto ó caves una acequia por donde nos venga el elemento de la vida: los diez y nueve mil pesos se hallan en tu poder, y tú no abres la acequia ni piensas en ello. Es esta la santidad de los contratos? Esta la justicia, la elevación de los Gobiernos? Si la suma requerida para la obra de darle agua potable á ese cantón han enterado tiempo ha en las arcas públicas, por qué no se la dan?

por qué no les levantan las contribuciones excepcionales impuestas con ese objeto? La tiranía abruma á los pueblos; la iniquidad les irrita; el menosprecio les exaspera; ¡y ay de los gobiernos que les ponen en el caso de hacerse justicia por sí mismos! Lo menos que el nuestro debe hacer por lo pronto es dar oído y contestación á las representaciones de todo un pueblo, y pueblo de los más patriotas y valientes, pueblo que con justo orgullo se está mirando en sus brillantes páginas. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento: católicos, oh católicos, será preciso que los impíos os estemos recordando de continuo los mandamientos de Dios? El nos guarde de estos almas de bayeta negra que venden un vaso de agua al que tiene sed, y todavía se quedan con la cosa vendida. Hablamos de este modo, por cuanto no hay individuo que no tenga derecho para volver por la suerte de sus conciudadanos. Ahora pues, si un pueblo todo se dirige á nosotros por la imprenta quejándose de una injusticia del Gobierno, á nuestros derechos generales como ecuatoriano, se une la obligación que nos imponen esa honra y ese honor. La imprenta es el Sinaí de la República: en ella se prenden los relámpagos que deslumbran á los impíos, estalla el trueno que les asorda, nace el rayo que destruye á los tiranos. Pueblos, honrad la imprenta, sostenedla, fomentadla, y estáis salvados.

Los piratas del Guayas

Dicen que Napoleón el grande, navegando hacia Santa Elena, columbró á la distancia un buque de vapor, que iba rugiendo por esos mares, coro-

nado de un hermoso penacho blanco. Fúlton! exclamó, oh Fúlton, si os hubiera yo creído con energía, hoy fuera dueño de Europa. El emperador le había creído á Fúlton, pero no con energía: Os recomiendo á ese americano, escribió á su ministro: me parece que su descubrimiento trae en el seno el porvenir del mundo. El genio rompía con la vista las capas de ignorancia, y sospechaba un universo tras el término de lo conocido. *Los sesudos*, los hombres vulgares y rutineros, para quienes la inteligencia superior es locura, las ideas extraordinarias necesidades, se rieron de Fúlton, y le calificaron de extravagante. Napoleón se vino abajo, y el vapor le salió al paso, camino de su destierro, como para decirle: Mirad si un hombre como vos debe subordinar su juicio al del vulgo ruin: el águila no le pide su parecer al topo.

Entre los dioses antiguos había el dios de la luz; el del vino, el de las armas, el del amor, la de la hermosura: si la fábula contuviera el dios de la estupidez, yo hubiera sacrificado en sus aras *los sesudos*. ¿Dónde no veré esta casta, ralea de Sataná? El sesudo es tonto; cuando no lo es extremo, es pícaro. En tierra de sesudos, no hay seso; y donde no hay seso, todo es *sesudo*. Oh vosotros los sesudos, no acabaréis de indignaros contra Cristóbal Colón, por haber descubierto el nuevo mundo? Los sesudos se opusieron á la empresa del genovés. Isabel la Católica, mujer de gran seso, no era sesuda: Fernando era eminentemente sesudo, esto es eminentemente tonto, vulgar y envidioso. El rey no ha inventado la pólvora; la reina descubrió el nuevo mundo. El uno era sesudo, la otra tenía seso y corazón. Los sesudos son los lamparones de las ciudades: mueran los sesudos!

Pues le faltaron sesudos á Napoleón? Por causa de eso no venció á los ingleses, y los ingleses le ataron contra una roca, bien como á nuevo Prometeo, objeto de la venganza de los dioses. Desechado en Francia, Fúlton se volvió á América, donde halló quien le creyera con energía, y el vapor salió campeando por todos los mares de la tierra.

El Pacífico no tuvo mucho que esperarle: la co-

dicia es civilizadora: la Gran Bretaña le invadió luego con sus navíos armados del fuego viajero, y se metió por los ríos de América hasta el corazón de sus naciones. Las tribus salvajes del Amazonas se asomaron á sus orillas á contemplar admiradas ese monstruo que osaba romper el silencio de las selvas, corriendo majestuoso cual el genio del río. El Plata, el Orinoco, el Magdalena, todos entraron á la parte en la empresa de Fúlton, y se dieron la mano, y se hablaron al oído á quinientas leguas de distancia.

No ha muchos años el Guayas, como todos los grandes ríos de la América meridional, no conocía otra que la navegación á remo. Bien así como los bandoleros de Italia y España califican de invención bárbara el ferrocarril, así los piratas de los ríos tienen por descubrimiento inicuo la navegación por vapor. Esta gente honrada ha venido á menos con la usurpación de sus derechos: Sierramorena, ese Parnaso de las musas negras, está desierto: el Guayas gime bajo el yugo de la civilización, que vuela por sobre sus olas en forma de ballena encantada llevando sobre sí los genios de la industria y el comercio. Canoas, lanchas, falúas, estos eran los poseedores de ese inmenso caudal de agua; y unos trocitos de madera, extraídas las entrañas, que cual flechas se disparaban á lo largo de las olas, burlándose de su furor.

Por los años de 1840 un rico negociante del interior de la República volvía de Guayaquil con un valioso cargamento. Su gran canoa de piezas remontaba pesadamente el Guayas á fuerza de remo, contra viento y marea, luchando con una como tempestad que se había declarado desde que perdieron de vista el puerto. Oscura era la noche, sembrada de truenos y relámpagos: los bosques gemían lúgubres, combatidos por los vientos; manadas de jabalíes arruaban temerosos en sus profundidades. El dueño de la canoa tomó aparte á un joven de su séquito, y entrando juntos al depósito de armas, salieron luego, el uno con un trabuco formidable, el otro con un gentil machete que no le hubiera pedido favor á la cimitarra de Taric. Plácido! gri-

tó el principal; amárrame este zambo. Dos criados se echaron sobre el bandido, el cual no opuso resistencia, porque la boca del trabuco le estaba haciendo anillos en las sienas. Maniatado el zambo, y trincado contra un banco, el amo agregó: A este otro! El otro fué igualmente aherrojado y puesto fuera de combate. Barreto! dijo entonces el que daba órdenes; el piloto corre de cuenta de usted: á la menor señal de traición le vuela la tapa de los sesos. Barreto, que no había estado en Ayacucho, temblaba de miedo; pero como el valor es comunicativo, prendió en su seno, y el hombre se puso á apuntar al piloto con su escopeta. Nada le importaba más en ese trance que el denuedo y la valentía.

Era el caso que el viajero, como quien había ejercitado la vista en las obscuridades de ese río, y el ánimo en esas ocurrencias, descubrió á la altura de la Boca de Baba una lucecilla que venía adelantando en dirección á su canoa. Los piratas, como los bandidos de tierra, tienen en la fisonomía y las acciones un sello especial que les denuncia en cualquier parte á la justicia: el navegante supo ya con quienes las había. En cuanto á los dos pasajeros que mandó amarrar, eran dos zambos de interesante aspecto criminal, á quienes el patíbulo hubiera recibido con los brazos abiertos. El uno tenía cruzado el rostro con un *persignum crucis* de á jeme; el otro mostraba en el pescuezo una cuchillada de catorce puntos, como las que tenía el memorial de Monipodio. La canoa había sido fletada exclusivamente por el negociante; pero como esos hombres de bien se le llegaran á pedirle por los dolores de María Santísima que les llevase á bordo hasta Babahoyo, fueron recibidos por vía de conmiseración. Eran, sin duda, cómplices de los piratas; mas el serrano tenía la letra menuda; y cuando los zambacos se regodeaban ya en la buena presa, viéronse allí tirados en los fondos cual tercios de mercancías.

Señor, le mató? preguntó Barreto. No todavía, respondió el jefe. Los dos muchachos, lanza en ristre, esperaban á babor. El joven había dejado su alfanje por un soberbio trabuco naranjero. Los piratas venían cerca; la canoa de piezas ade-

lantaba de mala gana; los zambos maniatados estaban bramando como toros. "Barreto! si el piloto hace una maniobra desfavorable, me paga usted con la vida". "Señor, disparo?" preguntó Barreto. "Y quién gobierna el timón? En el instante crítico, envíele usted á los infiernos". Los piratas venían á treinta pasos de distancia, entonando uno de ellos una donosa cancioncilla, con ciertos quiebros de voz que eran, de seguro, avisos á sus cómplices de á bordo.

 Mi día e la noche oscura;
 Música son eto trueno:
 Yo bailo con la tormenta.....
 Qué tenemo, qué tenemo?

Ramón, fuego! gritó el viajero, cuando el enemigo bogaba á cuatro brazas. Un estallido estupeando rompió el silencio del río, y retumbando por las selvas de las orillas, fué á perderse á lo lejos en las entrañas de la noche. Apretaron el remo los piratas: enarbolados sus ganchos, agarrábanse ya á la canoa mercante: Al abordaje! gritó el capitán. Palomino, ahora! Canilla, dónde estás? Otro tiro de trabuco resonó en este instante; y como los piratas rempujasen con más fuerza, Ramón, empuñado en su machete, partía cabezas á diestro y siniestro, á tiempo que su jefe le atravesaba la garganta al capitán de los malhechores con su espada que gemía en la obscuridad sedienta de sangre. Dos de estos alhajas, los más listos y audaces, habían saltado de bordo á bordo, cuando cayeron boca abajo sobre sus cómplices, pasados de parte á parte por las lanzas de Plácido y el otro cholo. La canoa pirata empezó á quedar atrás: se apagó su lucecita; el combate estaba concluido. Echados los cadáveres al agua, siguió adelante el viajero: al romper el día, consignaba en manos del alcalde de Babahoyo los dos cómplices de los piratas, y montaba en su mula para trepar el Chimborazo.

Ese hombre de barbas egrias era Don Marcos Montalvo, padre del humilde cronista de estos hechos.

A Dios

El Cosmopolita no es el judío errante á quien la fatalidad impele ó arrastra por las cuatro partes de la tierra: al contrario, cuando este buen camarada consigue ponerse donde nadie le vea, se deja estar calladito, inmortalizándose en el silencio y el olvido. Su pasión es la naturaleza: una montaña, un bosque, un río, son amigos para él, amigos socorridos, adorados. Romper el sueño con la aurora; tomar la flor de la luz aspirándola con el alma sobre una verde colina; entregar la cabellera á las travesuras de la brisa matinal; descender al cause de un torrente, y sorprender medio dormidas á las ninfas en sus grutas; averiguar los secretos de los insectos en las profundidades de la yerba; tener el oído puesto á la música del silencio; levantar el corazón á los amores impalpables de los espíritus de la atmósfera, y otras por el estilo, son las extravagancias de este necio que pierde tiempo é inteligencia en las felonías y desvergüenzas de las ciudades. En favor de la patria, bien puede uno echar á un lado un mal ministro, poner en calzas prietas á cien pillos, y hacer hervir en santo fuego á los buenos ciudadanos, todo como de paso, é irse al seno de los montes á cultivar la poesía práctica, la grande poesía del cielo y de la tierra, cuyas notas son los truenos, cuyos signos son los ríos caudalosos y los montes. Los enemigos han huido; ya puedo irme sin faltar al punto de honra. A Dios. Si yo fuera un príncipe soberbio, seguro de mi poderío, dijera, saliendo calado el sombrero, con espuelas, y foete en mano, á semejanza de Luis XIV: "Yo volveré á poner las cosas en orden". Pobrecito bien criado, no hago sino abrirles los brazos á los buenos, darles la espalda á los ruines, y que amigos y enemigos me echen sus bendiciones, los unos para

que vuelva pronto, los otros para que no vuelva. Tigre soy, gracias á Dios; jumento no, que desconozco los deberes del hombre cortés y fino: si á alguna de las personas que me han favorecido con sus visitas no le llegare mi tarjeta, atribúyalo á falta de memoria, no de consideración. En todo caso, toque esta mano, que desde aquí se la alargo muy cordial. Ha de volver? no ha de volver este demonio? Muchas y muy grandes son las amarguras que devoramos estos locos que vivimos con el tema de componer el mundo, cuando quizá no hacemos sino empeorarlo: ¿quién sabe? Valga la buena intención, y perdonad las obras, compatriotas, si son malas. Dicen que al fin y á la postre algo hace uno con insistir en un propósito laudable: la constancia, verdaderamente, nunca ha sido estéril. Entre las hermosas, ninguna más llena de virtudes. Constancia es convencimiento, vigor, fe: constancia es buena opinión de sí mismo y de los sobre los cuales estamos insistiendo con una grande idea. Constancia es honra, en cuanto al punto de salirse con la suya. Mentira, mala fe, ingratitude, difamación, perversidad, estas son las negras inhumanas que le cierran el paso al que por medio del bien de todos quiere salir al templo de la gloria. Fuerza para resistir, indiferencia para no caer en la cuenta, elevación para desdeñar, son las dotes de la constancia, cuando ella es ejercitada en cosas que aprovechan á nuestros semejantes. Impertinencias, imposturas, libelos infamatorios, obras maestras del padre Pasquino, vienen á ser como la tierra para esos hombres que, bajo el amparo de la conciencia y el deber, siguen á paso largo por donde la honra, genio hermoso y bienhechor, les va guiando santamente. En este concepto, amigos, volveré, puesto que mi flaco, ó mi vocación, es la pluma. Si no volviere á entre vosotros, tendréis noticias mías de Guayaquil, Lima, ú otra parte. Voy á tomar un baño de poesía, á darme un toque de silencio y olvido en el seno de la naturaleza, á las puertas de las selvas orientales, y procuraré salir león de adonde voy á entrar tigre cebado.

Sin comentario

“Cevallos por no salir mal, ha esquivado el decir que él reconoció también la impopularidad de Gómez, y convino en la necesidad de su renuncia. Ahora resulta que todo lo he hecho yo, como si yo hubiera sido el presidente. Fué de mi parte una simple conversación con el señor Borrero acerca de los asuntos públicos, para lo cual todo ciudadano tiene derecho, y le dije lo mismo que pensaba decirle, y le dije á su tiempo, á Don Teodoro, sin manejos ni intrigas de ninguna clase. Pero no me ofendo la salida de Cevallos, y no quiero desmentirle.”

Respetando la modestia de mi hermano, publico sin comentario, y sin su autorización, las líneas que anteceden, por haberme parecido cosa indispensable.

Fin del N.º 3.

EL REGENERADOR NÚM. 4.º

Los días en que los pueblos hacen esas manifestaciones grandes y ruidosas donde sale resonando de mil pechos este vocablo santo “Libertad! libertad!” son días de la patria: días luminosos, propicios, señalados en los calendarios de las naciones como el equinoccio que hace temblar á los tiranos, subiendo desmedidamente la temperatura de las pasiones que vuelven ilustres y felices á los pueblos. Las pasiones no son móviles perniciosos, ni obstáculos para el bien general; las pasiones son la electricidad de la sociedad humana, sin la cual todo sería muerte, por cuanto el calor es la vida del mundo. Amor á la libertad, odio por el despotis-

mo y la tiranía, anhelo por la civilización, todas estas cosas amables y sonoras son las pasiones, sin las cuales no tenemos sino movimientos físicos, que har- to nos asemejan á cuerpos sin alma que se mueven como por vía de maquinaria; ese mecanismo tene- broso cuyos resortes conoce el verdugo, y los juega hábilmente en las entrañas de la noche. Las pasio- nes elevadas, nobles, cuyo fundamento es la virtud, cuyo objeto es el bien del género humano, han de fermentar de continuo en el pecho de los ciudada- nos que tienen en algo la importancia del indivi- duo y el decoro de la comunidad. Pueblo sin pa- siones ardientes, pueblo esclavo: el fuego es ele- mento de la libertad: la servidumbre nace del hielo, y con todo eso es cosa negra, corrompida que apes- ta el universo. Pueblos, sed apasionados, y viviréis á semejanza del Creador, ó moriréis por las grandes ideás y la honra de la patria. Ni Dios gusta del reposo, dicen los poetas: sale á la bóveda celeste, y vuela rompiendo el aire en su carro resonante: se prende de súbito en el horizonte, é ilumina el hemis- ferio con esa centella rápida que deslumbra y ater- ra: levanta las aguas de los mares, y está braman- do sublime donde nadie le ve, como el genio del abismo. El movimiento es la vida: ley de la natu- raleza. Las aves que vuelan sobre el Mar Muerto caen sin sentido en sus aguas espesas. Pueblos, mo- veos de continuo, si no queréis exhalar esos mias- mas envenenados que matan á las aves del Mar Muerto. El movimiento es indispensable para la vida; corren los ríos, corren los vientos: los astros mismos no se detienen un instante, y unos al rede- dor de otros están formando eternamente ese embo- lismo grandioso que es el orden perpetuo de la crea- ción. Pueblos, moveos, moveos de continuo, á fin de que seáis fuertes en vuestra carrera, y los opreso- res no os detengan con el dedo la gran rueda en que vais girando y adelantando hacia la perfectibi- lidad humana. La inteligencia dormida, la mala fe de los hombres aviesos, el error de los pensadores de las sombras, los fines siniestros de los inicuos, los engaños de los pérfidos, los embustes de los indig- nos tienen por objeto contener á los pueblos que se

van camino de la civilización con más ímpetu y acierto del que conviene á sus enemigos. Sus enemigos son los que sacan provecho de la ignorancia; los que se engordan con el aniquilamiento de sus semejantes; los que brillan con resplandores fatuos, al paso que fomentan las tinieblas; los que le ponen redes; los que le sorprenden con imposturas; los que llaman paz la servidumbre, orden la tiranía, progreso el olvido á los principios, religión el provecho personal, amor el odio oculto, patriotismo la codicia: todos estos son enemigos del pueblo; y cuando el pueblo señala el día de la libertad, el gran día de la redención verdadera, alta y pura, ve sin obstáculo, juzga sin error, obra con tino y grandeza. Los pueblos que se mueven no se corrompen; los que empiezan á moverse, quieren purificarse y correr grandes y majestuosos, á semejanza de los ríos que van hacia los mares frescos y llenos de vida. Pueblo ecuatoriano, el dique de bronce que os había quitado el movimiento, se rompió; y no corréis todavía ¿cómo es esto? Vuestras aguas se han cuajado de puro espesas y negras? Soltaos, moveos, seguid, corred grande y sublime por el campo de la civilización y la libertad. Vosotros guayaquileños, pueblo de valientes, cuyas páginas son de oro en el libro de la patria, habéis dado ya un impulso poderoso al movimiento con que ha de salir la República de esta inercia que la infama. Mil, dos mil, cuatro mil ciudadanos reunidos en una casa, una calle, son el trueno que precede á la tormenta. Cuando de millares de bocas sale á un mismo tiempo esta palabra: Libertad! preciso es que ese pueblo sea libre y grande. Guayaquileños, pueblo de valientes, sed también pueblo de experimentados, de avesados. Los pueblos torpes son tan despreciables como los cobardes: vosotros, guayaquileños, que no sois ni torpes ni cobardes, haced de modo que vuestra obra sea digna de un pueblo sabio. No quiero hablar de mí, porque mi modesta persona desaparece atrás de esta noble figura que tarde ó temprano hemos de poner de pie, la Libertad. La gran demostración que acabáis de hacer, no es al individuo, al escritor simplemente; es al campeón

de los derechos de los pueblos, al oficial de la civilización, á la víctima inquebrantable de la tiranía. Os doy las gracias, no á mi nombre, sino á nombre de la patria. Repitamos el grito sublime que anoche llenaba los ámbitos del Guayas. Libertad! libertad!

Juan Montalvo.

Fin del N.º 4.

EL REGENERADOR NÚM. 5.º

Las leyes de García Moreno

Los que leyeren este escrito se admirarán, sin duda, de que en el corazón del Nuevo Mundo, entre las repúblicas más liberales y democráticas del continente, se hubiese podido plantear y llevar adelante por muchos años el despotismo puro y neto; despotismo, no ilustrado y respetable como el de Luis XIV, sino bárbaro y extravagante como el de la Puerta Otomana.

La muerte del tiranuelo, despedazado á medio día en el pretil de su palacio, en presencia de sus batallones, es la vindicación del pueblo ecuatoriano. Pero como nadie escarmienta en cabeza ajena, hubo un pobre hombre, que á fuerza de llamarse él mismo bueno y leal, creyó que podía ser impunemente malvado á su vez y ejemplo de traidores. Acaban los ecuatorianos de echarle á él también patas arriba, y de poner de manifiesto que se hallan hartos de oscuridad y tiranía. El pueblo que

se resuelve á ser libre, cien veces ha de pasar por sobre sus enemigos. Si comparece otro Garcia Moreno, ya sabe por cual camino se ha de ir á los infiernos. Como el fin de ese singular personaje debia traer necesariamente el fin de su sistema de gobierno, todos se vieron sorprendidos del empeño con que su sucesor quiso santificar al hombre santificando sus obras. El autor de este opúsculo acababa de llegar á Quito después de siete años de destierro. Una mañana, oyendo gran aparato de soldados y música militar en la calle, se asomó á la ventana. Era bando, bando solemne, bando ilustre. El escribano se detuvo enfrente del escritor, *gargajó*, *dió una tos*, se compuso la peluca, se caló las antiparras, y le leyó en las barbas: "Todo el que escribiere ó hablare acerca de convención y reformas de las instituciones vigentes, será perseguido y juzgado por conspirador." Medrados estamos, dijo para sí el Cosmopolita, y se puso á eludir el bando con tal maña y atrevimiento, que á la vuelta de dos meses de tejemaneje, la revolución estaba en el pecho y las manos de todos sus compatriotas. Pero lo que es este librito, fué imposible darlo á la imprenta, porque ¿dónde estaba el impresor que lo admitiera! ¡Y digo si á nadie le gustará que le pasen por las armas; Fué compuesto cuando el presidente *liberal* negó por *un rescripto* la convocatoria de la convención; y lejos de ser tarde, ahora que la tenemos, él viene muy al caso; ya como un justificativo de la revolución que acaba de coronarse pasando por un mar de sangre, ya como indicaciones que pueden beneficiar los legisladores; tanto más cuanto que no hay gran revolución que no tenga su manifiesto, y el de la nuestra hasta ahora no lo hemos visto. Ni quito ni pongo: aquí va la gentil pieza cual la escribí en la calma que había sucedido á la tragedia del 6 de agosto. Hemos palpado que ese pobre esguízaro de Borrero estaba lejos de merecer el favor con que aquí le trato; pero aun en esto quiero ser leal, abundando en la opinión de que, el decoro abona más al que escribe, que levanta al héroe del escrito.

Panamá, Enero 22 de 1877.

Las leyes de García Moreno y la reforma

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Si ruines intenciones inquietan mi corazón y la mala fe mueve mi lengua, Dios me demande; si de mis labios saliere la verdad pura, incitado por el amor á mis semejantes, él sea en mi defensa. Vi al impío fuerte como el cedro: cuando pasé, había caído; cuando volví, ya no le encontré. La justicia divina toma en ocasiones forma de vientos desencadenados, que se estrellan contra los soberbios y los derriban en el suelo: el Todopoderoso no tiene sino que ver y querer para que tiemblen los tiranos: su mirada mata, su voluntad destruye. El Criador de todas las cosas es asimismo el supremo destructor: la existencia y la nada, lo que es y lo que no es, de su seno proceden. Platón, hablando de la Divina Sustancia, dice en lenguaje digno de los inmortales, que la verdad es su cuerpo y la luz su sombra. Habéis oído: la verdad es el cuerpo de Dios, la luz su sombra. Si ocultamos la verdad, negamos á Dios; si apagamos su luz con la mentira, huimos de su sombra, cuando fuera de ella no hay salud para nosotros. La sombra de Dios es fresca, inocente, saludable; vasta, densa, simple: bella, santa, infinita. Conciencia, entendimiento, amor son la sombra de Dios: los que á ella se recuestan, están salvados.

Amaneció un día en que un opresor de pueblos dio por ganada para siempre su causa maldita. Como dueño del pasado, creyese con derecho al porvenir. La sangre de un pueblo le había robustecido; la esclavitud, hechicera siniestra, le había comunicado espíritu de muerte con un filtro satánico. Firme es la soberbia: volviendo la vista á un lado y otro, no ve sino esclavos, y nada teme. Pero la tiranía es árbol sin raíces: alto, zahareño, nudoso,

permanece en equilibrio, mientras los pueblos no hacen viento, muriéndose con la nefanda enfermedad de la servidumbre. Si alzan la cabeza, la tiranía vacila; si levantan el brazo, cae y se rompe y queda destruida. Cayó, se rompió, fué destruido un tirano. El pueblo hizo viento, el árbol sin raíces no tuvo á qué agarrarse, y dió consigo en tierra crujiendo lastimosamente. O vosotros á quienes las virtudes ó los crímenes tienen puestos en la cumbre de la gradiería social; vosotros que regís á los hombres llamándolos emperadores, reyes, presidentes, vosotros, condecorados y poderosos, sabed que el afecto de los pueblos son las raíces de los que mandan: el temor es cimiento falso; el odio, piso compuesto de cenizas abrasadas.

Por un designio visible de la Providencia sucede que los pueblos, esos que unidos con el vínculo de la civilización componen la parte respetable del género humano, obedecen á un impulso general que les lleva adelante por la senda del mejoramiento, tirando hacia la perfección. Cada época tiene su aspecto, su carácter: poco más ó menos imperios, reinos, repúblicas profesan unos mismos principios, practican unas mismas virtudes, propenden á unos mismos fines, y á ninguno le es dado apartarse de ese gran movimiento, sin causar disonancia en la vasta armonía de la sociedad humana. Hacer pié contra la corriente de las ideas, es rebelarse contra ese soberano que se llama progreso, y quedar molido bajo la rueda del tiempo. Ni Dios gusta del reposo: la eternidad, que se nos presenta á la imaginación como un mar inmóvil é insensible, tiene movimiento igual á su grandeza: gira sobre sí misma, y va presentando á la mirada del Altísimo las revoluciones de los siglos y las cosas. A cada vuelta suya un abismo se ofrece á nuestros ojos, y allí cae y se huende nuestra inteligencia. El universo es la acción: todo se mueve, todo adelanta. Las cosas que llegan á su término, perecen; mas en cuanto existen, han de obedecer á las leyes á que están sujetas. Las civilizaciones antiguas tienen un aspecto común que las vuelve unas; los

pueblos de Europa, en la Edad Media, todos se parecen entre sí; y este agente claro y esforzado que llamamos siglo. XIX, imprime en las naciones los perfiles que las vuelven hermanas, hermosas y amables. Los pueblos egoistas que por orgullo ó por política profesan el aislamiento, no suelen ser los más felices. El Celeste Imperio no había dado un paso durante veinte siglos: largo fué el reinado del látigo y el palo: su muralla le ponía en cobro de las arremetidas de los tártaros, los mares favorecían el necio despego con que miraba á los demás habitantes de la tierra. Ni su muralla le ha librado de conquistadores, ni los mares de civilizadores: los cañones de Francia y la Gran Bretaña rugiendo á sus puertas, y retumbando por los ámbitos del Asia, le han hecho ver al hijo del sol que allí llegaba el siglo monstruo, el siglo de la sabiduría práctica, si así llamamos los descubrimientos y las aplicaciones estupendas con que hacemos por nuestro bienestar y nuestra gloria.

Poco hace al caso el nombre, si las instituciones son tales, que una monarquía no le pida favor á una república en orden á libertad y garantías sociales. La forma de gobierno no consiste en las palabras sino en los principios, no en el humo sino en la lumbre de las cosas. Monarquía puede haber donde los ciudadanos sean completamente libres, y república donde no lo sean sino por irrisión, y el pueblo halle sus cadenas en las leyes mismas. Por donde puede verse si el buen paso de las sociedades humanas está en el sonido y no en la esencia de las cosas, y cuán grande es la malicia de los perversos cuando venden por libertad la servidumbre, y llevan al mercado esos cordones de hombres pálidos, con orden de ir gritando por las calles: Somos libres; somos libres;

Cierto pueblo de la antigüedad tenía creído que aplacaba á sus dioses con sacrificarles puercos en pintura: los tiranos aplacan á los genios de la república con mostrarles hombres libres de fingido. ¡Cómo si la Divina se dejara llevar de apariencias, y no tocara la esencia misma de lo que se le ofrece!

La libertad del alma es asunto de la psicología.

gía, la libertad civil de la política. Hablamos del hombre libre por las instituciones, por las leyes; de los hombres considerados como partes del gran todo de la Nación; de los ciudadanos unidos por propia voluntad con fines tan provechosos como indispensables. Según Blackstone, el derecho del príncipe es el único principio de la asociación civil, siendo un abuso de la demagogía la forma republicana, que no existe para ese tétrico, horrible paladín del despotismo. El contrato bilateral que Locke señala por fuente de leyes y poderes, es una utopía, que para nosotros republicanos viene á ser un injurioso absurdo. El contrato que admitiese dos partes contratantes en el hacer de las leyes, daría al través con la soberanía de la comunidad: ¿cuál es el individuo que celebra un pacto con un pueblo, arrogándose él sólo tantos derechos como todos juntos? Si estos no delegaron en él los suyos, de dónde los tiene? Este error de Locke no menoscaba el aprecio y el cariño con que los pueblos acostumbran pronunciar su nombre, como el de uno de sus más arduos benefactores; al paso que tras el sistema del otro asoma la cabeza de ese monstruo que los insensatos llaman *derecho divino*. Esto era lo que Blackstone quería.

Derecho primitivo, innato de gobernar á los hombres, nadie posee; y como mandando y obediendo todos fuera imposible la asociación general, han venido en delegar sus poderes en uno solo de sus miembros, ó en varios, ó en muchos. El primer caso da origen al despotismo, el segundo á la oligarquía, el tercero á la monarquía templada y la república. Cada uno de estos modos ó formas de gobierno puede ser legal, según que las naciones los prefieran unos á otros. El punto finca en demostrar, si uno que en el nuevo continente se titula gobierno republicano, representativo, electivo, alternativo y responsable, es ó no el más despótico, personal, absoluto, exclusivo y tiránico que nunca ha visto Sud América. La constitución de esta pretensa república llenaría de júbilo á Hobbes, el furioso campeón del poder absoluto; y el manso, bueno, justo Locke sentiría llenarse de sombras su generoso, pecho.

Los tres poderes que constituyen el gobierno van á dar todos á un hombre en el despotismo: el príncipe es legislador, ejecutor de las leyes, administrador de justicia. En esta forma de gobierno el equilibrio de los poderes no tiene cabida: semejante á un espejo cóncavo, absorbe todos los rayos del sol, y el déspota es muy dueño de agraciar con ellos á sus súbditos, ó de tragarse la luz y convertirla en tinieblas en sus voraces entrañas.

En la monarquía templada la soberanía reside en el pueblo, y por medio del sufragio universal, el parlamento es el legislador. El rey tiene el veto, goza de prerrogativas y exenciones que le vuelven superior á los simples ciudadanos; pero de esto á mantener suspendida sobre sus cabezas la cuchilla del exterminio; á disponer de vidas y haciendas; á promulgar la voluntad propia por ley sin contrarresto, no va poco. La monarquía constitucional, en los reinos donde esta forma de gobierno es cosa efectiva, y no una amable quimera, ofrece una gran suma de felicidad. Después de la república pura, bien ordenada y regida, ella es la forma que más conviene á los pueblos.

En la república democrática los tres poderes tienen límites tan señalados, que ni el legislativo extiende el pié hacia los dominios del juez, ni el poder ejecutivo mueve un dedo en lo perteneciente al legislativo, sin violación escandalosa de la carta fundamental, y sin volverse buena presa del procurador de la nación. Si el presidente hace irrupciones de hecho en el recinto de las leyes, será usurpado; si las hace por derecho, aunque indirectamente, será déspota ó semi-déspota, y la forma de gobierno sólo para escarnio del pueblo se llamará republicana.

Tan necesaria es para la libertad la oposición, que en ninguna de las repúblicas antiguas ó modernas consideradas perfectas, falta un contralor que tenga las riendas al abuso. El abuso anda desde luego con pasos atentados, con vista solícita y averiguadora. "Oprimámosles con prudencia", dice. Si no halla qué temer, asienta el pié, sigue adelante fuerte y garboso. Si nadie se le opone, ó se considera hartamente seguro de su fuerza, da trancos de cíclope, todo lo

atropella ciego, enfurecido. El triunfo mismo le irrita; bornea su martillo á diestro y siniestro, no para formar el mundo como el genio creador de los escandinavos, sino para destruirlo como el espíritu de la muerte. Si nadie le sale al paso, no hay lugar respetable para el abuso: romperá por el *Sancta Sanctorum*, y allí cometerá pecado: el *Principium* será para él la puerta de los vicios.

Casi siempre los pueblos tienen la culpa de su servidumbre: bien como el ebrio de profesión ha empezado por calentarse, ha seguido por divertirse, y punto por punto, engañándose á sí propio ha dado en borracho de remate, así el pueblo sufrido é imprudente va rindiendo á pausas el cuello al yugo de la servidumbre. Hoy admite una ley sospechosa; mañana sufre se promulgue un reglamento inicuo; el otro día deja se le aplique un código perverso, y cuando menos se lo piensa, está esclavo. No digo que viva conspirando y dé buena cuenta de sus enemigos por cada uno de esos hechos: la razón y la palabra para algo han de ser; y estos que en nuestros tiempos llamamos derechos de petición, asociación, reclamo, vuelven innecesario el de insurrección, cuando los gobiernos se atemperan á lo que mandan la justicia y la prudencia. En los pueblos libres de la antigüedad la esclavitud era imposible. En Esparta, por ejemplo, el rey no podía ser tirano; el senado se le oponía. El senado no podía serlo; el éforo estaba allí; el éforo tampoco, pues el rey se le avocaba. De estas tres potestades que se impelen y contienen cuerdamente, dimana el ritmo duro, pero firme, que es la libertad de Lacedemonia.

Donde no hay punto de equilibrio entre los poderes públicos, la libertad no existe: si el senado prevalece sin miramiento ninguno por los demás, la forma de gobierno es oligárquica; si el ejecutivo prepondera, es despótico. La republicana, la verdadera republicana, delicada cosa es: la virtud es su móvil, y las naciones que consiguen plantearla y afirmarla, son las más felices.

La obra de un tirano consumado no puede ser buena. Cómo ha de ser representativo gobierno en el cual el presidente tiene de la oreja á los

legisladores y les manda con el pié? Los representantes de la verdad hablan de buena fé; los representantes de la justicia son justos; los representantes de las luces resplandecen; los representantes de la virtud la practican: todos tienen noble continente, y cuando un atrevido se llega y le toca la barba á un senador ilustre, éste levanta su cetro de marfil, como el viejo Papirio, y le hiere en la frente. Cuál de vosotros, diputados por el pueblo ecuatoriano, le habéis herido en la frente con el cetro de marfil al bárbaro que de costumbre os ha mesado las barbas? Si nunca habéis representado sino el despotismo, vuestra forma de gobierno no puede ser republicana. Diréis por ventura que el abuso no es la forma; y que bien pudo el tiranuelo haber hecho eso con vosotros, sin que el gobierno fuera monárquico ó despótico; mas yo lo tengo por tal, y nada menos, á ese cuyas facultades en punto á legislación sobrepujan á las de los legisladores.

Electiva. Cómo ha de ser electiva la forma de gobierno, cuando el Dictador tiene en la mano todos los hilos de la elección, y la hace bailar como le gusta; Pueblos! venid á sufragar libremente. Hermanos! de morir tenemos. . . . Tal es la convocatoria con que asorda la nación ese virtuoso republicano. El cadalso es el altar de la patria, el verdugo el sacerdote: de este modo se consuma el sacrificio de un pueblo en aras de la servidumbre. Si vicepresidentes, gobernadores, corregidores, tenientes parroquiales fueran ciudadanos libres, respetables, en quienes los pueblos han puesto los ojos atraídos por el fulgor de las virtudes, pudiera ser buena la elección; pero si todos esos no son empleados de ella sino del Dictador, quien puede echarlos á patadas, sin delito ni causa. ¿cómo el sufragio á de ser la obra sublime con que los hijos de más felices climas hacen cada año acto posesivo de sus derechos políticos y sociales?

Alternativo. Pues digamos que lo es el gobierno que en cien años no pasa de unas manos á otras: cien años son, y aun más, los quince nefandos en que la patria ha perdido hasta el recuer-

do de haber sido libre en algún tiempo. La goberación del Ecuador ha alternado entre los dedos de un tiranuelo: hoy con el índice, mañana con el pulgar; un período con el anular, otro con el mayor. Al fin le tocó al meñique; y cuando iba á posesionarse del mando con este dedo sublime, como quien se escarba la oreja, él de Dios se estendió sobre él; y vieron unos niños la señal, fueron y le mataron. Entre la vida y la muerte no alternamos: vivimos una vez, morimos otra. La época de la vida es corta, volandera: pasa como un ay. Felices los que de ese instante no hacen un siglo de malas acciones. La otra es larga, interminable: dichosos los que no viven aterrados de su inmortalidad, y están dando eternamente gracias á Dios de que su existencia en el mundo hubiera sido tan fugitiva.

Responsable. *Pur troppo.* Gobierno cuyo primer magistrado no reconoce juez será responsable á dicha? Lo reconoce, para escarmentarle, si con él quiere hacer justicia. En siendo responsable este gobierno, el presidente vitalicio hubiera quizá tenido buena muerte, porque mil veces le hubieran juzgado y depuesto; y así, persona particular, simple ciudadano, no fueran sobre él Armodio y Aristogitón y le quitaran la vida. Pues qué habia sino traerlo al banco de la república, juzgarle, condenarle y castigarle? preguntan los partidarios de Blackstone que mangonean de hombres libres. Quién le juzgaba? quién le condenaba? quién le castigaba?

Había en cierta villa un católico ciudadano llamado Misifud. La gente, esto es los ratones, ya no podía con ese demonio. Historiadores hay y santos padres que afirman que en ocasiones pillaba dos, y aún tres de tiro, porque así les daba tiempo de ponerse en salvo como volverse protestante. Reunieron en Consejo (si no fué consistorio) aquellos buenos trogloditas sobre él como se habían de precaver de las insidias de su perseguidor. Tan luego era expuesta una proposición como desechada: ninguna iba derechamente al blanco de la controversia, ni era harto eficaz que remediase el mal sin nuevos inconvenientes. Uno pide se forme una

legión romana compacta é infrangible, de esas donde el enemigo se estrella como contra una roca; y aún quiere que el sexo hermoso se eche á las quijadas un buen mazo de barbas militares, y corone las murallas, á semejanza de las damas de Aquileya. Otro insinúa la idea de tomarle dormido y cargarle de cadenas, cual á nuevo Guilliver. Este opina por que se haga rodar sobre él un peñasco, al modo que los Decenviros mandaron hacer con el tribuno del pueblo. Ese perurge por que se le ahuyente con resinas inflamadas, ni más ni menos que si se tratara de los elefantes de Pirro. Uno que presume de más sabio, se levanta en pié, y dice: Soy de parecer que se le ponga un cascabel al cuello: de este modo oiremos su presencia en tiempo hábil, y que nos coja el maestro. Todos aplauden el descubrimiento, y *nemine contradicente* convertido es en resolución. Un viejo de barbas como espárragos que se había estado sin decir mote, si hemos de hablar la lengua de Lorenzo Segura de Astorga; sin decir mote, por orgullo quizá, como Zenón de Elea, ó porque sabía que el silencio es oro, alza la cabeza y pregunta con remanso inimitable: ¿y quién le pone el cascabel al gato?

Aristóteles, en su Retórica, dice Capmany, da á los apólogos particular excelencia para persuadir. Si esta fabulilla ajena convertida en apólogo propio, y adornada por nos con harta pedantería, no tiene la fuerza que les da el Estagirita, no nos queda esperanza de convencer á los escolares de Hobbes, si no tronamos y relampageamos á la manera de Demóstenes. Pero aún no nos hemos ejercitado en la elocuencia con arengar al océano enfurecido, ni en este país de verde grama hay chinitas con que nos afinemos la lengua. Triunfe pues el tiranuelo hasta en la sepultura, en tanto que haya quien le ponga el cascabel al gato.

Republicano. Óómo ha de ser republicano gobierno que no es ni representativo, ni electivo, ni alternativo, ni responsable? "Todo está tranquilo; escribía no ha mucho una persona de cuenta; pero siempre con nuestra carta de esclavitud." Don Teodoro Gómez de la Torre está en un corazón con

Cárlos de Secondat, barón de Montesquien. Por regla general, dice este gran observador de las humanas sociedades. siempre que todo el mundo está tranquilo en un estado que se llama republicano, podemos estar ciertos de que la libertad no reina allí.* La inquietud de los atenienses y el afán de los romanos por la cosa pública son indispensables para que las leyes sean prendas de pundonor y bienestar, y los asociados, gosando de sus derechos y cumpliendo sus deberes, descuellen gloriosamente sobre esos pueblos tristes que parecen naturales á la servidumbre. Los capadosios rehusaron la libertad ofrecida por sus conquistadores, y por eso la historia les llaman infames á boca llena. No solamente hemos de aceptar la libertad, pero la hemos de exigir, la hemos de obtener, la hemos de ganar á costa de la vida. Ella es el alma de los pueblos, y por eso dijo un bardo antiguo, que los dioses le privaban de la mitad de la suya al que le esclavizaban. Don Teodoro Gómez de la Torre abunda en razón: *nuestra carta de esclavitud* que su hermano Don Manuel tiene alzada en su diestra vencedora, abriga disposiciones que harían figura en la constitucion de la Sublime Puerta. El cuerpo legislativo tiene facultad para proponer leyes; convertirlas en tales, solamente al Poder Ejecutivo le es dado. Viene una ley al palacio de gobierno: al presidente no le gusta; la devuelve. Insiste el congreso con genuflexiones redobladas: su excelencia es hombre de punto, tiene sangre en el ojo. Iglesia me llamo: *salus tyrannis suprema lex*. Encarpétanse los proyectos de ley hasta la siguiente legislatura. He ahí anulado el Poder Legislativo por dos años. En el período que viene vuelven á las andas, torna el mismo tejemaneje; y como nada le conviene más al Dictador que la energía, se levanta luego á pié, é mete mano al acero, é comienza á espadear muy fieramente, é da tamañas feridas, que al que alcanza bien, no ha menester maestro.

* Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence.

En esta dichosa República el presidente es un caballero andante: todo lo acomete, todo lo consigue. Una sabia encantadora le tiene debajo de su amparo y resguardo, y no hay empresa ni aventura que no tome sobre sí. La hechicera Malfado le atiende en forma de Constitución; y como su lanza es encantada, el valeroso caballero se lleva de calles á cuantos son *sus pueblos*. Al bien quisito con los dioses le siguen Minerva en figura de un hermoso anciano: la sabiduría honesta no se encarna en una horrible bruja, ni busca honra y protección en la alianza de un trotaconventos que recibe del demonio su habilidad infame.

Las constituciones de Atenas y Roma contenían grandezas como la siguiente: las leyes emanaban del Poder Legislativo, y regían por un año. Al cabo de este espacio de tiempo, si el pueblo daba su sanción, quedaban perpetuas; si no ya no eran leyes. En una República democrática moderna, el presidente es el pueblo: tiene el derecho de sanción, el de objeción, el de insistencia, y la que prevalece no es la cámara! Entre qué gentes estamos?

Donde el Poder Ejecutivo tenga mano y dominio en el recinto de las leyes, no existe república. El derecho de objeción, vaya en gracia por una vez; pero qué razón sufre esté objetando hasta desatinar á los legisladores, porfiando hasta disgustarles, gritando hasta ensordecernos? No hay proyecto que venga á ser ley antes de cuatro años, si el presidente no lo quiere; y después de esa larga temporada, todavía le quedan resquicios y escapatorias por donde se salga con la suya. Si la nación se hallare en la necesidad de una ó muchas leyes, no habrá poder que se las dé, por que hay uno que tiene el derecho de tapaboca; y como nadie sino él tiene derecho de taparrabo, no hay cosa que esté segura en su presencia. El Poder Legislativo, en la República del Ecuador, está eliminado por la constitución. Este cuerpo, augusto por el número, brillante por las luces, venerable por la experiencia, necesario por los fines, es un estropajo vil en manos del dictador, que ni le deja facultades, ni le exige

virtudes. En los pueblos que viven para lo grande, el senado es una *junta de dioses*. Cuando el tirano sale de él exclamando: Oh hombres, nacidos para la servidumbre! no hay honra, gloria ni felicidad.

De un brochazo dado como al descuido barreó el Poder Judicial el autor de la constitución-modelo. Se arroga la facultad de perdonar sin exámen ni razones, y vuelve inútiles é irrisorios juicios y sentencias de los tribunales. El Ozar de Rusia tiene el derecho de perdón: los que él perdona vuelven de la Siberia: los magistrados de la república no gozan sino el de conmutación, y ni aun en esto son absolutos. Hemos visto á Monsieur Thiers bregando con la *comisión de perdones*, y suplicando en vano por el comunista Rossel: *la Asamblea*, por medio de sus representantes, no quiso perdonar ni conmutar, y el presidente nada pudo. La República francesa, perpetuamente motejada de monárquica, concede al suyo menos facultades que la nuestra, denominada democrática, por burla. Propender á la clemencia, siempre es una virtud en las leyes: nadie llevará á mal que el soberano mitigue el rigor del juez, suavice la dureza de la ley. Astrea es inexorable, pero no tiene pactos con la sanguinaria Némesis. El exceso de justicia viene á ser venganza. Mas en qué gobierno responsable se ha visto que el presidente goce de la facultad inrestricta del perdón? Nadie sino él tiene que ver con delitos y delincuentes; á nadie sino á él le incumben y atañen la gracia y la pena. Subversión monstruosa de todos los principios sociales y políticos, usurpación horrenda de las facultades del más santo de los poderes! El que se halle en gracia con el autócrata, le reciba la saliva en la mano, le escancie el vino, le ejecute *sus piratas y bandidos*, ese tiene carta blanca para crímenes de todo linaje: puede robar, falsificar, violar, matar: su dueño le perdona.

Un empleado del Dictador tiene tres causas criminales. En las dos, el juez ha declarado con lugar á proceder; qué digo! ha recaído sentencia, y se hallan en apelación. Vuelve los ojos á su señor el delinciente: perdido está si él no le sal-

va. García Moreno ordena suspender los juicios; tiene el derecho de inhibición, es Justicia Mayor de Castilla! Se opuso á los procedimientos judiciales, perdonó la pena que pudiera haber recaído sobre el reo, le declaró inculpable é impecable como el papa, y le autorizó para que siguiese haciendo de las suyas. El reo, hombre incauto, para *manifestar su inocencia*, dió por la imprenta la historia de esta infame conspiración contra la justicia; y por aquí contra la república, contra el género humano, contra Dios. ¡Y nada había hecho el Dictador con que saliese de la órbita de sus atribuciones!

Justicia, divinidad augusta, ¿dónde reinas? ¿qué haces de tus decretos? Un sátiro horrible está ahí que se burla de tu balanza, echando en uno de los platos sus odios ó sus cariños, sus iras ó sus mansedumbres, sus condenas ó sus perdones. Absuelva el juez al culpable; el culpado ha de sufrir la pena, ó no hay moral ni seguridad en la tierra.

Los dos poderes sin los cuales no se da gobierno ajustado á la razón, el legislativo y el judicial, son dos fantasmas visibles, pero insensibles, en el país del Ecuador: son los puercos pintados con que esos antiguos de quienes os hablé ahora poco regalaban á sus dioses. No ven ni oyen, no hablan ni se mueven: sordo-mudos gigantescos, allí se están cual figurones de bocas abiertas para adorno de la república. Figurones vacíos, cabezas encantadas puestas sobre trípodes artificiosos, sirven de depósito al pensamiento y la voluntad del hechicero, de conductor á sus oráculos. Esas cabezas no suelen ser tan inocentes como la con que tuvo que hacer don Quijote en Barcelona: don Enrique de Villena, Alberto Magno eran vistos con suma desconfianza; y cuando éstos hacían hablar á sus cabezas era cierto que el demonio tomaba cartas en las cosas del mundo. Cabezas sin cerebro, pecho sin corazón, lenguas sin movimiento natural, son cosas malas. Cuando dos filas de cabezas encantadas, puestas ahí á modo de divinidades fabulosas ó de leones de piedra se llaman congreso, tened por sin duda que

el mágico que las hace hablar es un tirano consumado.

Sólo el Poder Ejecutivo tiene vida propia: alto, amenazante, allí se está cubierto de todas armas, *catafractos*, como dice el griego. Trae cota de malla, escarcelas, canilleras: brazales para el brazo, manopla para la mano: su rostro está seguro con la celada, su cráneo con el yelmo. Viste loriga, y sobre todo se echa un manto de púrpura, con lo cual cobra aspecto de emperador antiguo. Su escudo se compone de siete cueros de buey colocados uno sobre otro: no hay flecha que le pase, no hay tiro que le hiera. El sí, paladin esforzado y valeroso, mueve sus armas, y sus enemigos caen. Alcides invensible, carga maza. Derriba *malhechores*, les corta la cabeza, y se la guarda en su bolsa de piel de león. Sable, lanza, puñal, instrumentos de su empleo. Los cañones son los centinelas del palacio, negros y furibundos cual los osos de Valentiniano. *Ratio ultima regum*, la divisa de su alcurnia. Sale á la calle encambronado, interesante, con una pluma de gallo en la cimera. Pero si deja por descuido el capillo de hierro, su zolloa calva y resinosa provoca la electricidad descendente, el rayo cae sobre él, le pulveriza.

Sólo Dios es grande, hermanos míos, exclamaba un gran predicador sobre un ilustre de la tierra de cuerpo presente. El cadáver no es grande ni pequeño, rey ni súbdito, aristócrata ni plebeyo, monarquista ni republicano, liberal ni conservador, católico ni hereje, impío ni devoto, rico ni pobre, valiente ni cobarde; el cadáver es un conjunto de huesos cubiertos con una capa lívida, que ya va á caerse en pedazos podrida y asquerosa. En vano prevalece uno por la soberbia: en lo más fuerte, lo más afortunado, lo más firme de la vida, sopla una sombra por ahí, y queda convertido en tierra, en vil tierra. Tirano ¿para qué? Mañana me matan; y el día que perezo nadie me obedece, nadie me oye: mi cólera no intimida, mi voluntad no impera: valor, audacia, ímpetu, hojas son de árbol petrificado que no susurran por más que los vientos pasen y vuelvan por sobre ellas. Los efectos de mis órde-

nes, el ruido de mis hechos, las campanas de mi gloria, todo es silencio. Tirano ¿para qué? Mañana me matan, y no queda sino mi memoria, funesta para los hijos de mis víctimas, execrable para el filósofo, digna de compasión para el hombre caritativo.

El presidente del Ecuador no es hombre como cualquiera: las leyes le dan cien ojos; es un Argos: las leyes le dan cien brazos; es un Briareo. Gigante en todo caso, á quien invisten de su fuerza todos los poderes, despojándose ellos mismos; á quien amayoran los ciudadanos, menoscabando su propia elevación, para volverle hijo de la Tierra. Como tiene cien ojos, todo lo ve, todo lo sabe el presidente. Las paredes han de conservar sus mechinales por donde el meta un ojo averiguador y siniestro: conciencia, honra, amor son contrabandistas: allí les toma infraganti, y da con ellos en la casa del dolor, esa casa que él ha levantado amasando los sesos de sus hermanos con lágrimas y sangre: argamasa á prueba de pico, secreto horrible descubierto por un operario del demonio.

En nombre del rey, en nombre de la ley, el presidente puede echar puertas abajo, y las echa. Si hay quien resista, Eh de mi guardia! llegan alabarderos y maceros, y allí fué una familia. Tiene derecho de allanamiento. Para él lo sagrado del hogar doméstico es profano: entra á cualquier hora sorprende á la doncella á medio vestir, pasa por sobre los niños, remueve, levanta las cenizas del fogón dormido. Los dioses lares son jocosos y burlinos: fuego sobre ellos! Y el templo, el templo de la pudicicia femenina que en Roma era el más santo é inviolable no alcanza más respeto que una casa de mancebía. El candado es el sello de la conspiración: puerta cerrada, puerta criminal: no quiere romperse? por las ventanas! Arriba, valientes! El gobierno es un héroe; corona los balcones: extiende el brazo, vuelan las vidrieras. Dón le están los traidores? dónde los bandidos? Ni el lecho, ese mueble respetable donde se refugia la vergüenza, goza de fuero alguno contra la investigación impía que descubre secretos y desgracias,

estos genios del traspatio que suelen dejarse estar en un rincón enfermos y abatidos. El presidente tiene derecho de allanamiento: debe saberlo, debe constarle todo, para castigar, para escarmentar, para exterminar. El presidente tiene derecho de exterminio. Los hombres, como no sean de los suyos, todos son proscritos: les hallaron? á la plaza, donde les den de azotes, ó les vuelen la tapa de los sesos.

Una ocasión que el Embajador de Esparta exigía de Pericles una cosa negada por las leyes de Atenas; como éste resistiese: Volved por un instante las tablas en que están escritas, exclamó el hijo del Eurotas, y así no se dirá que las habéis violado. De este consejo del esparciata sacó una ley el legislador de los ecuatorianos: voltea la tabla de las leyes, y, sin transgredirlas, hace lo que quiere. En su mano está el *justicium*, ese poder terrible delante del cual se desvanecen garantías y derechos sociales. Blackstone y Hobbes están de triunfo: no hay más que una voluntad, un poder en la República. Ante el príncipe, como ante Dios, todos son gusanillos á quienes él pisa y anonada. Hacienda, vida, honra, gajes de la dictadura. Quién respira? quién se mueve? Todo es muerte. Y tú, columna del despotismo; amigo, confidente del verdugo, que vas y te postras ante el patíbulo, y adoras á tu Dios teñido en sangre; tú, De Maistre, has formado una nación, la has vuelto feliz, has impreso en ella los caracteres de la perpetuidad por arte mágica, puesto que ni los buenos se atreven á poner la mano en tu obra, como en el arca santa.

Qué ruido se oye? La ley marcial, á son de caja, recorre la nación, pone á temblar á grandes y pequeños, ricos y pobres, culpables é inocentes. Una impostura, una mentira forjada por el Dictador mismo, le sobra para sus fines: no hay quien averigüe la verdad, no hay quien pida comprobantes. El esclavo no discute, obedece; la cabeza encantada no discurre, habla por máquina. Los consejeros de gobierno, de libre nombramiento y remoción del Poder Ejecutivo, así pensarían en oponer-

se á los caprichos del Dictador como en dejarse pelear las barbas. El presidente tiene cartas, denuncios, fundametos: el *justicium*, el *justicium*! La República está en estado de sitio: leyes, códigos, tribunales, nada existe. El ejecutor, arrastrando su loba negra con llamas de fuego, alto con su turbante rojo, recorre la ciudad, la cuchilla en la mano. Tras él viene crujiendo siniestramente esa máquina espantosa que se llama cadalso: todos tiemblan y se esconden. Ciudadanos al cuartel, casas en embargo, muebles á remate. El sitio es la dictadura: la dictadura no reconoce límite á su poder: todo lo mata, todo lo destruye, si lo quiere.

Demos de barato que el Consejo de Estado se opusiese á los furores del presidente, contradijese *sus noticias*, le negase cooperación: el presidente "puede ó no conformarse con su dictamen." Véis aquí en manos de un hombre solo la facultad horrenda de declarar la República en estado de guerra, y no ha menester razones! Si el presidente es malvado ó insensato, ¿qué será del pueblo? Si es hombre de bien y cuerdo, á cada paso está en un tris de corromperse. Delitos y crímenes no son nuestro pan de cada día sino porque nos los impiden, nos los castigan. Séanos dado el consumir impunemente todo género de acciones, y díganme los mejores, me tiendo la mano en el pecho, ¿cuántas casas habrían que no fuesen incendiadas, cuántas riquezas que permaneciesen donde están, cuántas mujeres que hubiesen menester palma y guirnalda? Seguridad, impunidad son incentivos del crimen. El que resiste á él, será hombre de virtud; pero las naciones no quieren ser libres por favor, sino por derecho. La libertad natural la tenemos del Altísimo, la personal de la naturaleza, la política de la sociedad humana. Somos libres porque lo somos, no porque un individuo consiente en que lo seamos mientras á él le agrada. Cuál es el insolente que tira á endulzarme los oídos con esta amarga cláusula: Te permito que obres como libre? El que por ley tiene derecho á tratarnos como á esclavos, y nos trata como á libres por pura bondad, será amo bueno, pero

amo. Nuestro gobernador no es nuestro conciudadano, es nuestro dueño: puede encarcelarnos, expatriarnos, fusilarnos. García Moreno hacía todo eso, y "ha muerto como perro."* Borrero no hará nada de eso; mas quién le ha dicho que hemos buscado en él un amo, puesto que no nos azote? Por qué se aferra sobre esa escritura de esclavitud que ha envilecido y abrutado á sus compatriotas? Qué piensa? en qué cavila? Cuarenta mil sufragios le hemos dado nosotros; y él nos niega el suyo, uno sólo! Si por veneración al espectro de cabeza partida que tiene por delante se empeña en mantener intacta su obra, este hombre declara fuera de la ley al pueblo ecuatoriano, y le hace el grave insulto de decir que en el tiranuelo ha perdido una prenda de felicidad. Si tiene creído que las actuales instituciones son las que más le conviene, jura falso, pues acaba de declararlas *viciosas* con sus labios. De dónde viene á suceder que instituciones viciosas, leyes absurdas, códigos inicuos sean cosas venerandas para un hombre en cuya alma ingenua y benigna habíamos puesto los ojos? No quiere ser, y no será, tirano de hecho; mas lo es de derecho. Leyes dictadas por legislador como el que estamos llorando, tienen el poder y la sabiduría de engendrar tiranos. Si no los hacen, el déspota por lo menos ahí está, con las prerrogativas del Gran Turco, las condecoraciones del sehah de Persia. Nosotros queremos un Lincoln, un Johnson, presidentes democráticos, sujetos á las leyes como todos los ciudadanos; padres no, sino hijos de la República. Los padres de la patria casi siempre son como Saturno: cuando se han comido á sus hijos, se ponen á devorar piedras.

Aguarde osté, seo guapo: no somos terremoto, contesta por ahí un gran ministro. Cochite hervite todo sale mal cocido: por defuera parece tostado el pan; por dentro, la masa está cruda; y usted sabe que estas cosas hacen daño. Cepos quedos, señor mío, replico yo. Las naciones de largo tiempo ha-

* «Star & Herald», 20 de Agosto.

bituadas á la servidumbre, donde el despotismo es natural, en cierto modo, y la esclavitud no tiene memoria, podrán quizá sufrir un empuje tempestuoso á una súbita aparición de la libertad; mas ningún peligro corremos, si de golpe nos apoderamos de todo lo que nos han robado por fuerza ó con astucia. Para esclavitud, largo tiempo es el de quince años; para que la libertad nos perjudique, es un instante ese período. La luz no ofende á la vista sino después de prolongado encierro, y la hemos de ir tomando á pausas; pero quién se queda ciego porque salga al sol de una mazmorra en donde le precipitó un bandido?

Dejémonos de argumentaciones que no son sino triquiñuelas preñadas en malicia: escatimar á los pueblos lo que les debemos si estamos á conciencia, es un error en cuyo seno puede sentarse y desenvolverse la desgracia. Borrero ha jurado defender y sostener la constitución; en hora buena. Pero ha jurado también oponerse á que el pueblo, verdadero soberano, dé con ella en tierra? ha jurado mantenerlo uncido al cadáver del tirano? ha jurado hartarle de sombras é ignorancia? ha jurado impelerle por la senda opuesta á la que siguen todas las repúblicas del Nuevo Mundo? ha jurado que nos avendremos al régimen de García Moreno? Nadie puede jurar por otro: si el presidente juró que ansiamos la continuación de la servidumbre, hizo un juramento absurdo. Juró defender y sostener la constitución y las leyes; defiéndalas, sostén galas en cuanto ellas están de pié: de esto á oponerse á que la Nación las declare caducadas, no va menos de un mundo.

Han hecho en nosotros un depósito: lo guardamos, lo defendemos, porque á esto nos hemos comprometido. Si el dueño lo reclama, no nos es dado rehuir la entrega de la cosa, so pretexto de que ofrecimos conservarla y defenderla. El pueblo es dueño de su suerte: la pide para darle nueva forma: dónde está el jurisconsulto que resuelva no haber obligación de entrega en el depositario?

Te han quitado tu hacienda, te han dejado en la calle unos perdidos. Cómo! ni la capa te veo sobre

el hombro? No te mueras: dentro de dos años te será devuelto un cuarto de tu casa. Transcurrirán apenas cuatro, cuando tu caballo sea de nuevo en tu poder. Tenías vacas, bueyes? Qué plepa! y no lo dices. Ocho años pasan como ocho suspiros: allí vienen esas bestezuelas, cógelas. Mucho será que no te ocurra haber perdido también el dinero sonante: mosca! Si te empeñas en reclamarlo, lo tendrás por reivindicación dentro de doce años á lo sumo.

El que esto estaba oyendo, quisiera que su cara no fuera suya para abrísela á cuchilladas: fuego tenía en los ojos, bramidos en el pecho. Zamacuco! respondió, están ahí mis haberes á incumbencias, y me he de quedar robado?

O vosotros los testamentarios del tirano, pensáis á dicha que hemos de estar contentos con que dentro de dos años redondos se reforme un artículo de la constitución viciosa; dentro de cuatro quede abolido otro; dentro de doce se tilde y borre la más inicua? Un usurpador, un opresor cruel nos ha quitado con violencia ó con engaño derechos y facultades, y no hay derecho para que nos los devuelvan así, á pisvos, como si fueran gracias que no merecemos. Largueza, abundancia, prontitud son caracteres de grandes señores. Quien da presto da dos veces; hasta el vulgo lo sabe. Si á mí no me creéis; oid á uno de esos cuyos juicios son sentencias, cuyas palabras son oráculos. En lo antiguo los poetas fueron llamados vates, esto es, adivinos, porque suelen ver las cosas rompiendo el tiempo con la vista del genio, y señalarlas antes de que parezcan. Uno de estos, el mayor quizá de nuestra edad, que al propio tiempo era filósofo y entendía gran cosa de política, se expresó de esta manera hablando de una nación "Si la necesidad de una gran reforma existe en un pueblo, Dios está con él y todo le sale bien. La responsabilidad de una revolución no recae sobre el pueblo sino sobre el gobierno. Las revoluciones son imposibles cuando los gobiernos son justos y se hallan listos á conjurarlas con reformas conformes á las necesidades presentes. La resis-

tencia á lo que todos consideran necesario, provoca y obliga al asalto al pueblo.*

El pueblo va al asalto, amigos míos. Tiene balistas y catapulta, rompe brecha[¶] y hace terribles irrupciones en la ciudad de los tiranos. Nadie como el pueblo compone la tortuga; llueven sobre él materias encendidas que le arrojan del adarve; pero el ésta cabando. Cruje, vacila, se viene abajo la muralla: adentro el pueblo! De qué tembláis, tiranos? por qué dais diente con diente, verdugos? Mordaza, cadena, palo, nada le ha contenido. Miradle allí, libre está el pueblo delante de vosotros. El gerro frigio, el bigote erizado, la pica enhiesta, todo eso es pueblo. Teroigne de Méricourt se viste de hombre, el jabalí de Erimanto anda suelto por la Francia.

El pueblo va al asalto cuando el gobierno opone resistencia á lo que todos consideran necesario. Fué al asalto en Francia, y los opresores, grandes y pequeños, se desplomaron en un pronto: iniquidades y soberbias, usurpaciones y tiranías, todo pereció consumido en el altar de la patria. Se abrió la tierra en hiatus espantoso, hizo un horrible desperezo, sorbió el aire, y reyes y reinas, príncipes y princesas fueron tragados, sin que hubiese quien les valga.

Fué al asalto en España, y dió al través con sus verdugos. Tiranos y sicarios, escribas y fariseos desaparecieron en esos turbiones que bramando corrían el reino de uno á otro extremo.

Fué al asalto en el Perú, y las torres dieron fe con las firmas sangrientas que en ellas estaban columpiando cual escarabajos antediluvianos.

Fué al asalto. Iba al asalto en Guayaquil; pero los doctores de la ley, los príncipes de los sacerdotes salieron y le exhortaron y le contuvieron. Buena fué la causa; los efectos han sido deplorables. Querían hacer una transformación pacífica, Dios les bendiga, y frustraron el asalto. El

* Goethe et d'Eckerman. "Pensées sur la literatur, les mœurs &c."

pueblo, fraternizado con el ejército, iba á consumir una revolución. La revolución es siempre un título de gloria para el pueblo que la hace contra los enemigos del género humano, los apagadores de la luz; contra Rosas, contra García Moreno. Derrocado éste, su obra no puede quedar en pie sin cubrirle á ese pueblo de nueva infamia, y hacer ver al mundo cuan merecida había sido su suerte. Abajo el régimen inicuo del tirano! viva la revolución! esta hubiera sido la voz. Los doctores de la ley lo echaron todo á perder. Hénos aquí suspirando, quejándonos, solicitando las cosas que, con honra y gloria, estuvieron cumplidas. García Moreno ha muerto, y los ecuatorianos son parias todavía. Así lo quisieron los sesudos, los amigos de la paz, aun á costa de la libertad y la majestad de las naciones. En paz están bailando los ecuatorianos, para ejemplo de los niños libres: paz de fellas, paz de ilotas. la greña revuelto, los ojos encendidos, pero estúpidos, los labios cubiertos de baba, el vestido descompuesto, en paz sirven de mofa á los vecinos libres. Colombia, el Perú, Chile, Bolivia, hasta Bolivia, todos son libres á la fecha. Los bolivianos ni respetan la sombra, ni veneran la memoria de Melgarejo. Qué vergüenza para los argentinos si el espíritu de Rosas estuviera descendiendo sobre el Plata veinte años ha, y velando por sus instituciones? Ese aparecido no volvería dos veces, porque los senadores le hicieran pedazos, aun en sombra y cada cual se llevara un miembro del tirano debajo de la capa. García Moreno viene á Quito cada día: alto, hosco, rostrituerto, se pára en los umbrales del palacio, y enseña la *serpiente* encendida que trae en la mano. Tiemblan todos, no saben dónde están, y á obscuras prometen sostener sus leyes, porque han cerrado los ojos delante del precito. Mas el pueblo no teme difuntos cuando va al asalto: los aparecidos buscan la pusilaminidad: donde no hay quien mire en ellos, se vuelven humildes á la sepultura.

No soy demagogo, no señores. Ni exijo lo indebido á nombre del pueblo, ni amenazo con su fuerza que no está á mi disposición. Si algo pu-

diera sobre él un día de conflicto, me botara en medio de sus oleadas, contuviera, salvara vidas. De Clodio no tengo las virtudes; de Catilina las santas intenciones. La democracia honesta y de buena fe no mete fuego á Roma ni á las Tullerías. Mas ruégoos, los que mandáis, no echéis en olvido la sentencia del gran hombre que acaba de remitir al asalto al pueblo, como cosa inevitable, si le niegan los gobiernos lo que pide con razón y justicia. Reforma fundamental é inmediata de la constitución, modificaciones en las leyes; abolición de ciertos códigos bárbaros, como el de enjuiciamientos y el penal, para dictar otros que no hagan de la República unas galeras, donde todos los ciudadanos son galeotes, condenados desde el instante que aceptan ó toleran esos negros documentos de perversidad é ignominia. Si una mirada está sujeta á multa, el sentido de la vista, el más necesario, el más noble, este órgano sublime que nos pone en contacto con la Divinidad, pues nos la señala en los primores de la naturaleza, viene á ser un dón funesto, precipicio por donde se van nuestra libertad y nuestros bienes de fortuna. Nos reunimos en cuerpo social, nos ligamos con estos lazos saludables que llamamos leyes; nos apoyamos y servimos unos á otros por medio de obligaciones y deberes, para ser estos eutes míseros que de hombres no tienen ni la sonrisa, puesto que ahí está el que se la castiga? El pueblo va al asalto, amigos míos: ojos tiene para ver, oídos para oír. El pueblo es el buey manso: ara de cinco á cinco; pero guárdate de él, dice el sabio invisible que oculto atrás de todo está echando sentencias raras veces desmentidas.

Y lo mejor es que por pueblo no se entiende la plebe, la parte baja de la sociedad humana, los pobrecitos y necesitados solamente: pueblo son todos. Pueblo es el labriego, el artesano, el artista: pueblo es el carpintero, el herrero, el sastre: pueblo es el jurisconsulto, el médico, el humanista: pueblo es el sacerdote evangélico, el soldado patriota, el profesor filantrópico: pueblo es el mercader, el corredor, el estudiante. El estudiante, habéis oído? Ese mancebo de sangre procelosa, imaginación encen-

dida, pensamientos elevados, afectos puros, que sale de la Sorbona con el sombrero en la mano, y da una voz á la cual las barricadas se levantan como por ensalmo, ese es el pueblo.

En las grandes ocasiones, cuando los gobiernos niegan airada ó redomadamente lo que todos conceptúan una necesidad, casi siempre vemos que el ejército fraterniza con el pueblo, y los ambiciosos y opresores se quedan solos. Los militares pertenecen también al pueblo: al pueblo han pertenecido, con él han obrado en todas las revoluciones justas y gandes, por cuanto ellos, como las demás clases sociales, son hombres libres, ciudadanos, en ninguna manera obligados á servir en la usurpación y el crimen á los que benefician la cosa pública de su particular provecho, y dan al través con los establecimientos de la divina y humana sabiduría: Verdad es que sin militares no hubiera usurpadores ni tiranos; pero como estamos viendo el fin que siempre tienen éstos, hemos de sacar la consecuencia de que los soldados mismos ponen límite á la lealtad, que cuando se la guardan al enemigo público es complicidad, y término á la obediencia, que cuando versa sobre cosas injustas ó infames, es mérito digno de azote. Obrando los militares con el pueblo, obran en propia causa, y á nadie faltan. La fidelidad del verdugo que ejecuta honradamente á cuantos le ponen en las manos, delincuentes ó inocentes, no es la de los militares: la de ellos ha de ser honesta, honrada, humana. Los militares son centinelas de la patria; ojalá nunca fueran esclavos de un hombre. Si á un tirano son fieles á todo trance, incurren en mal caso para con el pueblo, faltan al juramento que tienen hecho á sus semejantes de ser libres y valerse unos á otros. Al emperador, al rey, al presidente cuyas órdenes no traspasan los límites de la razón, cuyas disposiciones emanan de sus poderes legítimos, la fuerza pública ha de prestar obediencia ciega, ó no es el sostén de los gobiernos. El que manda á su ejército degollar catorce mil personas, porque no quieren ser romanas, se convierte en asesino, y el general tie-

ne derecho para contestarle de este modo: Señor he hallado en el ejército soldados valientes, buenos ciudadanos, y ni un solo verdugo. *

En todas las revoluciones realmente populares de Europa el ejército ha estado con el pueblo. Los movimientos demagógicos, esos temblores siniestros causados por la maldad y el crimen, no cuentan con su apoyo. La comuna acaba de ser destruida por los soldados. Pero nosotros ¿qué Tullerías hemos incendiado? qué rehenes hemos fusilado? qué iglesias hemos saqueado? Libertad pedimos, un poco de libertad, mucha libertad, toda la libertad compatible con el orden y el ejercicio de los poderes legales; esa libertad que ofrece la forma republicana de gobierno, sin la cual no podemos vivir, si somos demócratas americanos. Y como la pedimos para todos; lo mismo para los civiles que para los eclesiásticos; así para éstos que para los militares, no haya miedo de que estos buenos amigos salgan, apunten y hagan fuego. Disipe usted ese pueblo á cañonazos! mandó un sota de bastos que se llamaba ministro de la guerra á un jefe de cuartel. También los soldados pertenecen al pueblo, respondió el oficial hermoso. Palabra digna de pueblo grande, que con haber sido proferida en el reino de la servidumbre, augura mejores días para los que tanto han padecido debajo del poder de Poncio Pilatos.

También los soldados pertenecen al pueblo, señor don Antonio; también los soldados pertenecen al pueblo, señor don Manuel: no hay que contar con ellos ciegamente en el negocio de llevar adelante el régimen del tiranuelo, á quien han quitado la vida unos cuantos Mucios, romanos de pelo en pecho, no por apartar á un lado su persona, sino por destruir su obra, jurando ante los dioses, puesta la mano en el brasero, que no pensaban cometer vileza ni delito. Murió el déspota y vive el despotismo? se fué el tirano y queda la tiranía? Cristo santo! no era esto lo que pensábamos.

* Contestación del conde Dorte á Carlos IX cuando hubo recibido de este príncipe la orden de degollar á los hugonotes de Tolosa.

Miedo tienen á esta palabra: Convención. Párecelos que convención no puede haber sino después de una revolución de armas y sangre, después de una heroicidad ó un crimen. Pues llamémosle Congreso Constituyente. Ya están untadas de almíbar las orillas del vaso: apuren ustedes el medicamento: así se cura á los niños. Cuando los seducidos del Guayas desviaron al pueblo de su gran propósito; al pueblo que en raudales inmensos pasaba por las puertas de los cuarteles, diciendo á grito herido: Libertad! libertad! Abajo el despotismo! no pensaban sin duda que con esa diligencia laudable dejaban en su trono al despotismo. Hemos sustituido una persona con otra; era esta la transformación que la República ansiaba y procuraba? Nuestros cuarenta mil votos no fueron por García Moreno sino por Borrero, no por don Manuel Torres sino por don Antonio Borrero, el hombre en quien creíamos encarnada la revolución sin sangre: la moderada, la mansa, la sensata, la liberal; todo eso, pero revolución. Y no señor, las cosas quedaron como estaban.

A los borrachos se deja como están! exclamó una india, al ver que otra mujer compasiva hacía por enderezar á un muerto-vivo, que se hubiera ahogado á causa de la postura. Este principio admirable tiene toda su fuerza en el Ecuador. A los borrachos se dejan como están: á los tributarios, los galeotes, los rayas, los idiotas, los difuntos se dejan como están. No! yo no les dejo: si mío fuera, á todos les enderezara. Yo puedo salvarme en nuevo destierro: llamaré patria cualquier rincón del mundo donde pueda vivir libre, como Marco Bruto, y no me quedaré como están mis compatriotas. Pero ellos, pero el pueblo, pero todo el mundo no puede irse, no puede retraerse y libertarse con la ausencia. Preciso es no dejarles como están, y levantarles con palanca, y hacerles rodar hasta que se despierten. No, no están dormidos: el sueño de García Moreno ha sido su despertamiento. Despierto estaba Guayaquil el diez de Agosto, despierto Quito el dos de Octubre. Despiertos se hallan los pueblos, pero como benignos y amigos de esperar, tienen el ojo abierto y el oído atento para ver

y oír. “Estamos esperando”, dicen en Guayaquil: “Estamos esperando”, dicen en Quito: “Estamos esperando”, dicen en todas partes. Señores altos, señores fuertes, lo veis: los ecuatorianos no quieren se les deje como están, ni entienden eso de ponerse á deshacer hebra á hebra la sórdida peluca de Gargantúa. Reformas en veinte años! En cuatro meses las tenemos, y Dios sea con nosotros.

Con esto no perderán sino los afectos al despotismo: los ricos, los aristócratas, los soberbios, los amos por naturaleza que en todo tiempo y en todo país han sido aliados del poder absoluto, oficiales de la tiranía. El gobierno popular no es de su genio: donde reina la igualdad se miran pequeñitos: la fraternidad les envilece y humilla. Apiñados al redor del tirano, le ponen la espalda para que pise en ella, y forman con él un solo cuerpo. Cariátide gigantesca, es el adorno del templo cuyos dioses no acaban de hartarse del oro y la sangre de los pueblos. Esos perderán con la reforma; los enfermos del alma, los que la tienen llena de tubérculos denegridos, y se glorían de semejantes flores de la servidumbre. Matar á estos enemigos, no es preciso para salir con la victoria: en el color, en el olor se les conoce: el pueblo les olerá, y dará con ellos en el lazareto. Hay gente sin ventura que clama por la servidumbre: pueblo! al hospicio con ellos. El contagio no es ya simple teoría.

Toda excepción sirve de correctivo al rigor del concepto general. Si entre los campeones de la dictadura perpetua hubiere algunos cuyos juicios se levantan sobre la buena fe, diga para sí: Este no habla conmigo. El error no constituye delito: mansedumbre, suavidad forman la *dulce tiranía de los labios* que arrancan de la duda á la inteligencia desviada, que atrae hacia á la luz á el alma obscurecida. La cólera no es santa sino contra la malicia: los perversos para quienes no hay bondad, los inicuos para quienes no hay verdad no han de ser juzgados con los mismos atenuantes que los que cometen un error sincero. Si esta satisfacción no les fuere suficiente á los que no merecen mis patrióticas recrimi-

te de cien brazos, que los alargaba á los cuatro vientos y los plegaba nuevamente, cual resortes inapeables del poder absoluto. Para herir, cortar cabezas, si es García Moreno, uno le sobra: el verdugo no tiene más. Para enredar y devanar la cosa pública, cien manos necesita, con sus uñas respectivas. Esto no le gusta, lo echa á un lado; eso le conviene, lo coloca. El sufragio popular se desvanece ante esa araña solícita que anda hilando y urdiendo de modo que las hebras, cuantas son ellas, vayan al centro donde ha de venir la presa. El sistema administrativo es una red, el presidente la araña activa y afanosa. Desde los empleados de más cuenta hasta los más tristes, desde el consejero de estado hasta el alcalde, todo es de su libre nombramiento, y cuando menos está sujeto á su sanción. Elige vicepresidente, con lo cual se elige él mismo para después de muerto. Difunto presuntuoso, sigue mandando desde la sepultura; pues decidme, si ese hombre viene á morir cuando tiene en sus manos la Nación, ¿quién le sucede? Su ministro. He aquí suprimido el sufragio universal, que la ley, con escarnio de la verdad, funda y garantiza. Sucederá por ventura que un individuo sin luces ni virtudes, sin pulso ni valor, se vea presidente de la noche á la mañana, cuando, puestos los pueblos á elegir, ese no hubiera tenido sufragios sino para ir al presidio ó al hospicio. Si el dictador es García Moreno, esto es seguro. Mas ni hombre como el actual presidente ha de tener el derecho de convertirse en soberano, y elevar por su solo voto al que hubiera menester treinta y ocho mil para ser el escogido de los pueblos. Muerto Lincoln, Johnson, vicepresidente, ganó el solio: para esto había sido puesto tras su amigo por la voluntad de la nación, y magistrado legítimo y capaz, gobernó gloriosamente. Los que intentaren argüir dirán quizá que el ministro no sucede al presidente, sino en caso que este venga á fallecer ó á perder el juicio dos años antes del término legal. Para mi propósito, eso me da que sean cuatro días: la esencia de la cosa es la que manda, sin advertencia ninguna al tiempo más ó menos largo. Dos años como sea por dos años, todos tienen derecho de llevarnos á las minas. No son sino dos años: agache usted la cabeza, reciba la collera. Dos

viene usted á sufragar? qué llama sufragar? Dos años: aguante usted: este es el ministro heredero, el presidente de hecho. No tiene lo de Salomón; qué importa? Emperadores hay más ignorantes que este bobo, é ignorantes que llegan á ser emperadores. Inteligencia, Dios le dé: qué cosa que valga es esa? Energía, pulso, valor: patarata: muy bien puede uno mandar como un gerifalte y no ser gallo. Estimación pública, amor de sus conciudadanos. Ven acá, amores; ya no eres para mí vuesa merced: se te entiende que nombrarle á uno presidente es casarlo? El amor es para otra cosa. Buenos antecedentes, buena fama. Mucho será que no vengas á pedirme también buena cara y buena pierna: no sabes que hasta la coja se casa?

Pues no ha de ser así: las mismas prendas que la nación requiere en el primero, exige en el segundo magistrado, cuando les entresaca del cuerpo social y les encabeza sobre todos. Tome el presidente sus ministros á su genio, sírvase de ellos como guste: el vice-presidente ha de ser de elección popular, ó no somos republicanos.

Dios nos le conserve y le dé cien años de vida al señor don Antonio; mas como del pié á la mano las lía el más sano, y como la negra viene sin ser llamada, pudiera muy bien sucedernos un mal caso. La negra anda á caballo: su carcax no resuena como el de Apolo; en el de disparar de la flecha es más certera. No averigüa jamás quién es útil ó necesario, quién goza del cariño de sus semejantes, y sirve de adorno á la vida; llega en pronto, embiste, hiere. Las lágrimas de los que quedan dan fe de las virtudes de ese que se anda ya por las regiones de la inmortalidad sin cuidado de nosotros. En este caso, horrible caso, el ministro viene á presidente, y díganos, ¿lo que es por el sufragio popular? tiene en su favor la mayoría? dónde fué elegido? cuándo? Heredó la magistratura suprema, y la constitución misma del Dictador dice, que el estado no puede ser herencia de nadie. Esta servil imitación de García Moreno es uno de los toques más visibles de su carácter. Elegir presidente él solo! y el pueblo? y la República? Carrera, el indio Carrera, tiranuelo de Guatemala, murió nombrando su sucesor; y como los guatemaltecos no habían puesto los ojos en el heredero,

aún no había acabado de enfriarse el indio, cuando el bueno del mariscal Cerna estaba pidiendo alas á los pájaros. A pueblo enojado, la del humo. El Consejo de Estado, este como Arcópagó reducido á pocos miembros; cuerpo augusto que ha de traer en el seno á la diosa de la sabiduría, es pura obra del Dictador: El Poder Legislativo no tiene facultad para nombrar ni uno solo de sus vocales, y esa Minerva en siete personas es la vilescrava del presidente. Con el dictamen del Consejo de Estado declara este en sitio de la República; mas "puede ó no conformarse con su dictámen" en todas materias. Hay dictadura más insolente y llena de malicia? Cosa no le es dado al Poder Ejecutivo, sin previa consulta; más puede ó no conformarse con el dictamen del viejo Méntor, y hacer su puro gusto. Si el consejo es sabio, recto, firme, lo echará por la ventana; y no se dará lo que sea, puesto que él lo compone á su albedrío, sino tal cual individuo que forme la triste minoría. Si de venerable no tiene sino el coramvobis, leerá siempre donde su amo, é irá con él á pérdidas y ganancias. Para que el Consejo de Estado no sea la cabeza de don Antonio Moreno, ha de haber materias en las cuales su juicio prevalezca: cosa debida, necesaria, puesto que es responsable. El legislador incurrió en una contradicción, que no depone en favor de su inteligencia, si ya no vemos allí refinamiento de maldad. El Consejo es responsable de las resoluciones del Gobierno, al paso que el presidente puede ó no atenerse á su dictamen. Si no se abstuvo, y la cosa salió mal, pone en juicio á los consejeros, ó debe ponerlos, por faltas que le desaconsejaron. *Et nunc intelligite.*

"Artículo 72. Los Concejeros de Estado son responsables de sus dictámenes, con los cuales se podrá ó no conformar el Poder Ejecutivo." Si son responsables, el Poder Ejecutivo tiene que conformarse con sus dictámenes; si puede ó no conformarse con ellos, por qué son responsables? Los manda fusilar por crímenes que él cometió y ellos se opusieron á que cometiese? García Moreno, verbigracia, merecía la muerte por sus traiciones á América: los consejeros que se opusieron al reconocimiento del imperio de Maximiano de Hapsburgo deben sufrir su pena? Como de estos primeros sobrelabundan en la constitución que el señor Borrero se ha

contentado con llamar *viciosa*. Viciosa.....absurda es. Viciosa..... . Inícuca es. Viciosa..... infame es. Ni buena fe, ni rectitud, ni aviso: estas son las negras acciones de los hombres, que cuando les sale bien, hunden á los pueblos en la barbarie, y levantan á un perverso á la tiranía.

Si todo lo puede, todo lo hace el presidente sin oposición ni rienda, ¿qué es sino despótica la forma de Gobierno? Sean consejeros de Estado los Ministros: para esto no falta razón. Concurra la Corte Suprema de Justicia con su representante: aquí hay majestad. Los otros miembros del consejo el congreso ha de nombrar, y así le cortamos cincuenta manos á Briarco.

En los pueblos republicanos, cada uno tiene sus facultades que le dan compuesta una como soberanía subordinada á la soberanía general. El estado nombra su presidente, la provincia su gobernador. Aquí, en esta sublime puerta de la barbarie, el gobernador es un terrateniente, ¡qué digo! un mayordomo del Gran Turco, que nada le debe á la nación, porque nada ha recibido de ella. De donde viene á suceder que este oficial civil sea siempre el más adecuado, no para el procomún, sino para los fines del dictador. Hablo del principio, señores, no de su aplicación excepcional: con hombres como Borrero pueden las cosas resolverse, en ocasiones, como á juicio de hombres buenos. Pero no es cierto que, si armado de la constitución presente se levantara otra gentil pieza, la tiranía fuera en él de derecho, y la cosa más holgada del mundo? El gobernador de provincia es de libre nombramiento y remoción del Poder Ejecutivo; luego este le tiene de la oreja, y al infelice no le llega la camisa al cuerpo. Si no concurre en un mismo parecer, el capataz le manda al finibusterre, porque no es cosa de andarse en repulgos de empanada, y al fin y á la postre, alguien ha de pagar el pato. Si admitimos el principio del sufragio universal, los gobernadores han de ser de libre elección de los ciudadanos; y así serán magistrados egregios que tengan por suyos la estima y el amor de los pueblos sujetos á su gobernación, y no simples ministriles del dictador, que será maravilla si no es tiranuelo, con facultades semejantes. Contando la República con hijos afectos á ella, provis-

gidos para nueve años.” Porqué no para noventa y nueve? La gran prescripción no se verifica sino á los ciento. Y de ese modo pudiera suceder aún que esos grandes padres conscriptos prolongasen la vida allende los términos comunes. Si por la constitución eran senadores para noventa y nueve años, no podían morir sin incurrir la pena de la vida, por haber infringido la ley fundamental de la República; y ahí estaba García Moreno para hacerla respetar ó para vengar el agravio. El legislador no echó de ver que en este artículo hay lesión enorme para sus adeptos: nueve años de senadores! Y cuándo despachan el hollín y el aceite de sus tiendas? cuándo van á rodeo? cuándo hierran los novillos? (*) *Nueve años* es término monárquico: el tres es el propicio: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El cuatro el republicano.

“Están excluidos de ser senadores el presidente de la República &.

El autor de nuestras leyes no era del mismo parecer del saboyano que decía: Ese pecador de rey de Francia ese hombre de tal mérito, que pudiera muy bien llegar á ser maestresala del duque mi señor. Y dirían que García Moreno era ambicioso ni empleomaníaco! Quería por ventura ser senador en cuanto era dictador? ¡Y miren la nobleza, la abnegación, la generosidad con que se excluye de ser senador mientras es presidente de la República! Pues sí, pues no: constitucionalmente se rehusa á que la ballena se meta en el vientre de Jonás: su patriotismo no sufre semejante cosa. Francisco José es senador del imperio de Austria; Mac-Mahon, senador de la república francesa; el general Grant, senador en los Estados-Unidos. Sólo nuestro presidente, magnánimo y demócrata como nadie, no lo quiere ser en su patria, y hace ascos á esa gollería.

“Dispone de la fuerza armada de mar y tierra y mandarla en persona en caso de campaña” (Atribución del presidente.)

[*] Hanse visto pulperos y mayordomos en los últimos congresos de García Moreno. Si algunos hombres de luces, que profesan la ciencia de la legislación, ha habido entre los tales, no tienen por qué sentirse, pues no se trata de ellos.

le suministre para los grandes casos. Habíamos visto en todo tiempo que el congreso elegía esos vocales perilitres que forman el cuerpo más augusto de la Nación llamado Corte Suprema de Justicia. Nuestros padres lo designaban con el nombre de oidores; y estos ancianos venerables eran sordos á las sugerencias de la iniquidad, ciegos al resplandor del oro. La toga imprimía carácter en ellos: reposados, prudentes, graves, eran unos como genios que velaban por la República, con la balanza de Astrea firme en la mano. La justicia, la cosa mayor y más noble en el mundo, según Agesilao, concilia majestad á todo lo que tiene que ver con ella: sus ministros han de ser sabios, prudentes, fuertes, libres. Libres! habéis oído? Esclavo no puede ser juez: en su negra condición, ni entiende, ni siente la justicia: libertad é independencia son requisitos indispensables de los que la distribuyen. Cómo ha de ser independiente y libre el que debe su salario al tiranuelo? El Poder Ejecutivo pasa una terna en la cual el congreso ha de escoger: le faltarán tres esclavos al dueño, tres malos al perverso, tres prevaricadores al injusto, tres ruines al indigno? Perverso, injusto, indigno, todo es el tirano. Señores, yo hablo de él; no de García Moreno precisamente, sino de cualquier tirano. Nuestra constitución es escuela de tiranía: el despotismo, moro lúbrico y celoso, no puede vivir sin ella. Soy de parecer que la destruyamos. *Delenda est.* Hombre de vuestro temperamento, señor, señor Borrero, puede ser víctima de la tiranía, y combatirla con valor aún cuesta arriba: ejercitarla sobre sus semejantes, le es imposible. Luego vuestro gobierno es imposible según el régimen del tiranuelo cuya memoria nos arranca estas ardientes lágrimas: *Delenda est.*

Pasado modesto y limpio, presente elevado y respetable, porvenir cómodo y glorioso, asunto es que requiere vuestra consideración. Clavad los ojos vos mismo: todos esos bienes grandes y necesarios, los estáis sacrificando á la conveniencia personal de un hombre, á su ambición y su codicia. De vuestros seis años de autoridad sin grandeza ni resplandor, trata él sacar la suya, mil veces rechazada por sus compatriotas. Sabe que nunca será electo, y quiere hacerse elegir: para esto necesita el

poder absoluto; y hé aquí que vos, señor presidente, os arrimáis á los delirios de un individuo, antes que á las razones de los tantos y tan sensatos que están pidiendo Convención y reforma á todo trance. Si el amor á vuestro camarada es ciego en vos, dueño sois de sacrificaros en el altar impuro donde se adora él mismo; empero no olvidéis que con haberos nombrado supremo regidor de la nación, no ha perdido el pueblo ecuatoriano sus derechos, ni depone el grave intento de ser uno con las repúblicas del nuevo mundo, en medio de las cuales está brillando tristemente por la obscuridad y la barbarie.
Defenda est.

SABIDURIA DE LAS DOCE TABLAS.

“La República no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona”, dijo el legislador en su constitución; y como era cosa suya que la mentira destruyese inmediatamente la verdad, manejaba la República con harto desenfado, como si fuese su patrimonio personal, y aún herencia de sus hijos. Quince años había reinado con poder absoluto cuando le mataron, con lo cual no hicieron sino arrebatarle veinte mas de dominación. Elegido estaba por él mismo para otro largo período, y su renuevo tenía ya lo esencial para heredarle, esto es el nombre de príncipe heredero con que necia y escandalosamente insultaba á la República. Jesús María y José Gabriel Segundo: qué tal?

Queriendo hacer de persona
Dijo á una mona: qué tal?
Era perita la mona,
Y le respondió: muy mal.

Muy mal, señor don Antonio; la reelección, pecado grave: concita los rayos del cielo. La sucesión, peor.
Defenda est.

“La cámara del Senado se compone de senadores ele-

tos de algún poder; seguros de que mientras cumplan y hagan cumplir las leyes no hay abrupción ni desaire que les amenace, por cuanto su caída no puede provenir sino de juicio y condena de tribunales autorizados, el hombre dicho presidente no será el Sansón que todo lo derriba.

El globo del pueblo no estudia, más posee la sabiduría práctica de la vida. El ve los méritos absolutos de los individuos, el tiranuelo no busca sino los relativos; y por regla general sucede que los buenos para éste son malos para la Nación. El pueblo, á la vuelta del Monte Sacro, pudiera levantar un plebeyo al consulado, y siempre elige cónsul noble, mientras el don de mando no ha descendido á su clase, engrandeciéndola hasta que produzca dictadores y pontífices. El *Forum* es sementera de magistrados: amanece un día el pabellón sagrado ondeando en la cumbre del Janículo, y el pueblo inunda con sus torrentes la plaza de los comicios. Dictador, cónsul, pretor, cuestor, edil, todo lo elige el pueblo, hasta Pontífice Máximo. Roma es libre, la nación más libre de la tierra: libre conquista el mundo, y el género humano adopta sus leyes, porque en el seno de la libertad se desenvuelve la sabiduría.

Sucedió que un filósofo estuviese pensando en los secretos de la naturaleza á la sombra de un árbol en profundo recogimiento: cayó una manzana, y el filósofo descubrió la ley de la gravitación universal. Sucedió que un amigo de los hombres estuviese meditando en la suerte de los pueblos: pasó el espíritu de la libertad y él descubrió el espíritu de la descentralización. El pueblo da todo, más quiere también alguna cosa. Dejadle por lo menos un grano de soberanía, y así le habréis oprimido y le seguiréis oprimiendo con prudencia.

Quién lo pensara! Hay en el mundo una constitución según la cual el presidente compone los tribunales de justicia. No? digo que sí! Figúraseme ver al hechicero del poema llamando imperiosamente á las potestades infernales adentro del círculo que les ha trazado con su varilla mágica. De allí no saldrán; él lo quiere. No de otro modo el presidente del Ecuador traza una circunferencia de la cual no han de salir los electores, so pena de que pronuncie las palabras terribles que su arte

Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester. Qué diré? que haré? Hétenos á don Gerónimo saliendo á campaña armado de punta en blanco, que en Gonzálo Fernández de Córdoba pone envidia y quita el sueño al duque de Alba. Tengan cuidado los franceses en Aboukir, porque allá va Nelson mandando en persona las flotas, escuadras y armadas de la República. Y no digo otra cosa por no desenterrar muertos. Pero usted que se halla en vida, señor don Antonio, y gócela mil años, tiene ya lo del capitán Cook, para dar la vuelta al mundo al frente de sus escuadras? Cuál es el navío-almirante? Va don Manuel á Trafalgar? Collingwood, valiente Collingwood! mirad allí el *Santísima Trinidad* con sus ciento cincuenta cañones que no sabe hácia donde se mueve en su desmedida corpulencia! Ese es un mundo en los mares: al abordaje! Rendíos, españoles! Gravina, dónde estás? y tú, Villeneuve, en vano te combates como Ajax desesperado: los señores del Océano han caído sobre tí como una tempestad de fuego. El *Formidable* el *Bucentauro* son ya nuestros. Las flotas combinadas huyen hácia Cádiz, rompidas, aturdidadas.

Si no van ustedes *en persona* á Lepanto, señores dictadores, á destruir al turco, quebrantan la constitución, los acusamos y los destituimos; porque no somos aquí hermanucos baldíos que nos hemos de dejar poner la mano en la horcajadura. Mas yo voy fuera de camino: justamente no quieren ustedes se reforme la constitución de García Moreno por ser generalísimos de los ejércitos y almirantísimos de las flotísimas de la República. Con lo cual nos ponen ustedes en graves conflictos, pues van á resultar de aquel almirantazgo cuestiones insolubles.— Encuétrase una balsa atracada á la orilla de un río con sogas de paja. Viene una vaca, sube á bordo, y dando vueltas por ese Bucentauro, no discurre cosa mejor que comerse la soga. Caballo y caballero, esto es balsa y vaca se van por cuenta del río; quiero decir que el diablo carga con ellos. Ahora pues deseamos saber, si el dueño de la vaca ha de pagar la balsa, ó el dueño de la balsa ha de pagar la vaca? (*) Responda usted, señor don

(*) Cuestión propuesta en el Almirantazgo Británico, y comunicada al mundo por el "Courrier des Etats Unis."

Antonio, y vea si debe empeñarse en ser almirante de nuestras flotas. Sube usted á bordo de su navío, le da gana de mascar la soga (ya le está mascando), y se va adonde no hay para que se diga.

Lo necio enfada, lo inicuo exaspera, lo ridículo.....
Delenda est, delenda est!

Disponer se juzgue militarmente á los autores de invasión exterior ó de conmoción interior, *aún después de levantado el estado de sitio.* (Atribución del presidente.)

Esto ya no es para reír. Veis allí tras esa ley pizmienda el escuálido rostro del verdugo. Los hermanos Sansón no fueron legisladores: García Moreno se excluyó del senado como dictador, pero es miembro de él en cuanto *Monsieur de París* (†) Desdichado del pueblo donde se juzgue militarmente á los ciudadanos en tiempo de paz! Y qué es de los tribunales ordinarios? qué de las leyes? He aquí la dictadura proclamada en cuatro palabras, sin que, por desgracia, esta iniquidad se halle á los alcances de todos. La alevosía en el legislador es crimen digno de la horca. *Delenda est.*

“Son atribuciones del Poder Ejecutivo: Nombrar y remover libremente á los consejeros de Estado, á los gobernadores, jefes políticos y tenientes parroquiales.”

El Consejo Municipal no toca ninguna tecla en ese órgano de Móstoles. El presidente hace y deshace corregidores, tenientes, y mas funcionarios que en todas partes son ministros del ayuntamiento, corporación que debe tener sus facultades propias, como representante de la ciudad y el circuito. “Del *Hotel de Ville*, dice un observador, han salido todas las grandes revoluciones;” las revoluciones del derecho, cuyo estandarte lleva pintada la imágen de la libertad. Para que se vea si el cuerpo municipal es persona grande é independiente en los pueblos que se pican de civilización, y si ni los emperadores disponen de los consejos como si fueran servidumbre de su casa. En ese artículo de la Constitución de García Moreno resplandece el dictador; resplandece como luz de fósforo, que no se echa de ver sino en la oscuridad. Donde no hay poder municipal, no hay forma republicana.

(†) Título del verdugo en Francia.

Si no me crees, lector, apaga y vámonos.

“Nadie es esclavo en la República, ni puede entrar en ella en tal condición sin quedar libre al pisar en ella.

Yo pienso que nadie puede entrar en ella sin quedar esclavo; á menos que no sea algún inglés de barbas agrias, ó un francés del alma atravesada en el cuerpo, como el cojo Villamus, y haga lo que le dé la gana. Con Mister Krupp ni Monsieur Chassepot no gusta de afrontarse el gran almirante de las flotas ecuatorianas: viene por ahí un amigote de los de á doce por banda, y entregue usted la carta, señor general. De dónde le habían de venir al católico Ecuador esos esclavos que García Moreno pide para que le sean libres en su tierra bendita? Tiempo ha que Colombia, el Perú, Chile, Venezuela, la República Argentina, las del Centro, las del Norte no tienen esclavos. Artículo ese excusado por el objeto, insidioso por la intención, necio por la forma. Por sabido se calla ya ese punto. La esclavitud, abolida de primera instancia por los liberales en el Ecuador, no estaba esperando al esclavizador para que la aboliese de nuevo en su constitución de esclavos. Hablar todavía de esclavitud en las leyes, es sandez que raya en delincuencia; perogrullada impertinente, que si no descubre incapacidad intelectual, da á sospechar malicia en el que la profiere. La esclavitud de los negros no existe; ni hemos de ir á hacer una ley especial para el Brasil, que la abolirá mañana: lo que conviniere sería abolir la de los blancos. Mas razonable y filantrópico se hubiera mostrado García Moreno, si hubiera puesto este artículo en su Consritución: “Nadie puede entrar tonto en la República, sin quedar inteligente al pisar en ella.” Y estotro: “Nadie puede entrar pícaro en la República sin quedar hombre de bien al pisar en ella.” Y por sus mismas leyes habría tenido él que irse junto con su matracalada.

“Los ecuatorianos tienen derecho de asociarse sin armas.”

Y sin almas; porque si se asocian para *estar bajo la vigilancia del Gobierno*, sin enojarse ni subírsele á las barbas, preciso es que no las tengan. El derecho de asociación es libre, sin cortapisas ni restricciones en todos los pueblos democráticos y republicanos. Los vigilantes

de Napoleón III no son testigos que deponen en favor de la libertad. Tener de día y de noche un gendarme al pié, es ser mas desgraciados que los frailes de la Trapa, quienes jamás podían estar solos: ¡y nosotros ni siquiera con las probabilidades de salvación eterna que á ellos les corrían! Ya sabemos si tenemos la religión y la virtud hemos de ser morales; si somos buenos ciudadanos hemos de procurar no hacer contra el orden público: pues para qué rodear de pretextos falaces el derecho de asociación, sino para verlo prohibido, al mismo tiempo que se trata de engañar consignándolo en la carta fundamental? Carbonarios no hemos de ser; jesuitas, tampoco: sociedad de ladrones y piratas, quizá. Ya García Moreno escribió á Londres á los interesados en los buques mercantes que desaparecieron de los mares de la India en 1857, que los había descubierto en un subterráneo de la casa de Urbina; y que este pirata famoso era jefe de una vasta compañía de bandidos ecuatorianos que estaban infestando las cinco partes de la tierra. Pues no nos desacreditó en Europa con presentarnos como autores exclusivos del terremoto de Imbabura, el cólera de Buenos Aires, las inundaciones del Garona y los huracanes del Indostan? No era mucho: influído por estos crímenes, que él acaso creía de buena fe, prohibió en sus estados las asociaciones *con almas y entendimientos*. Esto de sociedades, miren ustedes, sean ó no prohibidas, siempre vienen á parar en alguna fechoría. Inglaterra, el país de los *meetings*: los Estados Unidos, Colombia, el Perú, Chile, Méjico las han abolido para siempre, ó el gobierno tiene sobre ellas el derecho de espionaje, ¡qué infamia! No señor: para hablar, estudiar, leer, comer, oír misa, conviene que los ciudadanos se reúnan sin esbirros á la espalda. Lo demás es servidumbre, envilecimiento, muerte.

“Los ecuatorianos tienen el derecho de asociación sin armas, con tal de que estén bajo la vigilancia del Gobierno.”

De manera que los ecuatorianos por naturaleza son sospechosos: nacen sospechosos, viven sospechosos, mueren sospechosos y se van á los infiernos sospechosos. Tan sospechosos los ha vuelto su legislador, que la primera diligencia de este allí ha de haber sido impetrar de su amo, el rey de los abismos, el derecho de ponerle al pié